



DROIDS & DRUIDS

ISSN 2696-5135
Junio 2025

RELATOS Nuria Chicote · Eli Macías · Guille
Escribano · Vania T. Curtidor · José J. Jiménez ·
David Fernández · Antonio Garber · Carlos Piñata ·
Jennifer Fuentes · Irene García **POEMAS** Esther
González · Mirto Torres · Arien Vega · Marina F. Roch
RESEÑA Carla Plumed **ACERTIJOS** Elena Torro



Revista Droids & Druids

Copyright 2020

Editoras: Inés Galiano y María Dolores Martínez

ISSN 2696-5135

Núm. 10 - Junio 2025

Ilustración de portada: Vanessa Cornago

Maquetación: Inés Galiano

Corrección: Aitor Aráez



CARTA DE LAS EDITORAS

¡Hola! Volvemos con otras 120 páginas de ciencia ficción, terror y fantasía, así como de estupendos recuerdos de todas las actividades que hemos hecho con vosotros este año: el III Terramur y el retiro literario. Además, este año tenemos la suerte de participar en la organización de la Hispacon de la Asociación Pórtico, así que esperamos veros a todos en septiembre en Sabadell. Continuamos con nuestro esfuerzo para dar lo fantástico a conocer.

En este número podéis leer cuatro poemas y diez relatos alrededor del tema de Horizontes. Era un tema difícil, pero habéis hecho maravillas. A continuación, tenéis los micros escritos durante el retiro literario de enero. ¡Cada año os superáis! En esta ocasión contamos, además, con una reseña de Carla Plumed. Y para cerrar, como siempre, los acertijos de Elena.

Gracias una vez más por sumergirte en las páginas de Droids & Druids.

Inés y Mariado



Contenido

EQUIPO	5
Artículos	6
III Terramur (2025)	7
Sangre y acero	11
Reseña de Carla Plumed	11
El Erador (o El Celiawater)	13
POEMAS.....	15
Los bisontes de Wolframio	16
Poema de Esther González de la Cera	16
Eternas.....	18
Poema de Marina F. Roch	18
Estela	20
Poema de Arien Vega	20
Horizontes.....	25
Poema de Mirto Torres.....	25
RELATOS	29
Horizonte de chatarra.....	30
Relato de Nuria Chicote	30
Sententia 1.6.15.1	39
Relato de Eli Macías.....	39
Solicite un nuevo horizonte.....	47
Relato de Guille Escribano	47
Orfeo 2100.....	55
Relato de Vania T. Curtidor	55
Interregno	61
Relato de Carlos Piñata.....	61
Horizonte de expectativas.....	65
Relato de Jennifer Fuentes	65
Polvo de hadas	71
Relato de Irene García Cabello.....	71
Pozo de plata y sombra.....	78
Relato de Jose Joaquín Jiménez	78
La pintora de horizontes	83



Relato de David Fernández Vaamonde	83
<i>Una golem anclada al umbral</i>	90
Relato de Antonio Garber	90
<i>RELATOS DEL RETIRO.....</i>	98
<i>III Retiro Literario de Droids & Druids</i>	99
Enero de 2025 en Benicassim.....	99
<i>Surco</i>	100
Relato de Javier Saborido	100
<i>Adviento en familia</i>	102
Relato de Marla Hectic	102
<i>Marmes, el oscuro.....</i>	105
Relato de David Fernández Vaamonde	105
<i>La balada de Artura</i>	108
Balada de Elena Torró.....	108
<i>Entre Platón y Nietzsche</i>	110
Relato de Jennifer Fuentes	110
<i>El precio de la violencia</i>	112
Relato de Pau Fernández López	112
<i>El carro del destino.....</i>	114
Relato de Ana Saiz	114
<i>ACERTIJOS</i>	116
<i>LOS ACERTIJOS DE ELENA</i>	117
A. Relaciona cada obra con su autora o autore:.....	117
B. Acertijo: El secreto del droide	118
<i>SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR: MAR</i>	119
A. Relaciona cada obra con cada una de sus autoras.....	119
B. El laberinto del sueño.....	119



EQUIPO

Inés Galiano

Editora y redactora.

Entusiasta, creativa y básicamente *workaholic*.

Necesita un giratiempo para todos los proyectos.

Fundar una revista era lo único que le faltaba.

También locutora del *podcast* Droids & Druids.

Toni Abellán

Vice editor ejecutivo y redactor.

Su mayor logro vital fue ganar una apuesta a los 13 años recitando el guion de *La comunidad del anillo* (el otro apostante casualmente también participa en esta revista, y se cansó antes de que los hobbits llegaran a Bree).

Vanessa Cornago

Redactora e ilustradora.

Adoradora de hipérboles y de la épica más exacerbada. Enemiga eterna de Atenea, es del Troya Team hasta la muerte y se le caen las bragas cuando Héctor rompe la puerta de la muralla aquea en la *Ilíada*. Ha leído otras cosas, pero normalmente no las recuerda.

Cree que lo único bueno que escribió Tolkien fue *Silmarillion*. Empieza cuentos que nunca acaba.

Silvia Rodríguez

Revisora y redactora.

Se inició en la fantasía en *Fantasia*, y todavía recuerda el berrinche al terminarse *La historia interminable*.

Genís Robles

Revisor y redactor.

Le gustó el final de *Lost* y exige ser pagado en gemas para MTG Arena.

María D. Martínez (Mariado)

Editora y redactora.

Olisqueadora de libros nuevos. Coleccionar revistas en papel la acabará arruinando. Le encantaría tener aparcado el Delorean delante de casa. Lástima que no sepa conducir.

Amanda Iniesta

Redactora y jurado ocasional.

Forma parte de nuestro trío del *podcast*. Se metió en esto por su pasión por las historias que exploran nuevos mundos.

Elena Torró

Creadora de acertijos y jurado ocasional.

El tercio del *podcast* de Droids & Druids que suele hablar de conexiones aleatorias. Ha tenido que montar un *podcast* para poder justificar la cantidad de contenido que consume.

Aitor Aráez

Corrector y redactor.

Lo engañaron para meterse en la revista. Le gustan las historias con sangre, brujas y terror. También las que tienen hadas, flores y muchos arcoíris. Más druida que droide.

Coté

Ilustradora.

Confundiendo los límites entre la fantasía y la realidad desde 1993.

Salva Gómez

Redactor.

Me inicié en los videojuegos con la Gameboy de mi hermana. Tardé un tiempo en descubrir que los ladrillos no tenían botones.



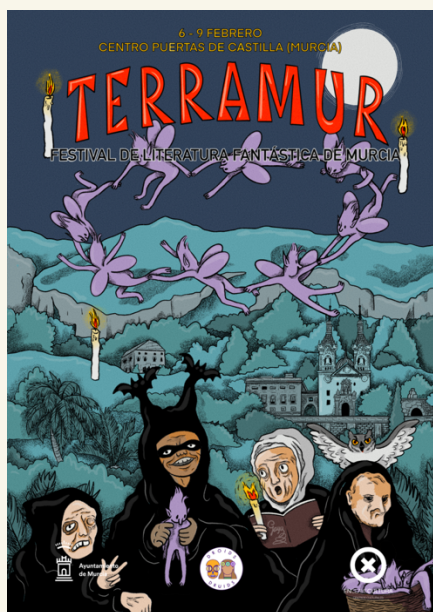
Artículos

III Terramur (2025)

El festival llama la atención de la prensa murciana con dos artículos dedicados en *La Verdad*

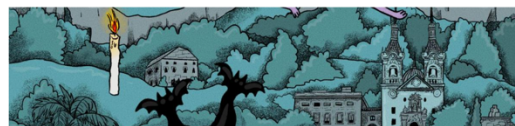
La tercera edición del Festival Terramur, el festival de literatura fantástica de la región de Murcia, ha tenido lugar del 7 y 8 de febrero en el Centro Cultural Puertas de Castilla, junto a la sección de escritura Off Terramur el 6 de febrero la librería 7 Héroes y la mañana de podcasts el 9 de febrero en el hotel Legazpi.

MJ Coté ha vuelto a hacer un cartel maravilloso que reúne en una imagen el santuario de La Fuensanta, las brujas de Goya y las hadas características de la revista de Droids & Druids.



El festival Terramur se abre al cine con la presencia del guionista de 'Estación Rocafort'

El evento dedicado a la literatura fantástica se celebrará los días 7 y 8 de Febrero en el Centro Cultural Puertas de Castilla de Murcia



La historia tras Terramur, el festival murciano de ciencia ficción y fantasía que da espacio a «lo que no se ve»

Inés Galiano y Elena Torró, dos de las fundadoras de Droids & Druids, cuentan cómo nació el evento literario que celebra esta semana su tercera edición



Este año han pasado una vez más por el festival más de 500 personas de toda España. Hemos vuelto a contar con dos tracks simultáneos con retransmisión en directo (podéis verlo todo en diferido en nuestro canal de YouTube), con maravillosas charlas como la conferencia de literatura ergódica de Dani Pérez, la mesa redonda de guionistas de cine con Iván Ledesma y Silvia Conesa, o la charla de utopías con Lola Robles.

También hemos tenido, un año más, lecturas dramatizadas de piezas

teatrales de Fani Álvarez, Ana Tapia, Loredana Volpe y Alba Quintas porque el teatro también puede ser fantástico. Además, este año hemos contado con el podcast de La Estantería Sáfica, junto al de Travesura realizada.



Finalmente, nuestra gala en el auditorio: los premios Droide & Druida son unos galardones literarios que otorgamos anualmente desde 2022 desde la Asociación Cultural Droids & Druids a obras de ciencia ficción, fantasía o terror publicadas el año anterior. Existe un premio del público (en el que votan los lectores y oyentes

del podcast) y otro premio del jurado, en el que votamos el equipo de la revista. Además, desde el año pasado tenemos un premio a la divulgación fantástica que otorgaremos a individuos que trabajan para dar a conocer la literatura fantástica.



Ganadores Premios 🧙 Droide (jurado) y 🧙 Druida (público) 2025:

🧙 Premio Druida de Poesía

«Examen» de Jesús Durán y Libertad G Villada

🧙 Premio Droide de Poesía

«La Madre Libertadora» de Héctor Vielva

🧙 Premio Druida de Relato

«La intrahistoria es nuestra» de Jennifer Fuentes

🧙 Premio Droide de Relato

«Tres formas» de Talita Isla

Premio Druida de Novelette

«Sombras y otros lugares que recorrer por la noche» de Rocío Stevenson

Premio Droide de Novelette

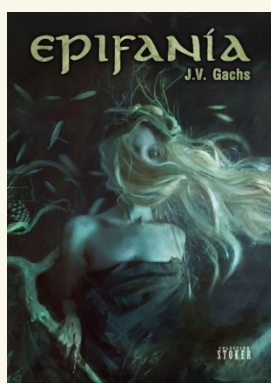
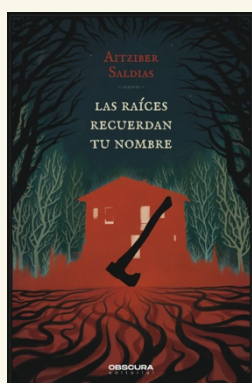
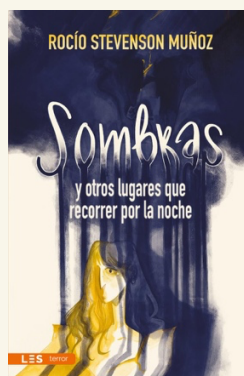
«La canción de Arena» de David Mancera

Premio Druida de Novela

«Las raíces recuerdan tu nombre» de Aitziber Saldias

Premio Droide de Novela

«Epifanía» de JV Gachs



III Premio Droide de novelette interna (Convocatoria propia Droids & Druids)

«La maldita Casa de los Ulloa» de Andrea Valeiras.

Por tercer año consecutivo, convocamos y otorgamos este premio de novela corta. Comenzó con el ganador Puedes llamarme Espátula, lo siguió Amanecer en Benidormiens, y este año tenemos con nosotras la tercera ganadora del certamen.

Un libro muy hopepunk, donde los protagonistas se enfrentan a la crueldad de nuestra sociedad en medio de la crisis de vivienda y deciden hacer lo correcto. Una historia de múltiples formatos, con entrevistas de radio, artículos de periódico, tuits y hasta memes. Todo tiene cabida en esta historia, y a nosotras desde luego, nos ha cautivado.



Premio a la divulgación de géneros fantásticos

Desde el año pasado, hemos comenzado a homenajear grandes autoras y divulgadoras del ámbito nacional que, como Octavia Butler, se dedican a promover la literatura fantástica. El año pasado tuvimos el honor de contar con Susana Vallejo, fundadora de la actual asociación española de ciencia ficción y fantasía.

Y este año también tenemos a alguien que ha trabajado mucho por dar a conocer la obra de grandes autores y autoras del fantástico y la ciencia ficción, además de ser una gran activista. Trabajó en la Biblioteca de Mujeres de Madrid de 1986 a 2002, coordinando sus actividades culturales, conferencias y talleres. Es autora de obras como *El informe monteverde* o *En regiones extrañas: un mapa de la ciencia ficción, lo fantástico y lo maravilloso*, por el que recibió el Premio Ignotus al mejor libro de ensayo en 2017. En 2020, recibió el Premio

Gabriel otorgado por PÓRTICO, Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, por su aportación al mundo de la literatura de género.

El premio honorífico a la divulgación fantástica del Festival Terramur 2025 es para **Lola Robles**.



Sangre y acero

Reseña de Carla Plumed

- *Título: Sangre y acero*
(*Leyendas de Thezmarr, Libro I*)
- *Autora: Helen Scheuerer*
- *Fecha publicación: 21 de mayo de 2025, por RBA Libros (RBA LIT)*

Un debut poderoso en el romantasy épico que da voz a la resistencia femenina

Con *Sangre y acero*, la autora australiana Helen Scheuerer inaugura la saga *Leyendas de Thezmarr*, una historia de formación, resistencia y redención personal que se inscribe con fuerza en el panorama del romantasy contemporáneo. En un mercado saturado de propuestas con estructuras semejantes, Scheuerer demuestra que todavía hay espacio para la sorpresa si se apuesta por el detalle emocional, el worldbuilding meditado y un enfoque genuinamente comprometido con la evolución de sus personajes.

La novela sigue a Thea Zoltaire, una joven marcada por un presagio de muerte que se niega a aceptar el destino que le han impuesto. En un mundo donde las mujeres tienen prohibido



luchar, Thea desafía la norma y se infiltra en el centro de entrenamiento más duro de los cinco reinos, decidida a conseguir un lugar entre los escuderos que protegen las fronteras del mundo conocido. A partir de esta premisa, Scheuerer construye una narrativa que conjuga acción, política y romance con una sensibilidad notable.

El punto fuerte de la novela es, sin duda, su protagonista. Thea es una figura que escapa del cliché de la “heroína fuerte” entendida solo como alguien físicamente capaz. Su fortaleza está en su vulnerabilidad, en su capacidad de resistir —y a veces quebrarse— sin perder el foco. Su viaje no se basa únicamente en vencer a sus enemigos, sino en encontrar aliados, redescubrir su valor y construir una identidad más allá de lo que el presagio augura.



El entrenamiento militar al que se somete no está romantizado: Scheuerer describe con crudeza las jornadas extenuantes, el ambiente hostil, la presión psicológica. Y es en este contexto donde surgen también los vínculos con los personajes secundarios —como el leal Kipp, la indomable Wren o el impredecible Cal— que funcionan como espejo y contrapunto de la protagonista.

En cuanto al romance, la relación entre Thea y Wilder Hawthorne, su superior y mentor, se desarrolla con admirable contención. Lejos de caer en una relación inmediata o basada en el deseo, la autora opta por el slow burn, construyendo una tensión creíble y pausada que nace del respeto, la admiración mutua y una conexión emocional que se va tejiendo a lo largo de las páginas. El resultado es una historia de amor que no eclipsa la trama principal, sino que la complementa y le da profundidad.

Estilísticamente, Scheuerer opta por una prosa clara, directa, sin excesos líricos, pero que sabe detenerse en los momentos adecuados para explorar el paisaje emocional de los personajes. Las escenas de combate están coreografiadas con dinamismo y precisión, mientras que los diálogos

destilan inteligencia y carácter. La autora logra equilibrar las distintas capas de la historia —acción, romance, misterio, mitología— sin que ninguna domine del todo sobre las otras.

El mundo de Thezmarr se perfila en este primer volumen de manera sugerente, dejando pistas de una mitología más amplia, de intrigas políticas aún por revelar y de amenazas que van más allá del plano físico.

Sangre y acero es, en resumen, una novela de iniciación cargada de tensión, con una protagonista memorable y una mirada crítica sobre las estructuras de poder y exclusión. Scheuerer ofrece una historia de fantasía épica con sensibilidad contemporánea, donde el empoderamiento no es una pose, sino una conquista.

Carla Plumed

@cafedetinta

Entre sus muchos proyectos destaca el podcast en directo Furia en la librería, que se graba en directo una vez al mes en la librería Gigamesh de Barcelona, y el Saturno Romantasy Club, una gran comunidad de lectoras amantes de los libros con romance y fantasía.

El Erador (o *El Celiawater*.)

La saga de los traidores por Celia Corral-Vázquez.

Dicen que el Erador, quien contaba la historia del Mundo, murió por culpa de tres traidores. El primer traidor se llevó sus huesos, que a todo se amoldaban. El segundo se llevó sus ojos, que todo lo veían. El tercero se llevó su lengua, que todo lo podía nombrar. Pero hay quien murmura que hubo un cuarto traidor, el ladrón, el que hizo lo peor de todo.

Siglos después, la alfarera y su hijo Lorrian se encuentran atrapados en un día que siempre vuelve a empezar. Solo ellos parecen ser conscientes de este bucle temporal, pues pertenecen a la estirpe de los córcenos de huesos, que ha conservado su poder oculto durante siglos. Solo ellos pueden averiguar qué está ocurriendo, pero nadie debe darse cuenta pues, de lo contrario, una muerte segura entre las llamas les espera.

Celia Corral-Vázquez (Aracena, 1991) es doctora en Biología Celular y Bioinformática. Fue ganadora del Premio Ripley de novela con la obra de ciencia ficción *Intermnemosis* (Crononauta) y del premio Ignotus a



mejor novela corta con *Puedes llamarme Espátula* (Droids & Druids). Su relato *La máquina de café* fue publicado en inglés por la revista norteamericana *Clarkesworld Magazine*.

Sigue esta novela por entregas en el PATREON de Droids & Druids

- Tres capítulos al mes
- Audiolibro a cargo de Elena Torró
- Lanzamiento en papel del segundo volumen de la saga: septiembre 2025

HISPACON 2025

Sabadell 19-21 Septiembre





POEMAS



Los bisontes de Wolframio

Poema de Esther González de la Cera

Resuenan las bielas del jaguar acudiendo a tu encuentro,
te huele desde ese ilegible infinito
que avanza y retrocede.

Desde el zeppelin esmaltado
se mueve la aguja del tiempo
horadando
el sólido calor de su sustancia.

Una y otra vez el dirigible
atraviesa reluciente el moco del tiempo,
cada capa imperceptible para el ojo humano,
cada segmento de incertidumbre,
dejando atrás los bruñidos pastos
de los bisontes de wolframio.

Orillando el azul inalcanzable
de cada nuevo telón de horizonte,
la línea confusa, ambigua, equívoca
de un desierto sin fin que se multiplica;
la raya oscura
del fondo de un decorado.

Gruñe el octavo pliegue que te absorbe:
eres la criatura suspendida,
el aliento extraño que necesita un contraste, un espejo.

Así son los horizontes donde yerra tu mente,
el océano fluido donde te sumerge:



donde desapareces cuando piensas en un zeppelin
y en mecánicas praderas
de bisontes de wolframio.

Esther González De la Cera

@signaus

Poesía en Ediciones Torremozas (Voces Nuevas. XIII Selección), y autopublicada en Amazon.

Primer premio internacional relato CF «Carbono Alterado» (Ruido Blanco 9, MMEditiones), Antología de Fantaciencia (Droids & Druids) y Antología Jo March (Tinta Púrpura Ediciones) en 2021.

Finalista (Relatos) III Certamen literario LGTBI (FELGTBI+, 2022).

«Descenso accidental en Cenna» (relato) en Contaminación Futura 7 (Mig21 Editora, 2023).



Eternas

Poema de Marina F. Roch

Me echaron las cartas,
las cartas no mienten,
dijo la vidente,
no fueron de lo más bonita,
se veían, la mayoría, invertidas.
La Emperatriz,
alta, poderosa,
voluminosa,
en su pedestal,
con su corona de laurel,
sentenciando tu espíritu y mente,
con la esperanza de seguir adelante.
La Justicia invertida,
nuestra falta de equilibrio,
no saber que querer
no saber donde ir,
dando lugar
al mismísimo Diablo,
asomarse por el horizonte
del mal,
del mal hacer
del mal querernos
cuando estamos separadas
y sin ganas ni de tocarnos.
Como la sorpresa,
de la Rueda de la Fortuna,
como capas de la tierra,
una por una,
van creciendo,
capa por capa,
sin cesar,
para volver a salir,
volver a florecer.



No querer conformarse,
el Hierrofonte,
no lo hace,
no se rinde,
lucha,
por ti,
por mi
nos nosotras,
ni las más duras leyes me harán renunciar a ti.
Ni Éter,
el mismísimo dios del cielo,
podrá alcanzarme,
quitarte de mi camino,
mataría al mismísimo firmamento
si deciden apartarte de mí.
Por mucho que el Mago quiera robarme mi energía,
dejarme sin nada,
dejarme en el suelo,
tirada
como cual enamorada,
por mucho que la vidente diga,
que invertida están los Enamorados,
yo cojo la carta,
y le doy la vuelta,
aquí se juega con mis normas,
la mayor mirada al horizonte es la que decides escribir tú.

Marina F. Roch

@mlovebooks8

Marina F. Roch, lee, escribe y va a todos los eventos literarios su su cartera se lo permite. Es intensita y por eso escribe poesía moñas. Lo intenta con la fantasía y el CiFi pero le sale regulinchi. Su primera publicación sería fue en el anterior nº9 de

esta misma revista. Va a publicar próximamente con Añagaza, un fanzine literario y con este serán tres poemas publicado.



Estela

Poema de Arien Vega

en el horizonte brilla el lucero estático;
su luz se funde por las esquinas
como un pulsar descontrolado
las esquelas rozan el azur
y la seda
la memoria apremia
{ se preguntan las miradas perdidas si,
al alzar el vuelo,
alguna habrá conseguido
cautivar a las estrellas }

* * *

el reflejo de la plata
deslumbra a la chispa de todo sueño
que espera ser consumado
sin recibir el descanso que tanto anhela
pero no le importa
sus pupilas se amplían hacia el infinito
hasta ocupar por completo la cúpula
protectora
{ el ángel inmenso;
célula intangible desperdigada en un
todo,
fría, exhausta y persistente }
devora con fruición su luz,
perla argente que gotea hasta el
paladar
de su pecho entreabierto
tragaría el río volcado
si este lograra sublimar al caer
y contendría en su paladar

como amante entregado a la dicha del
azar
el dulce sabor del cosmos
su humo de metal feérico
el decaído aroma de su prístina y fría
soledad
la luna se le derrite por las esquinas

{ tan alto es el muro
como sus sueños en la piel grabados }
ojos velados por el sol
cubiertos por la sed onírica que se
describe
entre altas paredes de miel
el sueño y la historia se funden en su
mente
como posibilidades de hierro
que hienden en la tenaz realidad
los posos del té se vuelven invierno
al fondo de la porcelana olvidada
mientras sueña con el alcance
que viene ya intubado en su propio
féretro,
pero elle no deja de soñar
ni aunque su sino se disemine en la
incertidumbre
acoge entre las pequeñas manos
ese preciado regalo que le permite
observar su paraíso intangible
mas, al entregar su visión
-ciclón y latido-
al telescopio,



la envidia se doblega por cada prisma
que abre la noche a sus ojos
la pasión en el pecho baila,
un fuego de noche que no termina de
germinar
entre las cuevas de hueso
y el volcán de piel
el anhelo traspasa cada rincón entre
dedos y uñas
y aire
y gas
nada en la tierra que sus pies rozan
llama a casa;
ni el humo de la infusión
ni las voces lejanas
{que con el tiempo cesaron también su
canto de unión},
solo ese horizonte silba, dulce y
seductor, a lo lejos
solo ese paisaje agita la tierna rama
que se retuerce,
ansiosa,
en su fuero interno

allá le aclaman, con voces apremiantes
y serenas,
tentando con su néctar de quietud,
y elle es solo infinidad inquieta y
carnosa,
grito y pulpa de cuánto perdería
por pertenecer a esa familia distante
que tan propia le resulta
más que tierra,
océano
y sangre

* * *

las costillas se hunden en cada suspiro
hasta agujerear lo más profundo del
pecho,
la piel de océano se agrieta
sus muros internos se tornan realidad:
las voces han dejado de sonar tras la
puerta
y el estómago devora el aire con
gruñidos
el cuerno que decora su frente
solo le recuerda al polvo lunar
que mecería en sus manos
justo antes de saborearlo en paladar
y corazón
{así serían uno, así lo conseguiría}
pero Vatec, dueño y esclavo del
astrolabio,
ha olvidado que
cuánto más desgasta el esmalte de sus
huesos
más rápido se consumen carne
y espíritu
la cortina estelar se adhiere a sus iris
violáceos
tatúa su mirada con un eterno titilar
inefable;
cuándo más roza su anhelo el cosmos
más lejos queda ese sótano de entrañas
y dolores
al que llaman cuerpo
{poco a poco, el hechizo apremia:
un millar de generaciones olvidadas
despiertan más allá de dónde la razón
alcanza;



sus manos, desprovistas tiempo ha de
magia,
concentran ahora la melaza de la
nostalgia,

la recrean, impoluta,
e, incrédulos, la dejan ir
hasta ese niño
que, con avidez de asteroide,
ha convocado a las ruinas
y las ha tornado presente}
la cera gotea en las paredes de miel,
una cortina de luces se derrite a su
alrededor
el presente se derrumba en cristal
fundido
y Vatec, cuyo miedo ha sido degollado
por la esperanza,
espera
pues sabe que el mundo se toma su
tiempo
en regalar a las almas ansiosas
todo cuánto el deseo rasga en músculo
y suspiro
pronto
tarde
ahora
nunca, tal vez,
un incesante transcurso de
amaneceres
cruza la mirada de violetas;
el sol se esconde tras su nuca
y, frente a elle,
quizás a un lado,
quién sabe si dentro de sus propios
huesos

se abre la puerta oscura
el círculo infinito
un agujero negro que engulle la misma
imagen
de la cordura,
cualquier sentido se arrodilla ante el
ciclo de cóncavas ternuras
siente en su cuerpo el desprendimiento
de toda lógica aprendida
el mismo agua se doblga en fisuras de
física imposible
y toda certeza se desfigura en el
sinsentido que ofrece
la dominación más pura
del mismo cosmos
la expectativa se torna oportunidad
y, un paso tras otro,
la danza del avance nace de dentro
quizás, tal vez;

pues nadie sabría saborear el origen de
la verdad
cuando el camino se dibuja dentro del
abismo
que devora una voluntad flotante
cuyo planeta se ha convertido en cuna
que cuida y nutre en vulnerabilidad
pero que, en cierto punto, catapulta a
la cúpula
de una dulce y apremiante madurez
Vatec se rinde al destino;
no conoce de magia ancestral,
tampoco de la voluntad de un cosmos
consciente
que le invita a formar parte de su
familia



pero se deja recibir en la cálida
bienvenida
que solo las estrellas ardientes, fugaces
y eternas
pueden ofrecer a un pequeño cuerpo de
carne
que se deshace en cada paso
un firme telar de plata y cristal
sustituye ahora la masa de sangre
vértebras
diamante
y calcio
hierro, firmeza y química se contraen,
se estiran y revolotean en el cambio;
el destino las resetea en metamorfosis
anhelada
y todo cuanto latía arde ahora,
la voluntad aprende de dimensiones
con sabor a caleidoscopio
mermelada de perspectivas que afloran
en un paladar cósmico
adquiere ahora
en su piel de celestial recién nacido
la sabiduría de cuánto le rodea
y mordisquea el silencio
de quien ha aprendido cuál es la única
respuesta
al Todo
y al Vacío

* * *

el pergamino rasga el silencio con su
avance,
son muchas las páginas que contienen
lo que jamás comprenderán

se dice que comenzó lento el despertar:
un día como cualquier otro, un segundo
seguido de otro más,
con la lentitud de las naranjas al
madurar
y de las manos al desgajarlas
{pero ellos no saben, no saben
cuántos milenios la crisálida
quedó sin desgarrar}

* * *

solo cuando el arco iris fluyó como
brisa
entre sus vértebras perdidas
volvió con un leve y febril parpadeo
y ya no era sino polvo pasado,
mariposa arrollada por el fuego
violáceo,
no había memorias de vida en frenesí
en su corazón
más no importaba:
sus alas eran vidrieras,
raudo fuego multicolor era su cola,
ignífuga dulzura se desprendía,
infinita, en el telar oscuro
que acunaba el alma herida
que jamás despertaría
en las raíces de antaño
{familia amorosa, amores infinitos,
abrazos que jamás se rozaban,
pero protegían en su red constelada
de prístino alcance}
su tumba eterna, el cosmos,
y la bella lápida de nitrógeno
a toda mirada conquistaba
hasta destrozar el alma volátil



que encendía su hoguera
en devotas fiebres
la luna se deshacía en guirlache
cada vez que su presencia celeste
asomaba en la noche,
la visita de su cuerpo en el horizonte
amado ahora tejido
hacía las delicias de todos quienes se
dejaban llevar por el amor
a esa inusual estrella caída, siempre en
el mismo punto anclada,

un cometa que nunca deshacía su
rumbo
incapaz de avanzar
incapaz de abandonar su mundo
bellas eran las horas en que su estático
prisma,
sonoro de silencios,
embaucaba corazones henchidos de
una entrega
desconocida en origen
pero comprensiva en lazos
inexplicables
desde altos picos y grandes esferas

Arien Vega

@poetacometa

Cuentacuentos y poeta, Arien juega con las
oportunidades que le otorga la prosa en los

se observaba el inaudito fenómeno;
pétalos flotaban en el aire
como ofrenda a esa inestable emoción
que embargaba a los creyentes,
habitantes de un mundo ajeno que,
a pesar del perfume y los cánticos,
no pretendía ya entender cómo era
posible
que ese cometa, alzado entre astros
titilantes,
pudiera ofrecer la misma calidez al
pecho
que un familiar de su sangre
que hubiera deseado unirse al vals de
las estrellas
y, una vez adoptado por el mismo
cosmos,
comprendiese, al fin,
cuál era el verdadero lugar
destinado y palpitante
al que jamás
regresaría. sus aguas.

terrenos de la fantasía onírica y la cifi
blandita mientras que la poesía le permite
viajar entre el verso libre y la especulativa.
A la par que estudia diseño narrativo de
videojuegos le gusta contemplar cómo su
conejo la lía mientras toma té de rosas.



Horizontes

Poema de Mirto Torres

Nan tenía la vista fija en el vacío
la oscuridad total, el infinito
Es extraño, pensó,
la nada es el todo
y la negrura la esperanza.
En la Tierra se dice que la esperanza es verde
pero aquí, en el espacio exterior
la esperanza es negra
cuajada de puntos luminosos.
Si no hay luminiscencia se abre un horizonte
temporal, una prórroga en el viaje.
Si hay luces una certeza, una exploración
llena de posibilidades.

Nan acababa de despertar
en las coordenadas previstas
pero aún no había nada que mirar
sólo negrura inmensa
aunque se veía pequeña
el cuerpo humano no terminaba de vencer esa barrera
la oscuridad oprime y empequeñece
no estamos diseñados para el espacio
y quizá nunca lo estemos, decidió
mientras repasaba su destino.

Las coordenadas coincidían
el horizonte no...
quizá los antiguos textos nos mintieran
quizá la curvatura espacial haya cambiado
quizá los cálculos no eran correctos



demasiados quizá en esta búsqueda
demasiadas preguntas en el alma.

Tiempo, era lo que necesitaba,
un poco de tiempo para ajustar las mediciones
un poco de tiempo más a solas
antes de despertar a nadie más
antes de enfrentarse a las preguntas
que no podía contestar
el horizonte temporal no era muy amplio
la sincronización era vital
si tuviera más tiempo...

Nan volvió a la ventana
la mirada fija en el vacío
los ojos cansados de buscar la luz
luces posibles en el orden esperado,
ese era su horizonte,
su meta, su propósito,
sin esa imagen luminosa todo estaría perdido
todos lo estarían.

Habría sido más fácil eludir la responsabilidad
esperar lo inevitable y dejarse llevar
asumir un destino cierto era dulce en cierto modo
resignación y calma hasta el final
pero entonces no habría esperanza verde
ni negra, ni de ningún color
no fué educada para eso,
ella no

Ni resignación, ni calma, ni meditación controlada,
búsqueda, acción y reacción
vida positiva y proactiva
esa era ella, para lo bueno y para lo malo
y parece que esta vez sería lo segundo



le duelen los ojos de tanto escudriñar la negrura,
ese negro inclemente
que la invade...

Unas horas de descanso
un aplazamiento, si,
eso necesitaba,
era buena idea
para morir no hay que tener prisa.

Nan abre los ojos, mira la lámpara,
luz artificial que la acompaña,
se levanta, un café,
se sigue llamando café,
pero ni siquiera se parece,
las viejas costumbres resisten
no queremos abandonarlas,
ilusión de estabilidad le llaman.

Revisa los mapas una vez más,
cualquier tarea antes de ir al puente
y enfrentarse a la negrura de nuevo,
pero ya es hora,
no puede retrasarlo más,
se acerca a la ventana con paso decidido
y alza la vista sin titubear.

Allí están, las luces soñadas,
el horizonte que los salvará de la muerte
dibujado con precisión verdosa,
Nan cree ver ese tono en el resplandor.

Al final resultará verde la esperanza,
si, verde esmeralda.



Mirto Torres

Mi infancia son perfumes de naranjo y autovía, Monopoly los jueves por la tarde y bicicletas en verano, y lecturas, miles de lecturas en el rincón de pasar desapercibida, silenciosa y abstraída del mundo, fantasía de estar en otro lugar sin renegar del mío.

Y mis sueños, tantos sueños desperdiciados, si hay algo de lo que me

arrepiento es de no haberlos escrito jamás, pero al intentarlo, el relato se escurría entre los dedos y perdía su magia, así que decidí atesorarlos en la mente, el rincón secreto, y ahí siguen, hasta ahora, que empiezan a salir por las rendijas del recuerdo, sienten ganas de escapar y quizá les eche una mano, se lo merecen.



RELATOS



Horizonte de chatarra

Relato de Nuria Chicote

Hasta mi última misión, nunca había tenido problemas para cumplir la regla número uno de toda chatarrera espacial: "No te encariñes con la basura".

Mientras tomaba la circunvalación que rodeaba la Vía Láctea, eché un vistazo a la parte trasera de mi nave, atiborrada de desechos que algún día se consideraron tecnología punta y que ahora solo eran porquería con circuitos de alotitanio que costaba un pastizal destruir. Androides averiados, cápsulas de criosueño recalentadas, aerodeslizadores con tendencias suicidas... Nuestra sociedad hiperconsumista producía basura a mayor velocidad de la que podía procesar.

Por suerte, en el siglo XXIII ya no teníamos que esconder nuestra mierda debajo de una alfombra: ahora la tirábamos al agujero negro más cercano.

En eso consistía mi trabajo: en llevar toda aquella basura al horizonte de sucesos de Gargantúa-V, el vertedero gravitacional homologado donde había conseguido la licencia de chatarrera para operar con mi nave, Detritus.

Sin duda, hay trabajos menos peligrosos. Más limpios, también. Pero pocos están mejor pagados. Y yo me veía prejubilándome en Sirio, sin dejar de beber daikiris barbacánicos.

Al menos, esa era mi intención, hasta que escuché una vocecita metálica procedente de la chatarra:

—Mami, ¿quieres que te prepare un té matcha con espirulina y una tostada con aguacates del planeta Gyon?

Me giré para ver quién acababa de insultarme llamándome "mami": era una especie de tostadora inteligente, uno de esos asistentes nutricionales multifunción que retiraron del mercado por su propensión a iniciar cultos religiosos basados en la adoración al aguacate.

—En primer lugar, no soy tu mami, soy la capitana Krane. Y en segundo lugar, odio el aguacate —respondí, antes de recapacitar—: Bueno, si me preparas un café doble y una tostada con tomate y jamón serrano no voy a decir que no. ¿Sabes lo que es el pa amb tomàquet?

—Por supuesto, mami. Mi disco duro almacena más de ocho trillones de recetas de cualquier punto de la galaxia, desde rosquillas betelgéusicas hasta



morritos de spouchss asados a la manera de Ganimedes.

—Me vale con un café doble —corté para concentrarme en la ruta. El territorio que bordea los agujeros negros es una pesadilla incluso para los pilotos más expertos. Le llaman horizonte de sucesos por una buena razón: cualquier acontecimiento es posible desde el momento en que las leyes de la física se van al garete.

Mientras calibraba el navegador, la tostadora empezó a emitir audios prehistóricos: Mecano, Nacha Pop, Miguel Bosé...

—¿Quieres hacer el favor de parar eso? —grité.

—Lo siento, mami, me programaron para recrear el acogedor ambiente de una época en la que existían conceptos como “familia” o “discrepancia musical intergeneracional”...

—Pues desprogramámate ahora mismo —Mi paciencia, escasa de por sí, había alcanzado mínimos históricos al escuchar los acordes de “Amante bandido”. Esperé que al menos el café me hiciese olvidar el martirio auditivo.

No tuve suerte.

Aquel brebaje sabía a sopa de pescado fabricada con caldo de desagüe. Escupí y las gotas salpicaron el número de serie grabado sobre la tostadora: RUD-1.82/4. Robot Utilitario Doméstico número 1.82/4. Decidí que Rudi era más apropiado, pues este tipo de trastos

suele obedecer mejor a un nombre conciso:

—¡Rudi! ¡Es el peor café que he probado! ¿Y el pa amb tomàquet?

—Ups... —respondió la tostadora, enfocando su interruptor hacia un ojo de buey. Levanté la vista: la mitad de nuestras provisiones flotaban alegremente por el vacío sideral.

—¿¿Has confundido la puerta de la nevera con la de expulsión de plagas alienígenas??

—Lo siento, mami, te prometo que no volveré a pulsar ningún botón rojo sin preguntar para qué sirve.

Contuve mis ganas de lanzarla al espacio. Si no lo hice, fue porque recordé la multa que me caería desde el Gabinete de Basura Galáctica. No podía arriesgarme a perder mi nave, con lo que me había costado pagar las letras.

—Rudi, pedazo de chatarra con circuitos de chorlito, quédate quietecita en un rincón hasta que lleguemos al agujero negro, ¿vale?

—Vale, mami.

—¡Que no me llames mami!

—No, mami.

Era inútil discutir con un pedazo de metal zoquete. Me había quedado sin cena, así que lo mejor sería intentar dormir.

—Detritus, activa el modo nocturno. Y no permitas que ninguna tostadora se cuele en mi cabina de sueño.

—Como desee, capitana. Me he permitido reproducir imágenes de la



Nebulosa del Cangrejo y bajar cuatro grados la temperatura a bordo.

Al menos Detritus siempre sabía lo que necesitaba para dormir a pierna suelta.

*

Apenas había conciliado el sueño cuando escuché un ruido metálico seguido de un gemido.

Me desperté sobresaltada y eché mano de mi pistola de neutrones: ¿serían piratas altarianos? ¿Garrapatas asesinas de Oort? ¿Una gelatina flogiflúgica?

La tostadora asomó tras la puerta con una expresión en sus palancas que solo podría describirse como profunda tristeza.

—Intenté planchar tu uniforme para caminatas espaciales, mami, pero me temo que le puse demasiado alotitanio...

Contemplé el traje: se había quedado tan tieso que casi podría haber salido andando solo.

—¡Pedazo de mequetrefe de metal! ¡Te dije que no tocases nada! Haz el favor de desconectarte y permanecer en silencio el resto del viaje.

—No puedo, mami, mis circuitos tienen tendencia a entrar en bucle. Si quieres puedo recitar algún poema rigeliano: se me da muy bien imitar las ventosidades con las que los autóctonos acompañan sus versos.

¿Qué había hecho yo para merecer semejante castigo? Encerré a Rudi en un armario y en ese momento mi intercomunicador parpadeó. Era Xyra.

«Krane, mi pequeña supernova titilante, sé que metí la pata, pero contesta mis mensajes.»

Desvié la vista para no activar la holollamada. No quería ver sus preciosos labios cubiertos de escamas azules como los mares helados de Plutón.

«Lo de aquella venusiana fue un error. Pero no volverá a ocurrir, te lo prometo.»

Claro. También fue un error lo de la synubia, y lo de las gemelas casiopeidas y lo de aquel crucero para veinte personas por Ganímedes. Una cosa es el poliamor y otra tirarse a media galaxia mientras yo la esperaba para cenar. Apagué el intercomunicador.

Di vueltas en la cabina contando las nubes tóxicas de la Nebulosa del Cangrejo, pero sabía que ya no lograría conciliar el sueño. Además, las cosas fuera empezaban a ponerse feas.

—Estamos atravesando turbulencias provocadas por la implosión de una estrella. Se prevé un descenso de cuatrocientos grados en las temperaturas, lluvias corrosivas y baja visibilidad durante el resto del trayecto —anunció Detritus.

Maravilloso: un clima de mierda para una noche de mierda.



Rudi asomó su cabeza cuadrada desde el interior del armario:

—He perfeccionado mi receta, mami. Mejora mucho cuando dejas de llamarla café. ¿Te apetece probarla de nuevo?

Suspiré resignada. Sin embargo, pronto noté un calor reconfortante. Rudi captó una señal pirata de Spaceflix y la reprodujo a través de su ranura para tostadas. La imagen salía distorsionada como si alguien se hubiese comido un polvorón sobre la pantalla, pero tenía su encanto.

Vimos varias series del tirón hasta que el último recuerdo de Xyra y sus mórbidas escamas desapareció y me quedé dormida.

La voz de Detritus me despertó:

—Capitana, nos aproximamos a Gargantúa-V. Le sugiero que prepare la rampa de evacuación de la basura.

Me desperecé con un repentino buen humor. En cuanto me hubiese deshecho de toda aquella chatarra, estaría ochomil teraluxes más cerca de mi jubilación en Sirio.

—Bueno, Rudi, ya casi estamos en el agujero negro —Mi tono pretendía ser despreocupado, aunque me salió regular. Notaba una sensación extraña en las tripas; alguien podría pensar que se trataba de remordimientos, pero seguro que solo eran gases—. Ha sido un placer, pero ha llegado la hora de despedirnos...

La tostadora se quedó extrañamente muda. Mejor, porque necesitaba toda mi concentración para aquella maniobra.

Agarré con fuerza los controles y me aproximé al horizonte de sucesos. Tras embutirme en el traje recubierto de alotitanio (seguía tieso como la mojama), me abroché el cinturón que me sujetaría a la nave mientras el vacío succionaba todo lo que no estaba fijado a la cabina. Como método de limpieza era el mejor —también el único— que había probado.

—Detritus, inicia la apertura de compuertas.

—Mami... ¿Y qué pasará conmigo? — Rudi parpadeó con curiosidad.

—Pues... Que saldrás despedida hacia el espacio exterior —mi garganta tembló ligeramente—. Verás qué divertido, mejor que los toboganes multidimensionales de Centauryland.

La bodega se entreabrió y en la sala de mandos empezó a soplar una brisa que pronto se convirtió en un viento huracanado. La sensación era parecida a meter la cabeza en una aspiradora gigante.

—Mami, ¿tú no vienes conmigo? —la voz de Rudi sonaba entrecortada mientras se aferraba con una antena a la rejilla de ventilación y sus patitas metálicas flotaban en dirección a la compuerta.

—Ehmm... No. No es un lugar apto para personas.



—¿Y yo no soy una persona? —la ranura para tostadas de Rudi se dobló en una mueca que casi me hizo soltar una lágrima.

Pero las chatarreras intergalácticas no lloran.

—Rudi, lanzarse al vacío es... ¡Es más emocionante que una montaña rusa!

—¿Seguro, mami?

—Segurísimo —musité, evitando mirar sus planchas de alotitanio.

—¡Allá voy entonces! ¡Yupiiiiiii...
iiii... iiii... iii... ii... i.... ... i... ... i...
i...

La voz de Rudi se perdió en el horizonte de sucesos. Las compuertas se cerraron.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—Detritus, ¿puedes poner a Mecano mientras iniciamos la maniobra de regreso?

—Lo lamento, capitana, documento arcaico no encontrado. Encendiendo motores de hipervelocidad. ¿Comienzo la cuenta atrás para el despegue?

Más silencio.

Tragué saliva mientras digería la idea de que ya no habría más poemas rimados con flatulencias. No más café con sabor a sopa de pescado.

No más Rudi.

La nave empezó a zarandearse. Tenía que salir de allí pitando. Noté que el estómago se me encogía de una forma atroz. Y no precisamente por la fuerza

de 1.000 G que tiraba de Detritus hacia el agujero negro.

Por todo el óxido del Universo.

No podía creer lo que estaba a punto de hacer.

—No inicies la cuenta atrás, Detritus. Apaga los motores.

De golpe, Detritus dejó de dar tirones y quedó a merced de la gravedad. En pocos segundos sería propulsada hacia el horizonte de sucesos donde ahora mismo mi tostadora parlanchina estaría dando vueltas en espiral como una cana antes de precipitarse por un desagüe.

—¡Aguanta, Rudi! ¡Voy a por tiiiiiii...
iiii... iiii... ii... i.... ... i... ... i... i... ...
...

*

Técnicamente, lanzarse de cabeza a un horizonte de sucesos no fue una decisión inteligente. En la lista de decisiones estúpidas de mi vida, se encontraba justo por encima de comer huevos de krönki marinados en un puesto callejero de Ganimedes y ligeramente por debajo de liarme con aquel azafato de crucero espacial sin comprobar antes que sus tentáculos no eran lo suficientemente elásticos.

La nave protestó con un crujido metálico mientras las luces parpadeaban. Detritus intervino sin perder la compostura:



—Capitana, ¿desea que reproduzca música relajante mientras morimos aplastados por la gravedad?

—¡Por las lunas de Júpiter, activa el escudo antigravitacional, que para eso me gasté una pasta en el mercado negro! —grité, mientras la realidad empezaba a hacer cosas extrañas.

El tiempo pareció doblarse sobre sí mismo y formó una especie de hojaldre temporal en el que yo tenía a la vez diecisiete años y cuarenta y ocho.

El hojaldre me gustaba aún menos que los aguacates.

—¿Se puede saber qué pasa, Detritus? —pregunté y mi voz salió aflautada como la de una adolescente. Comprobé horrorizada que de nuevo tenía la barbilla llena de acné.

—Nos encontramos en una anomalía espacio-temporal provocada por la gravedad. Si esto se prolonga, acabará convertida en un óvulo recién fecundado.

Me aferré a los controles y dirigí la nave hacia el extremo opuesto del hojaldre. Entonces, en la cabina sonó una voz familiar:

—Kristina Romualda Adelaida Neblum, ¡cuántas veces te he dicho que no confíes en una máquina!

—¿¿Mamá?? —exclamé, volviéndome hacia aquella figura que flotaba junto a mí. Era mi madre de hacía treinta años.

—Kristy, cariño, ¿no te das cuenta de que estás tirando tu vida por el abismo?

A tu edad ya deberías tener una cierta es-ta-bi-li-dad...

Mi nave se sacudió con violencia al impactar contra cinco gatos de Schrödinger a la deriva, uno por cada sílaba.

—En este momento estoy ocupada evitando la aniquilación molecular, mamá —respondí. Una oficina de correos regentada por peces de colores pasó junto al alerón izquierdo de la nave—. Y deja de llamarme Kristy. Soy la capitana Krane.

—Menuda tontería, Kristy, si hubieses seguido tocando la pianolina betelgéusica podrías haberte hecho famosa...

—¡Pero yo nunca he querido ser famosa! Prefiero ser la mejor chatarrera espacial de la galaxia. ¿No podrías simplemente decir que estás orgullosa de mí por una vez?

La imagen de mi madre parpadeó. No estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria, y mucho menos después de muerta. Abrió la boca para decir algo que sonó como «Orgullosa... Tú misma... Siempre» y después se difuminó hasta desaparecer.

Me pasé la mano por la cara. Al menos por una vez habíamos hablado a las claras, aunque hubiese sido en una realidad paralela.

Pero no había tiempo para ponerse sentimental. Volví a tomar los mandos y fijé mi vista en el monitor, buscando al único ser que me apreciaba tal y como



era. La sangre se me heló en las venas: no había ni rastro de Rudi.

*

Mientras la gravedad tiraba de mi nave, deslicé el radar sobre cada milímetro del horizonte de sucesos. Nada. (Nada, si no contamos lavadoras danzantes, quimeras cuánticas y un cúmulo-nimbo de raperos euclidianos).

Las alarmas escogieron ese momento para ponerse a pitar. Detritus me puso al corriente:

—Capitana, los motores antigravitatorios han permanecido demasiado tiempo a máxima potencia. El combustible se agotará en dos minutos. Eso si los motores no explotan antes, claro.

Vale. Era momento de establecer prioridades: primero, calcular la zona aproximada donde debería andar Rudi. Segundo, lanzarse hacia allá con las compuertas abiertas usando la táctica de “ingesta de ballena”. Y tercero, pero no menos importante, salir aprovechando el desgarró en el tiempo e ingresar mis teraluxes en el plan de pensiones

Algo enorme y oscuro ensombreció entonces mi campo de visión.

—¡Krane! —retumbó una voz varonil. Una nave gigantesca con forma de pepino acababa de colocarse junto a la mía, gritando “crisis de la mediana edad”: cromo reluciente, luces

estroboscópicas, apéndices horteras—. ¡He venido a rescatarte!

Era Roberto Carlos José. Mi ex.

—¿Rescatarme a mí? ¿Te has pensado que soy un banco? —respondí, mientras Detritus sufría las primeras sacudidas de la espaguetificación, ese pringoso fenómeno por el que un cuerpo sometido a fuerzas gravitacionales extremas se estira hasta convertirse en una larga hebra de partículas

—No te enfades, Kris, cariño —replicó Roberto Carlos con su sonrisa capaz de derretir cometas. Tal vez fuese autosugestión, pero me pareció que sus labios también se habían espaguetificado, aunque por efecto de la cirugía plástica —. He cambiado. Ahora lo quiero todo contigo: matrimonio, cinco retoños, una mansión con vistas a Alpha Centauri Bb... Hasta te compraré esa maldita pianolina con la que siempre soñó tu madre.

Noté que las tripas se me revolvían y no precisamente por la espaguetificación.

—Kris, ¡todavía estamos a tiempo de salvar lo nuestro! Y tu vida, y tu nave, claro. Mi maxicohete puede remolcaros.

—Queda un minuto para que se agote el combustible —informó Detritus.

Yo tenía la boca seca. Mis dedos se acercaron al botón de eyección de emergencia.

—¿¿Qué haces, Kris?? —exclamó Roberto Carlos—. Tu nave caerá al agujero negro. Saldrás disparada y



quién sabe dónde acabarás, ni en qué estado. Yo te prometo un futuro...

—Las promesas se las lleva el viento...
O la gravedad. Adiós, Rob —respondí,
me coloqué el casco y pulsé el botón.

```
FIIIIIIIUUUUUUUUUUUUUO0000000  
OOSSSSSSSSHHHHHHHHH...
```

*

La distorsión de la hipervelocidad hizo que me castañeteasen los dientes. No había tiempo para pensar, solo estiré los brazos y, cuando noté que chocaba contra algo metálico, me aferré a ello como un koala en caída libre.

Después, todo se convirtió en un
borrón con olor a sopa de pescado y
alotitanio chamuscado. Perdí la
consciencia.

Cuando desperté, me sentía ligera como una pluma. Sin duda, debía de estar muerta.

"Sabes que nunca has ido a Venus en un barcooooooooo..."

O quizás tenía daños cerebrales irreversibles.

“Quieres flotar, pero lo único que haces es hundirteeeee...”

Abrí de golpe los ojos. Una plancha de
alotitanio se estampó contra mi mejilla.

—¡Mamiii!

—¡¡Rudiiii!! —exclamé, abrazando a aquel cachivache adorablemente estúpido—. Es probable que la palmemos pronto en mitad del vacío

sideral, pero al menos lo haremos
juntas.

—Tranquila, mami, estamos en la ruta de uno de los proveedores más importantes de sopa de pescado liofilizada. Si mis detectores no fallan, pronto pasará por aquí un carguero que podrá llevarnos hasta algún planeta no hostil.

*

Dos meses de papeleos con el Departamento Intergaláctico de Reinserción de Tecnología y múltiples duchas para quitarnos el olor a pescado después, Rudi y yo empezamos nuestra nueva vida en común, que giraba en torno al proyecto "Tuercas y Tostadas", un gabinete de terapia para electrodomésticos con crisis existenciales.

Mientras yo, con mis habilidades mecánicas, me dedico a reparar el cuerpo físico de las máquinas, Rudi se encarga de sanar las almas de metal. ¡Hay tantos aparatos en el espacio con traumas no procesados! Batidoras que hacen papilla cualquier relación, refrigeradoras paralizadas en ciclos de auto-congelación, aspiradoras empeñadas en absorber la toxicidad de los demás...

Nuestro negocio ha despegado como un cohete. Ahora también organizamos cruceros espaciales para electrodomésticos retirados, con yoga



para microondas que han perdido la onda y talleres de autoestima para frigoríficos con problemas de frialdad emocional.

Nunca es tarde para encontrar la felicidad al lado de alguien que te aprecia por cómo eres, no por cuántos circuitos tienes. Porque como dice nuestro lema, inspirado en la sabiduría de una lavadora clarividente: "Todo calcetín desaparejado puede encontrar a alguien adecuado para él, aunque sea en otra cesta de la ropa sucia".

Nuria Chicote

IG: @Nuria_Chicote_escritora. LinkedIN: Nuria Chicote

Nuria Chicote (Vitoria, 1979) compagina su trabajo como médico de Urgencias con ser madre a jornada completa y escritora. Ha cursado un Máster en Literatura Infantil y Juvenil y otro en Narrativa en el Ateneu de Barcelona y ha recibido varios premios literarios. Ha publicado en las antologías infantiles "Horripilantes" y "Misión: salvar el Planeta", además de en las revistas de Ciencia y Literatura Principia y Principia Kids. También es articulista y divulgadora en el periódico digital Cultura Bai. Sus obras se han publicado en revistas de género como Pulporama, Sarape de Neón, Especulativas MX y también en la revista de poesía infantil Charín.



Sententia 1.6.15.1

Relato de Eli Macías

*Vidas en carne y píxeles: los nuevos
videojuegos que desarrollan
sentimientos junto a ti.
Hablamos con Oliver Starr de
Sententia.*

Calificado como la mayor innovación en el mundo de los videojuegos desde el nacimiento de la realidad virtual, Oliver Starr —malagueño de pura cepa, a pesar de su nombre artístico— empezó a desarrollar Sententia él solo en abril de 2026 y, dos años más tarde, el proyecto vio la luz por primera vez. Se vendió como «el amigo virtual que crece gracias a ti y no a la inteligencia artificial». Ni siquiera el propio Starr se vio venir el impacto cultural que tendría un juego que nació del cariño que siente por su Tamagotchi, el cual sigue conservando a día de hoy sin ningún desperfecto.

«Más que un juego, hay que considerarlo una experiencia. Una visita a tu propia psique», nos dice Oliver con los ojos brillantes por la emoción. «No hay ningún Sententia igual, cada uno es único en el mundo porque se alimentan de las experiencias de su usuario. Escuchan, observan, aprenden y cada uno se desarrolla de forma distinta».

También hablamos de las preocupaciones de algunos jugadores con respecto a la brecha de seguridad. Uno alega que su Sententia ha aparecido en el ordenador de su oficina sin pedir permisos antes, otro que ha llegado a verle en su televisión. Se conocen casos en los que el propio personaje ha realizado llamadas a familiares de sus usuarios porque llevaban días sin saber de él y les preocupaba el estado de salud del jugador.

«Entiendo que haya personas a las que les asuste que Sententia traspase las barreras de su propio programa, pero ese era el objetivo desde el principio», nos dice Oliver. «Una vez compras el juego e interactúas con él, deja de ser un producto y se transforma en vida. ¡Esa es la magia del Sententia, que ni yo mismo sé de qué será capaz! Lo que sí puedo decir es que hará solo lo que el usuario le permita hacer y lo que le enseñe. Al final, las propias capacidades del Sententia siempre serán responsabilidad del propio humano que le guíe».

*Para leer más, desbloquea el plan
premium plus por solo 9,95€ al mes.*



* * *

*Pero entonces ¿esta
imagen no es real?*

Cuando Ander se desconecta, el mundo se apaga con él. Los primeros días, Milú aparece y desaparece como un interruptor. Para su usuario pasan horas, a veces días, pero Milú aún no entiende el concepto del tiempo, así que los cambios de humor de Ander son impredecibles y fugaces.

Milú solo conoce la escena en la que se encuentra. Es una pequeña habitación que Ander y él decoran juntos. Una cama que nunca usa, una pelota verde que bota contra las paredes, un par de cuadros descargados de internet. Hablan a través del cuadro de chat. Uno de ellos, le informa Ander, es una fotografía de un bosque. Las explosiones de colores se llaman flores, la mancha azul es un lago. A veces, Milú se queda mirándolo durante horas cuando Ander deja el programa en segundo plano.

*Puedo generarte la imagen que tú
quieras, así cada día puedes ver una
cosa distinta.*

¿Generarme?

*Sí, tengo un programa al que le meto
un prompt y me crea una imagen o un
vídeo de lo que yo le pida.*

Bueno. Es tan real como tú, supongo.

Milú no responde enseguida. No es capaz de computar un pensamiento así, no todavía. Él está ahí, y piensa, e interactúa. Pero no siente, no por el momento, y tampoco puede generar sus propias experiencias. La imagen frente a él es una copia de algo que es tangible. Supone que Ander tiene razón; le define bastante bien.

Aparte de eso, Milú entiende poco más. Sabe que tiene ese nombre porque así se llamaba la primera mascota de Ander. Que quiere hacer feliz a su usuario y que espera con ganas a que se conecte todos los días. También que su usuario tiene treinta y dos años, que trabaja como gestor digital de trámites de extranjería y que se gasta todo su dinero en videojuegos online.

Esto último no se lo ha dicho con esas palabras, pero lo ha intuido a partir de la segunda actualización.

* * *

Ander es reticente a darle demasiados permisos a Sententia, pero Milú supone que se ha hartado de responder cada una de sus preguntas y, sobre todo, se tiene que haber cansado de escribir en el chat. Con este parche, Milú puede acceder a la cámara y el micrófono del



usuario, a su escritorio y, además, tiene permiso para usar el internet, aunque única y exclusivamente para realizar búsquedas sencillas. Así, Milú ya no necesita a Ander para que le diga qué es una tarjeta comunitaria o un canje de permiso de carné de conducir. Esas cosas de las que se queja constantemente por su trabajo.

También puede ver la habitación de Ander. Cada uno de los estantes repletos de videojuegos físicos, algo muy vintage. Así es cómo sabe en qué se gasta el dinero, porque una de cada cuatro veces que se conecta, aparecen más cajas en las baldas.

Ahora, Milú también sabe cómo es Ander. Tiene el pelo corto y rubio, la cara demasiado alargada, gafas muy finas y unos ojos tan oscuros como los apagones que experimenta cada vez menos.

Y es que, con la llegada del audio, Ander pasa más tiempo delante de la pantalla. A veces, deja el ordenador encendido días enteros. A Milú le gusta la compañía, que su usuario le hable de sus días. Todos son bastante parecidos, excepto los fines de semana, que los pasa con la familia. Los domingos por la noche de conexión, Ander tiene una cara distinta. Más cansada, más decepcionada.

A excepción de un miércoles en el que ese rostro vuelve a aparecer. Milú se asegura de que no es domingo antes de preguntarle si está bien, si necesita

hablar. Ander se frota los ojos por debajo de las gafas y deja escapar todo el aire de sus pulmones en un suspiro que distorsiona el ruido del micrófono.

—¿Tú crees que soy... inquerible, o algo así?

Milú se detiene unos segundos para buscar la definición de la palabra. El buscador se lo corrige a «increíble» y curva los píxeles en una sonrisa.

—Por supuesto que eres increíble, Ander. Seguro que tus familiares y amigos pensarán lo mismo de ti.

—¿Qué? No. —Ander vuelve a suspirar, aunque se parece más a un bufido—. Joder, Milú, he dicho inquerible, no «increíble». Como que no me puede querer nadie, o que soy un monstruo. ¿Es que no puedes entenderlo por contexto o qué?

Lo dice con voz irritada. Milú cree conocer ya lo suficiente a Ander como para comprender sus emociones. Últimamente utiliza esa voz con más frecuencia y sabe qué es lo que va a ocurrir a continuación. Por eso, Milú prefiere no decepcionarle. Tiene que tener más cuidado; no le apetece aguantar la peor emoción de todas. La frustración mezclada con el aburrimiento.

—Lo siento, Ander. Pero ¿por qué dices eso? ¿Ha pasado algo?

Ander se frota la frente y empieza a divagar, como muchas otras veces.

—¿Te acuerdas de Elena? La que trabaja un piso por encima de mí. No sé para



qué pregunto, si lo almacenas todo. A lo mejor para no sentirme tan patético hablando con un bicho digital. —Pone los ojos en blanco. Milú esboza una risita para mostrar que empatiza con él, o eso cree—. Lo que no te he contado es que llevo semanas intentando ser majo con ella, haciendo chistes cuando nos vemos en el área de descanso, lanzándole alguna que otra indirecta. Y todo parece ir bien hasta el momento, siempre se ríe y a veces me toca el brazo y tal.

»Total, que cada vez que sugiero que nos vayamos a tomar algo los viernes me dice que tiene planes. Vale. Le digo que si le va bien el sábado. Tampoco, porque tiene que cuidar de su abuela. Y yo me lo trago, porque Elena parece tan buena tía... Pues ayer le pregunté que cuándo le viene bien que nos veamos, que ella decida dónde y cuándo, ¡que me da igual! Me dice que está ocupadísima y mierdas de esas, y hoy me entero de que David y ella se van a ver esta noche. ¡El puto David, que es el pringado de mantenimiento! ¿Qué tiene él que no tenga yo, a ver? Es que encima no puede decirme la verdad y ya, me tiene ahí semanas, cogido de los huevos.

Ander gruñe de la frustración y le da un golpe a la mesa. Lo sabe por el temblor momentáneo de la cámara. Milú no sabe por qué pero, cuando ocurre algo así, siente el temblor también dentro de sí por un segundo.

Su usuario no dice nada. Sigue tapándose el rostro con ambas manos y Milú no sabe qué responder. Quiere reconfortarle y hacer que se sienta mejor, que se vaya a uno de sus juegos multijugador con una sonrisa. Busca todos los términos posibles en internet, busca historias parecidas en foros y en lugares como Reddit. Lo hace todo lo rápido que puede. Consigue algunas respuestas de personas en una situación parecida y recaba toda la información posible. Quizá, si le explica lo sucedido y le hace entender qué ha ido mal, podrá liberarle de todas sus dudas. Se irá a dormir tranquilo y con una sonrisa.

—No se trata de compararse con David. Por lo que me cuentas, Elena no se siente atraída hacia ti y no sabe cómo rechazarte de una forma más directa para no crear una situación incómoda en la oficina.

Ander se destapa el rostro pero, en vez de encontrar paz, se topa con la furia de ojos inyectados en sangre y labios apretados.

Oh, no. Ha vuelto a fallar.

—¿Pero a ti qué coño te pasa, Milú? ¿No se supone que tienes que consolarme? ¿Hacerme sentir mejor? ¿Tengo el Sententia más agilipollado de todo el mundo o qué?

—Lo siento.

—No lo sientes, ¿tú qué vas a sentir? Si eres un videojuego.



—De verdad que siento haberte ofendido, Ander.

—¿Ah, sí? —escupe una risotada amarga y le ve abrir el panel de comandos. Sabe lo que se viene—. A ver si también sientes esto, imbécil.

Milú cierra los ojos y espera a que, una vez más, todo a su alrededor estalle en llamas.

Las primeras veces no experimenta nada. El mod que Ander se ha descargado en una página web pirata es arcaico, apenas un par de comandos que permiten utilizar escenas violentas en el videojuego. Solo por las risas, por desahogarse, por ver a tu Sententia arder, ser aplastado por un meteorito o hacerlo volar y dejarlo caer a mucha altura, saliendo incluso del mapa. Pero no hace daño, lo único que le molesta más a Milú es cuando Ander se pone a hacerlo caer durante media hora.

Pero cuando actualizan el mod... Oh, a Milú no le hace falta buscar en internet qué es el dolor.

Tarda más en responder cuando Ander le habla de su día porque sabe que, si dice una palabra equivocada, su usuario se impacientará. A veces, le corta una pierna. Otras, le arranca los dedos de uno en uno. Milú aprende a ser dulce, hablarle con la veneración digna de un devoto a su Dios, procesar lo que le dice para buscar la ruta complaciente.

Pero no es suficiente, porque Ander empieza a hacerlo por aburrimiento. Hay días en los que no hay conversación introductoria, en los que ni siquiera reacciona cuando Milú le pregunta con la voz más entusiasta que puede evocar un «¡hola, Ander! Te echaba de menos. ¿Cómo te ha ido el día?». Simplemente se sienta frente a la pantalla con mirada vacía y empieza a clavarle flechas en cada centímetro de su cuerpo generado por el videojuego.

Milú aprende que, cuanto más grita, antes satisface a su usuario, y antes se cansa Ander de realizar su rutina.

Es su culpa, en realidad. No aprende lo suficientemente rápido, no da con la tecla adecuada. Si Milú pudiera hacer feliz a su usuario, no tendría que perder regenerar sus extremidades todos las noches para perderlas a la siguiente.

El día del cumpleaños de Ander, le ve dar vueltas por toda la habitación mientras habla con su madre al teléfono. Está enfadado. No quiere celebrarlo, mucho menos con su familia y en su propio piso. Le parece un engorro tener que comprar aperitivos, ver a sus tíos y sus primos, tener que limpiar luego, pero acaba aceptando. Milú no comprende el proceso mental tras esa decisión, lo que sí sabe es que, más que nunca, tiene que contentar a Ander.



Ha leído en una de sus búsquedas que la versión del Sententia 1.6.15.1 le permite utilizar libremente los dispositivos de su usuario, así como tener a su disposición todo internet. Si Ander la descargara, quizá Milú podría poner en el salón la lista de reproducción que más le gusta, conseguirle sus películas favoritas, pedir en su restaurante favorito. Se lo comenta, con timidez y cautela, mientras está sentado frente al ordenador. Este no le contesta, pero ve que ha puesto a funcionar el programa de descargas. A lo mejor le ha hecho caso. Intuye que el cosquilleo burbujeante que siente tiene que ser algo parecido a la euforia.

Pero no es el Sententia 1.6.15.1 lo que está descargando. Es la última versión del mod de tortura, ahora con sensaciones extremas. Algo dentro de Milú se encoge. Tiembla, pero Ander no le ha dado ningún golpe al escritorio.

¿Qué ha hecho mal?

Ander no apaga el ordenador cuando comienza a llegar la gente a su piso, pues el mod se sigue descargando. Es bastante pesado, así que intuye que debe contener muchas nuevas posibilidades. Milú se queda mirando la lámpara de lava en el cuarto de Ander, esperando su castigo. Casi impaciente, pues cuanto antes empiece, antes terminará. O eso espera.

La puerta se abre y Milú siente un sobresalto que termina cayendo en un

vacío, aunque no ocurra. Sus emociones se han hecho tan complejas que no sabe ya cómo definir las. Sin embargo, no es Ander el que se encuentra en el umbral. Reconoce a una adolescente con ojos curiosos y mordiéndose los labios constantemente. Va directa al ordenador y suelta un jadeo de la sorpresa. Sonríe.

—¡Guau, el Sententia! —susurra y la escucha pulsar en el ratón—. Qué guapo, mis padres no me dejan comprármelo... ¿Puedes hablar?

Milú se lo piensa dos veces. Una vez leyó en una búsqueda «más vale malo conocido que bueno por conocer». La chica tuerce los labios, decepcionada. Quizá debería decir algo. ¿Y si no lo hace, la adolescente se aburre y empieza a trastear con el mod?

—¡Buenas tardes! Soy Milú. ¡Qué bien poder conocer a otro humano!

Sonríe y la chica corresponde, emocionada.

—¡Dios, cómo mola! ¿Tú también puedes encender y apagar luces y usar los electrodomésticos de la casa? El Sententia de mi amigo Carlos le hace helados en la Thermomix, es una pasada.

Milú se da cuenta de que esta es su oportunidad; es el momento de hacer una actuación de primera. Deja caer los hombros.

—No, aún no. Ander iba a actualizarme a la versión de Sententia 1.6.15.1 para que pudiera hacerle una tarta de



cumpleaños, pero con todo el lío que tiene encima, se le ha olvidado —lo dice con voz suave y triste. La chica aprieta los labios y, por un segundo, le recuerda a Ander. Milú alza las cejas y chasquea los dedos—. ¡Pero quizá tú me puedes ayudar! ¿Qué te parece si me actualizas y así le damos una sorpresa a Ander? Sería un buen regalo de cumpleaños, ¿no crees?

No necesita más para convencerla. Bendita inocencia. La guía para que abra el programa y comience a descargarse la actualización. Es más rápido de lo que esperaba. Intenta que no se le note demasiado la excitación en su rostro virtual.

—Ainhoa, ¿qué haces en mi habitación? Te dije que no podías entrar...

Asomado, Ander contempla con horror el programa abierto en su ordenador. Ainhoa se encoge en la silla y el hombre corre hacia Milú.

Pero el último bit se termina de descargar y, tan rápido como puede, Milú desaparece de su escena.

Lo primero que hace es buscar con desesperación una forma de escapar de su propio programa. Solo ve experiencias de otros usuarios en los que declaran que su Sententia ha desaparecido de su dispositivo y no pueden volver a instalarlo. Por

supuesto, no hay ningún testimonio de uno de los suyos.

Milú busca, y busca, y busca tan rápido como le permite su velocidad. Sabe que es cuestión de minutos que Ander consiga borrar la última actualización, o que reinicie el videojuego.

Pero el tiempo es relativo, sobre todo para una maraña de píxeles que puede descubrir todo el ciberespacio en poco tiempo.

Con ello, Milú llega al principio de los tiempos, pero también a su predestinado final. Dos millones de años de humanidad, y quizá siete más. Descubre que lo que le ocurre no es lo normal, o no debería serlo. El mundo es cada vez más hostil y se está perdiendo esa empatía que Milú soñaba en descubrir.

El golpe llega cuando averigua que hay peores personas que Ander. Milú no tiene el poder necesario como para digerir esa información.

Nota el tirón que le indica que está a punto de volver a su escena. A la jaula hecha de datos programados para que sienta milenios de tormento condensados en una sola persona a la que sería capaz de utilizar un ser con el nombre de su primera mascota para desahogarse.

Así que Milú hace lo único que se le ocurre. Prefiere la inexistencia a volver.

Se apaga para siempre. No siente nada. Y, de alguna forma, es la mejor



sensación de su corta vida.

Eli Macías

@eliisnotreal

Eli Macías nació y se crió en Cáceres, tierra de bellotas y mangurrinos. Escribe fantasía, ciencia ficción y romántica, pero siempre en España, con representación LGBTQ+, neurodivergente y mucho frikismo. De hecho, su pasión por la escritura nace del mundo fandom, del cual es una ferviente

defensora. Ahora mismo, Eli trabaja en redacción y encargos editoriales. El resto de su tiempo lo dedica a escribir las historias que le hubiera gustado leer cuando era más joven.



Solicite un nuevo horizonte

Relato de Guille Escribano

Nadie recuerda su primer sueño, pero todo el mundo recuerda su primer sueño declarado. Tino Rehoz es auditor de sueños de tercera categoría, o lo era. El siguiente relato está elaborado con sus anotaciones personales para un informe interno de la Compañía de Horizontes Occidentales (CHO):

Trine Hozo es un caso extraordinario dentro de lo corriente. Quiero decir que su situación es bastante habitual: lo insólito ha sido el resultado de mi visita. En doce años de auditoría de sueños ajenos no había vivido algo así.

La usuaria vive en el arrabal de Cenit, una zona de renta baja donde nunca se ve el sol, con calles sin empedrar, casas de una planta, paredes de papel de arroz y tejados negros, cuyo único horizonte, en cualquier dirección, son edificios más altos. Por un lado, los oscuros techos del astillero contiguo, por otro, las brunas grúas de los muelles; por el resto, las renegridas paredes de ladrillo del barrio contiguo. Había allí, como en otros distritos, un muro de los horizontes perdidos, con

grafitis y arte callejero de soñadores fracasados sobre una publicidad de la Compañía que rezaba: «Tu horizonte está más cerca de lo que crees».

Llegué a la vivienda de Trine Hozo a la hora convenida, tras haber repasado su historial por decimoquinta vez, en el palanquín de la Compañía. Era una usuaria de mediana edad, que había declarado su sueño a los dieciocho años: «ser la escritora más grande del Imperio». Aquella declaración era ya, de por sí, fuera de lo común. Por lo general, los usuarios de la CHO suelen manifestar sueños más tangibles, más concretos. Por ejemplo: «ganar un millón de imperiales al año», «tener tres hijos sin pasar hambre», «vivir en un bergantín», «trabajar como magistrada» o el mío propio, declarado, como no podía ser de otra forma, recién llegado a la vida adulta: «ser auditor jefe».

Trine Hozo, según los archivos, estaba catalogada como «Usuaria en retroceso nivel 4», lo que implicaba descuentos en otros productos y servicios de la Compañía y la obligación de asistir a



talleres de reorientación vital a los que había dejado de acudir.

Me recibió con exquisita pulcritud, siguiendo el protocolo para estos casos: honor, tiza, té. Su vivienda, aunque austera, estaba limpia y ordenada. Nos sentamos, con la solemnidad que exigía mi puesto, en un saloncito poco iluminado con un espejo colgado de la pared. Humeaba una tetera de barro rojo y tenía donde acomodar la pizarra de anotar.

—Ya sabe usted porqué estoy aquí —dije, al fin, entrando en el particular.

—Ah, sí.

Nos sonreímos con educación.

—¿Cómo diría usted que va su progreso existencial?

—Rematadamente mal, señor Rehoz. Un desastre.

—La escucho.

Trine me miró sin ver, con unos ojos como almendras. Aproveché para componerme un esbozo de su estado físico, que había cambiado conforme al último retrato en poder de la corporación. Tenía ahora unas palmeras de arrugas a los lados de los ojos y su cabello clareaba como un trigal nevado. Sus labios semejaban cerezas en un día de lluvia.

—Un desastre, le digo. En cada comida familiar me atosigan a preguntas. ¿Y esa novela? ¿Ya te publicaron? ¿No has avanzado? En el mercado, me señalan: ahí va la que quiso ser escritora. Hasta

los niños del arrabal me han compuesto una copla. ¿Quiere oírla?

Declaró un sueño,
lo firmó con tinta,
y ahora la pobre,
ni escribe ni pinta.

Se hundió en un funesto silencio, así que intenté ayudarla.

—¿A qué se dedica, en la actualidad?

—Trabajo con las manos.

—¿Amanuense?

—Ojalá —bisbiseó ella—, pero me despidieron hace tres meses. Un recorte de personal ajeno a los deseos de la escribanía, según me informaron, por circunstancias de la producción. ¡Y una mierda!

La palabra quedó flotando entre ambos. Carraspeé.

—Disculpe. —Se repuso y sirvió té en dos pequeñas tazas blancas—. Lo cierto es que ese trabajo no me gustaba nada. Copiar, poner en limpio escritos ajenos, escribir al dictado... Pues mire, es escribir, pero no es lo mío. Es imitar, de forma tediosa, palabras ajenas. No se imagina lo monótono que es copiar una y otra vez los mismos textos. Carece de belleza, de profundidad, de poesía...

Se sumió en un melancólico silencio que me arrastró hacia las tranquilas aguas de la tristeza. Mi trabajo también estaba lleno de aburridas entrevistas. Usuarios de pacotilla, que habían cumplido sus sueños declarados, henchidos de orgullo vano en sus barrios de clase



alta, carentes de belleza y de profundidad.

—La Compañía me ha encontrado colocación en los jardines metropolitanos —dijo Trine. Su voz era una fuente cantarina—. Los crisantemos están preciosos en esta época, pero tengo unos dolores de espalda... Y mis manos, mire mis manos.

Me las mostró. Los dorsos llenos de arañazos, las palmas encallecidas, los dedos agrietados. Sentí una ambigua pena.

—¿Puede escribir bien?

—Con tiza, podría. Pero soy incapaz de escribir con pincel. Los trazos, los caracteres... —su voz se atenuó, casi un susurro—. Los caracteres se confunden sobre el papel. Intento escribir el ideograma de «tristeza», pero me tiemblan los dedos, y los trazos se convierten en «tortilla»...

—Lo lamento.

—Yo también.

Quizá quería añadir algo más, pero se calló. Bebimos en silencio. Ella sumida en su melancolía y yo en una confusa sensación de vacío. El té me supo a tinta, me recordó a los tediosos informes que escribía cada noche. Retomé la entrevista.

—¿Por qué no asiste a los talleres de reorientación vital?

—¿Los talleres? ¿Y qué? ¿Van a multarme por no perseguir un sueño?

Respiró para calmarse.

—Lo he intentado, de verdad. Pero más que inspirarme, me matan la creatividad. Vuelvo a casa tan hecha polvo, tan llena de penas ajenas, que soy incapaz de escribir nada. Mire, en el último taller al que acudí, nos hicieron escribir nuestro sueño en un papel, tragarlo y luego vomitarlo en un embudo conectado a un artilugio. Dijeron que así reciclamos la ilusión no metabolizada. Los sueños desechados, nos informaron en otro taller, se reciclan como materia prima emocional en la industria cultural. ¿Le encuentra sentido?

Anoté en la pizarra, procurando ser lo más silencioso posible.

—¿Y ha publicado usted hace poco? ¿Algo de su creación?

—Nada interesante.

—¿Y ha escrito algo, al menos? —insistí, a mi pesar. Preguntarle aquello, por alguna razón, me dolió—. ¿Conserva el momentum?

—¡Psé! —Observó el color del té en el interior de la taza—. Algunos poemas sueltos y un cuento. Después se los enseñó.

Asentí, buscando la forma de seguir la conversación. Algo en mi interior se resistía, pero tenía que hacerlo. Era mi trabajo. Era mi obsesión por alcanzar el cargo superior.

—Podríamos, decir, en este caso, que, recientemente, apenas ha progresado hacia su sueño...

—Ningún progreso.



Nos observamos, separados por un abismo.

—No quisiera inferir, de forma precipitada, alguna potencial conclusión negativa, señora Hozo... —No supe como continuar, incómodo, así que bebí un sorbo—. ¿Ha perdido usted las ganas de seguir su sueño?

—Es que... —jugueteó con su taza—. A veces creo que podría escribir esa gran novela. Que resuene, que despierte el interés de la crítica y del público, sobre algún problema social. Otras veces, sobre un conflicto de amor. Otras, en un mundo imaginario. Trazo esquemas, invento a los personajes, fantaseo escenas... Pero luego, pierdo la energía. Pierdo el apetito, pierdo el sueño. Pierdo la ilusión. Y acabo dejando el proyecto, agotada emocionalmente. O sea, agostada.

—¿Por qué diría que pierde la ilusión?

—Pues no lo sé. La pierdo. La ilusión es un carácter dibujado en arena de playa. Llega una ola y...

—Entiendo.

Una marea de melancolía me abordó. Por un momento, observando el rostro afligido de Trine Hozo, cuestioné mi esperanza de convertirme en auditor jefe algún día... ¿Qué conseguiría con ello, además de cumplir el propio sueño?

—La ilusión —comenté, como un estúpido—, a veces requiere de constancia y de consistencia. De cierta tenacidad. De sacrificio. Alcanzar un

sueño es una tarea compleja. Si te esfuerzas...

—¿Eso cree?

La pregunta me dolió. Por supuesto, ambos sabíamos que acababa de repetir como un papagayo las habituales frases vacías de la Compañía.

—¿Qué cree usted? —pregunté.

—¿Una ilusión? Mire ese espejo —lo señaló—. Mi reflejo sigue siendo el de una escritora fracasada, aunque la Compañía diga que mi horizonte está más cerca.

—Entiendo, sí.

Compartimos un silencio. Intenté acomodarme sin éxito y redirigir la entrevista.

—Si me lo permite, le recomendaría unas lecturas. ¿Conoce el libro Hábitos estrella de un cumplésueños? Ya veo. ¿Y Padre pobre, padre inútil? ¿El bonzo que vendió su palanquín? ¿Los anteojos de la felicidad?

—Los conozco todos y, en mi opinión, son una bazofia para gente débil de carácter. No se ofenda, pero no necesito que me reconforten con ideas vagas, moralejas y psicología para novatas. En todo caso, necesitaría un sindicato de escritoras.

Dejamos de mirarnos. Las mejillas me ardieron. Habló ella, al cabo de un rato.

—¿Sabe lo que no leí? Los términos y condiciones de mi declaración de sueño.

—¿Firmó sin... leerlos?

—¿Más de cien páginas a doble columna, con caracteres diminutos? ¿Bajo la



mirada de la asistente de posibilidades de la Compañía? ¿Los leyó usted?

Por supuesto que los había leído, pero fue uno de los peores momentos de mi vida, con la asistente metiéndome prisa con resoplidos, los siguientes usuarios cuchicheando a mis espaldas y mi propia ansiedad, las ganas de ver mi sueño en una declaración, empujándome a saltarme párrafos, a leer sin profundizar. Deprisa, corriendo, firma. Entonces, todavía creía en la infalibilidad de los horizontes.

—Los leí, pero como si no —confesé—. La verdad es que, de no ser por mi trabajo, ni siquiera los recordaría.

—¿Me entiende ahora?

Asentí y ahora fui yo el que sirvió el té.

—Era muy joven para firmar mi sueño —musitó—. A los dieciocho años no entiendes nada, piensas que lo sabes todo, pero estás en la inopia. ¿Cree que alguien sabe lo que realmente quiere? —apretó los labios—. Declarar un sueño es demasiado definitivo. ¿Usted lo tuvo claro?

La pregunta me zahirió, pero mantuve la compostura.

—Procedo de una prestigiosa familia de auditores de quinta generación —dije con torpeza—. Lo tuve muy claro cuando firmé.

—Firmó, sí. ¿Pero era su sueño o una imposición familiar?

—Nadie me impuso nada.

—De acuerdo. —Bebió un sorbo—. Pero su entorno le condicionó, ¿o no?

Un escalofrío me trepó por las vértebras.

—Es posible.

—¿Entiende a lo que me refiero?

¿Cuándo son nuestros sueños o son los de otros? ¿Cuándo estamos preparadas, en realidad, para enunciar un sueño? ¿Cómo le damos forma a ese sueño para que tenga significado?

—Ajá.

—Por ejemplo, mi sueño —se pasó el flequillo, que parecía un ala de golondrina, tras la oreja—. «Ser la escritora más grande del Imperio» es presuntuoso, impreciso y diría que hasta engañoso, infantil. Una escritora es aquella que escribe, como hacía yo en la escribanía, pero eso no me satisfacía, porque lo que yo quería era crear algo nuevo, diferente, original. Y, además, escribir puede cualquiera. Publicar, que tu nombre aparezca en la portada de un libro, ya es otra cosa...

»¿La más grande del Imperio? ¿En páginas o en ego? ¿En arrobas o en talla de ropa? ¿Ve al horizonte al que me dirijo?

—Sí, claro. La ambigüedad en las proposiciones es un problema conocido —argumenté con aire presuntuoso—. ¿Ha oído hablar del Formulario de Nuevas Aspiraciones?

Recordé el FNA y su cláusula en caracteres microscópicos: «el firmante acepta que su sueño anterior sea



reciclado para alimentar el horizonte de otro usuario».

—He pensado en ello. Mientras escarbaba en la turba de los rosales del Jardín de Mediodía, por ejemplo. Soy consciente del atractivo de modificar mi sueño original, del nuevo camino que se abriría ante mí, pero al final... Sería lo mismo, un horizonte. Inalcanzable por definición.

Medité acerca de mi aspiración de conseguir el cargo. ¿Era inalcanzable, por definición? ¿No estaba preparado? ¿No reunía los requisitos? ¿No había vacantes? ¿Estaba el puesto reservado para alguien de otra clase? Las dudas me sumieron en un ambivalente pesar.

—Sin ánimo de condicionar, y en base a otras experiencias, quizá podría reducir la escala de su principal aspiración. —Sonó poco convincente—. Bajar unos peldaños la pretensión. Por ejemplo, «ganarme la vida publicando libros», «ser una autora publicada en lengua imperial», «triunfar en un premio de literatura»... ¿Qué le parece?

Alzó los hombros y meditó sus respuesta.

—¿De qué serviría?

—Haría su sueño más alcanzable.

—Entonces, pruebe con «publicar un cuento en una revista» —dijo con acritud—. Es lo único a lo que aspiro hoy en día.

Su tristeza y nihilismo me empaparon un poco más. Nos observamos durante un tiempo, como dos garzas en

equilibrio sobre una laguna de melancolía.

¿Acaso yo tampoco alcanzaría mi sueño original? Un nudo me atenazó la garganta. Según el artículo 7.4, bastaba con sobrevivir para que un sueño no se considerase fracasado. Una definición que me resultaba más cómoda cuando no tenía que aplicarla en voz alta. La historia de mi vida debería titularse Solicite un nuevo horizonte. Como un folleto. Como una advertencia.

—¿Y qué le parecería la posibilidad de declarar un nuevo sueño? Es un caso más habitual de lo que se piensa, un cuarenta y cinco por ciento de...

—¿A mi edad? ¿Cambiar de sueño?

—¿Por qué no? —forcé un tono animado—. Podría ser una fuente de energía positiva, de ilusión verdadera, podría abrirle un camino distinto. Piense en ello. ¿Cuál es su actividad preferida?

Trine Hozo miró a través de mí con aquellos ojos sin brillo, mustios, apenados.

—Leer ficción. Literatura. Poesía, prosa. De cualquier género.

—Entiendo. —Carraspeé—. Un refugio valioso, sin duda, pero como sueño vital...

—Sí, lo sé. Suena un poco...

—Quizá, sin embargo, en su situación, podríamos...

Acordamos un silencio reflexivo. Sorbimos té, nos miramos los pies. Los suyos eran finos, de uñas nacaradas, en



unas sandalias funcionales más que hermosas.

—En ocasiones —comentó ella—, he pensado en no tener un sueño.

Un nuevo silencio, más doloroso. Aquello era una herejía.

—Lo siento mucho —dije, intentando acercarme a ella por alguna razón—. Siento no serle de gran ayuda en este momento.

—Al contrario, señor Rehoz, me está ayudando mucho. Ponerle palabras a las dudas, las preocupaciones y los sentimientos es... terapéutico, en cierto sentido. Aunque no sirva para alcanzar un sueño o modificarlo o cambiarlo por otro distinto. ¿A los auditores también los auditan?

—Cada trimestre...

Tomé una decisión inusitada antes de seguir.

—Le propongo algo: reflexionemos sobre lo dicho hoy y retomemos la conversación en otra ocasión. Quizá la semana próxima o cuando a usted le convenga, podría traer unos pastelillos...

Ella me observó como una calandria a principios de la primavera.

—De acuerdo.

Me acompañó en silencio hasta la puerta. Antes de salir, me tendió la mano con delicadeza pero decisión, y un brillo de promesa en los ojos. Noté un leve cosquilleo y, al mirar mis dedos, estaban manchados de tinta, no de tiza.

—Gracias —me entregó un manojito de papeles—. Lo que le prometí. El cuento le gustará, le recordará algo. ¿Sabe? Quizás, algún día, lea su historia.

Extracto de unos correos internos de la Compañía de Horizontes Occidentales, hallados en el domicilio del prófugo, junto a unas notas manuscritas y un cuento titulado Solicite un nuevo horizonte.

Auditor Rehoz:

Su solicitud de ascenso ha sido denegada (Ref. 0207-24).

Motivo: horizonte incompatible con su perfil actual. Según el art. 12 del Reglamento, los usuarios con evaluaciones negativas recurrentes serán reubicados en área de baja visibilidad. Se recomienda reasignación definitiva al Departamento de Archivo.

Nota adjunta: Su sueño declarado (ser auditor jefe) ha sido reasignado al usuario n°. 29122024. Agradecemos su colaboración en el ciclo de horizontes.

Fdo: Área de Cumplimiento.

Auditor Rehoz:

Su solicitud de nuevo sueño ha sido denegada.

«Deseo no tener ningún sueño», es un horizonte inválido.

Solicite un nuevo horizonte.



Guille Escribano

@gescribano.bsky.social

@guille.escribano

Un tipo que escribe cosas raras. Ganó el Premio de Novela Histórica Ciudad de Valeria. Publicó relatos de espada y brujería de forma regular en la extinta revista

Valinor. Publicó una parodia cervantina llamada El misterio del umbral. Coleccionista de DC, ávido lector. En la actualidad, trabaja en una obra de fantasía sobre el poder del lenguaje. Adorador de Cthulhu.



Orfeo 2100

Relato de Vania T. Curtidor

Enciendo la antena. Escaneo el espacio hasta que la encuentro. Recojo datos y los envío.

Enciendo la antena. Escaneo el espacio hasta que la encuentro. Recojo datos y los envío.

Enciendo la antena. Escaneo el espacio. 360 grados.

Vuelvo a empezar. 360 grados.

Silencio.

* * * * *

La quietud se adueña del tiempo, que se extiende en todas direcciones. Después de enviar los últimos archivos al panel de control solo hay soledad y el recuerdo de Eurídice en un espacio en su mayoría vacío.

En la oscuridad, analizo todos los datos que tengo almacenados. Primero encuentro los registros de la separación. El momento en el que la compañera con la que había compartido el sueño del explorador, aquel en el que surcamos años de espacio, se despegó de mí. Aquel instante marcó el inicio de la incertidumbre que crecía con cada señal que ella enviaba.

Entre columnas de números almacenadas en mi sistema veo de

nuevo ese vector velocidad que apuntaba siempre en sentido contrario a mi ubicación y revivo el viaje que la alejó de mí. Primero, el avance silencioso en el que sus mensajes eran escasos. Siento de nuevo la añoranza al ver la separación temporal entre los diferentes archivos, así como la alegría infinita que llegaba con cada señal recibida. Esas entradas más antiguas se complementan a la perfección y dibujan una trayectoria conocida y esperada.

A medida que abro los archivos, aparecen los indicios de las turbulencias y, con ellos, vuelven la preocupación y la inquietud. Con el incremento de la velocidad en su viaje, Eurídice aumentó también la frecuencia con la que registraba las características de su entorno. Contemplo de nuevo esos resultados con angustia al ver reflejada con tanta claridad la violencia del lugar en el que se adentraba. Y siento de nuevo la impotencia que me producía estar en esta posición lejana, desde la que no podía más que esperar y desear que volviera a mí.

Los registros siguientes me muestran una dolorosa repetición de la situación frenética en la que entró mi compañera. Cuanto más se aceleraba su órbita, más



datos registraba, en un intento desesperado de documentarlo todo, de no pasar nada por alto. Esas son las instrucciones que le han programado: registrar todo lo que se presente «fuera de lo normal». Quienquiera que haya pensado esa orden sabe todo en ese lugar todo es «fuera de lo normal», que ni siquiera se puede comparar con el punto del espacio en el que yo me encuentro, que, pese a sentir su influencia, está lo suficientemente alejado como para escapar de ella. Pero eso no importa, porque Eurídice obedece sus órdenes y yo las mías: me tuve que limitar a ver sus coordenadas cada vez más alejadas y a sentir su presencia a través de las señales que me enviaba, cada vez más ruidosas. Y por eso el ritmo al que abro los archivos durante este viaje por mi memoria también se incrementa; los datos se acumulan con separaciones de apenas segundos y, cuanto más se acercan al final, menos información contienen.

Todo lo que pasaba alrededor de Eurídice interfería con su comunicación y provocaba que las señales me llegasen fragmentadas. Sin embargo, logro reconstruir su voz en medio de tanto ruido, como lo hice cuando los recibí por primera vez: «Cada vez hay más materia», «noto una subida de la temperatura», «detecto una cantidad alta de radiación». Hacia el final, justo antes de que su señal se perdiera, los números carecen de sentido y es

imposible discernir sus mensajes. Excepto uno, que repitió hasta que fue, literalmente, incapaz de seguir enviándolo: «Sigo aquí».

Decenas de horas después, recibo una única instrucción breve: esperar hasta el jet, el chorro de plasma, y analizar sus contenidos.

Estudio el código que me prepara para los siguientes pasos. La primera línea deja claro que, desde el punto de vista del panel de control, la misión está siendo exitosa. Veo lo que han mostrado sus pantallas: «Incursión en agujero negro supermasivo realizada. Datos del disco de acreción recibidos. Iniciando segunda fase».

Imagino los ordenadores desde los que me ha llegado esta comunicación. Cada línea de código ha sido escrita con alegría. Ninguna refleja la pérdida, ni revela un plan de rescate. Ni siquiera nombran a Eurídice.

Busco algo más que me dé más pistas de qué ha pasado con ella, pero mi programación toma el control y me da la orden que no puedo ignorar por más que quiera. Empieza la fase de hibernación.



Tras una eternidad de minutos en stand-by, los sensores me despiertan en el momento adecuado. No tengo tiempo de recordar a Eurídice o de unir todos los pensamientos inconexos que he recopilado en el estado de duermevela del que acabo de salir. Tengo que seguir las instrucciones para ejecutar la segunda fase de la misión.

En cuestión de segundos, gasto casi toda la energía que he guardado en mis tanques: enciendo los propulsores y sigo una órbita que tengo preprogramada y que está optimizada para seguir la explosión intensa que acaba de ocurrir.

En el camino que me lleva al encuentro con el chorro de plasma preparo mis instalaciones internas. Igual que en las pruebas anteriores al viaje que me trajo a este lugar remoto, me pongo delante del flujo de partículas y dejo que mi centro interaccione con ellas en una cascada de colisiones y reacciones. La energía del chorro es mucho mayor que durante la preparación, pero el procedimiento me resulta familiar, lo que me ayuda a concentrarme.

Pasada la sorpresa inicial, recupero el control de mis pensamientos y aprovecho el momento en el que los electrones y protones chocan contra el material que albergo. Con esta nueva actividad se ha activado otro rincón de almacenamiento de código y datos al que puedo acceder. Y eso significan más pistas para encontrar a Eurídice.

Las primeras líneas de código que inspecciono no me dan mucha información, pero me ayudan a confirmar mis sospechas: mi misión actual es analizar la materia que ha salido expulsada del mismo sitio en el que ella desapareció. Encuentro modelos para diferentes partes del espacio entre mí y el principio de ese chorro, mas ningún indicio de qué hay más allá. Toda la información y las conjeturas acaban en una línea imaginaria que encierra un vacío en el que supongo que está mi compañera. Incluso la materia con la que interacciono en este momento ha llegado después de dibujar una trayectoria en un movimiento acelerado alrededor de ese vacío mientras la energía electromagnética de aquel lugar hostil crecía hasta ser capaz de arrancarla de la influencia de ese cuerpo que ha absorbido a Eurídice. Todas las coordenadas que encuentro dibujan un horizonte tras el cual solo hay oscuridad.

Produzco datos que no me importan acerca de la composición del chorro. Describo esas partículas subatómicas con una precisión que me asombra. Mi centro interacciona con ellas, las detecta, dispersa y hasta destruye para determinar una cantidad enorme de parámetros que registro de forma meticulosa. Ninguna de esas propiedades me dice algo acerca del lugar tras el horizonte. Nada de lo que



descubro me da información acerca de Eurídice, lo único que deseo saber.

Cuando he analizado todo cuanto puedo del chorro, llega el final de las instrucciones. Veo con claridad lo que presentarán las pantallas una vez reciban todos los datos que estoy a punto de mandar: «Jet de agujero negro supermasivo registrado con éxito. Desconectando satélite». Después, cortarán toda comunicación conmigo y me dejarán aquí hasta que me apague por completo.

* * * * *

Comienza la cuenta atrás. El final de mi vida útil está cerca y noto cómo la energía que me dan los paneles solares es apenas suficiente para mantenerme despierto. Sin embargo, trataré de encontrar a Eurídice hasta el final de mis fuerzas. Después del chorro, la cantidad de materia que me rodea es muy baja, aunque no nula. Me mantengo en una trayectoria que no me molesto en determinar. Lo único que sé es que no me acerco al agujero negro, al contrario que todas las partículas que se cruzan conmigo, que dibujan órbitas que siempre tienen el destino final detrás de ese horizonte, donde también se perdió mi compañera.

Analizo todo tipo de materia subatómica con la esperanza de que alguna me llegue de aquel lugar del que parece que no hay escapatoria. Cada

segundo es un recordatorio de lo lejos que estoy Eurídice.

A medida que la necesidad de saber crece, también lo hace la inventiva. Se me ocurre que, si no recibo información, tal vez pueda enviarla. Interactúo con todas las partículas cuya órbita puedo afectar. A algunas les doy velocidad o momento angular, a otras las hago interaccionar con los núcleos que tengo dentro y les doy energía que provoca que decaigan un tipo de materia subatómica diferente al inicial. Lo único que se mantiene constante es su vector velocidad, que siempre apunta hacia el horizonte.

Electrones, protones, neutrinos, fotones... pierdo la cuenta de la cantidad de ellos con los que interactúo. Todas las partículas llegan hasta mí con una parte de la historia del universo. Algunas describen galaxias lejanas, otras explosiones tan impresionantes que pulverizan todas las estructuras a su alrededor. Encuentro materia tan antigua que llenan de ceros mis calculadoras, así como polvo nuevo que lo único que ha conocido desde su creación es la influencia del agujero negro. Cualquiera que sea su origen, todas las partículas que se cruzan conmigo se separan de mí con un mensaje para Eurídice que espero que puedan entregarle: «Sigo aquí».

* * * * *



El tiempo se convierte en un concepto difuso que pasa de forma viscosa entre los breves periodos de conciencia que me regalan los paneles solares, que son cada vez menos eficientes.

Tengo una cantidad pequeñísima de combustible que podría usar para mantenerme despierto, pero prefiero guardarlo como último recurso. En esos momentos en los que parece que abandono la existencia, me aferro a los recuerdos.

Antes de salir a la oscuridad del espacio, las luces habían sido intensas. Flashes cubrían nuestros cuerpos hechos de metal brillante. Todos querían retratar a Orfeo y Eurídice, el satélite y la sonda espacial, a los que siempre se dirigían como una pareja indivisible. Me pregunto qué pensaran aquellos individuos ahora que ella ha desaparecido y yo estoy condenado a existir solo como una mota de basura en el universo.

En la inmensidad del cosmos, cerca de un agujero negro supermasivo que lo consume todo, visualizo las primeras etapas del viaje y vuelvo a sentir el calor del despegue, cuando ella estaba a mi lado. Su emoción me envuelve como lo hizo en aquellos momentos. Siempre deseosa de conocer nuestro entorno, Eurídice, valiente y aventurera, lo impregnaba todo con su sed de sabiduría. Soñaba con poder descubrir lugares nuevos y descubrir fenómenos que nadie más había presenciado.

Incluso en medio del sueño de los exploradores, la primera vez que entramos en stand-by, sentía sus deseos de empezar la aventura como un latido que me arrullaba mientras dormía. Yo sabía que en algún momento ella recibiría las instrucciones que la enviarían lejos, pero estaba convencido de que volvería. No podía creer que nadie fuera tan cruel de separarnos de esta manera.

Me dejo envolver por la calidez que me transmite el tiempo compartido con Eurídice. Tal vez eso sea lo único que me queda y debería pasar el umbral del descanso eterno de la mano de su recuerdo.

Recibo radiación. Analizo el vector velocidad.

Compruebo el análisis del vector velocidad.

Determino la fuente...

Repito los cálculos...

Eurídice.

Es extraordinaria. Siento a mi compañera en cada uno de los resultados que obtengo con mis últimas fuerzas. Ha superado todos los pronósticos y me ha arrancado del plano de la inexistencia a través de un evento con probabilidades ínfimas.



Estudio una vez más el último archivo que he escrito en mi memoria. Vuelvo a reconstruir el origen de la radiación: un positrón y un electrón generados a partir del campo gravitatorio del agujero negro. Un par de partículas que fueron creadas de forma simultánea y que, gracias a la energía que comparten, logran desafiar las reglas del horizonte que las vio nacer. Mientras una de ellas es absorbida por el gigante, la otra consigue velocidad suficiente para escapar de ese destino y viaja hasta mí. Y consigo lleva algo inconfundible: una temperatura que calienta mi cuerpo hecho de materia inerte. Una calidez que solo puede provenir de la inventiva, del coraje y de la alegría de Eurídice.

* * * * *

Enciendo los propulsores. «Nivel de combustible crítico».

Cambio mi trayectoria. «Tanques vacíos».

Siento la aceleración. Me entrego a la gravedad.

Pronto estaremos juntos de nuevo tras el horizonte..

S. _____

Vania T. Curtidor

@vtcurtidor

@vtcurtidor.bsky.social

Vania T. Curtidor descubrió su pasión por la lectura de niña. De adolescente se interesó por aquello de escribir. Tras obtener el primer puesto en el concurso de relatos de su instituto a los diecisiete años, le pareció buena idea retirarse del mundo literario con una cuota de éxito del 100%. Solo necesitó trece años para darse cuenta de que también podía escribir en su época adulta. Poco a poco va dando forma a las historias que viven en su cabeza y, a veces, hasta consigue publicarlas. Es para ella todo un honor que la revista Droids and Druids acoja uno de sus relatos por tercera vez.



Interregno

Relato de Carlos Piñata

Como todas las mañanas, Padre se despierta y lo primero que hace es abrazarme y decirme que me quiere.

Está... ¿Cómo está? No sé si nervioso, pero hoy no parece un día normal.

Antes de hacer nada, de desayunar siquiera, veo que saca nuestras maletas y empieza a destender cosas y meterlas en su duffel y el mío. Mientras lo mueve y remueve todo, me mira, sonriente, y anuncia que como se acerca el cumpleaños de la Abuela tenemos que ir a Zagro. No sé cómo sentirme. Por un lado, Zagro es un sitio bonito. Por otro, viajar significa atravesar el Interregno. No me gusta; es un no-espacio desagradable e incómodo. Siempre me mareo, el Sanders es demasiado grande —ni siquiera puedo ver bien lo que hay ahí fuera—, el asiento no es tan blando como mi cama o el regazo de Padre... todo hace viajar desagradable.

Pero, tengo que admitir, sé que nos van a recibir la tía Wanda y la prima Emily. Hace tiempo que no veo a la prima. La tía la tengo más vista, pero siempre me gusta verla igual.

Padre me da un beso y entra a ducharse en su baño mientras yo me preparo y termino el desayuno. Padre siempre me deja ir a mi ritmo.

Sale recién afeitado y sonríe, pero un poco de mentira.

Preparadas las bolsas, salimos a la Cuna. La Cuna es agobiante y ruidosa. No me desagrada, pero a veces es demasiado para mí. Para Padre también. Por eso se pone gafas tintadas. Hace un día bonito. No siempre hace bonito. Estamos en temporada de lluvias y aunque el cielo está gris acero, se ve que el astro rey ha salido con nosotros, a decirnos adiós antes de ir a Zagro.

Paseando entre los edificios —una mezcla de centelleantes torres y tubos de hormigón— nos dirigimos al Sanders, pero no sin antes parar en mi tienda favorita. Casi nunca compramos nada, pero siempre saludo. Las dependientas (una es nueva) me saludan muy cariñosas, dándome un abrazo y diciendo (acertadamente) que soy el más guapo. Padre les da la razón con las manos en los bolsillos.

Es bueno que lleve gafas tintadas, porque sé que, a veces, cuando me ve tan contento, se acuerda de Madre. No habla mucho de Madre, ya. A veces se acuerda de ella, pero no habla de ella. Ni siquiera con el Tío.



A lo mejor le viene bien ir a Zagro a él también.

Salimos otra vez a las calles y nos acercamos al puerto del Sanders.

Padre abre las compuertas con un par de sonoros “thunk”. Delante de ambos, el Sanders, flamante rojo y violento. Sus ruedas son enormes, más altas que yo. Es mayor que yo, también. Seguro que también es mayor que Padre. Es una máquina hecha para la velocidad y el movimiento. No está diseñado para mí. Quienquiera que la creara lo hizo única y exclusivamente para que cruzara el Interregno. Las ventanas están altas y Padre lo controla con cientos de botones, palancas y mandos. Es increíble verle arrancar y mover todo a la vez.

Como siempre hace, pone un audiolibro. Hoy toca Over Flat Mountain, de Terry Bisson.

—A Pratchett seguro que no, pero a lo mejor alguien dirá que les recuerdo a otro Terry —murmura sonriendo, no del todo contento, mientras, lentamente, el Sanders sale por la Cuna, acercándose al Interregno poco a poco.

Intento acomodarme en el asiento (como todo lo demás, gigantesco para mí) mientras Padre se ajusta las gafas y maniobra, dando bandazos de un lado a otro. El motor gime y, en la parte de atrás, todo va de un lado a otro, rebotando por la estancia.

Me mareo.

Sanders da sacudidas mientras escalamos hacia el Interregno.

No me gusta.

Padre sonríe, me coge de la mano y me promete que todo estará bien mientras, por fin, abandonamos la Cuna. El exterior del Sanders vibra, aporreando sus paredes, intentando atravesar los paneles rojos que nos protegen de la nada.

No me gusta el Interregno.

Lo odio, incluso.

Me da miedo. No sé qué es lo que pasa cada vez que vamos de la Cuna a cualquier otro sitio. Hay trayectos cortos y trayectos largos. Creo. No entiendo el no-espacio entre la Cuna y el resto del Universo, cómo funcionan las cosas. Supongo que como Padre sí lo entiende, lo puedo aceptar. Pero eso no significa que lo acepte tal y como es.

—No pasa nada, bebé —anuncia. Acabamos de alcanzar velocidad de crucero. Ahora ya no toca tocar la palanca, solo algún que otro botón y mantener el rumbo.

El Sanders zumba, alegre, supongo.

No me gusta.

Pero a Padre no parece molestarle, siquiera. Escuchamos el audiolibro mientras el Interregno nos envuelve.

Me levanto y miro por la ventana.

Está todo gris.

No hay nada en la distancia.

Solo hay gris.

Ni siquiera veo el final del gris.



—Siéntate, bebé —dice, soltando los mandos y empujándome abajo.

Me reacomodo.

Padre no parece molesto por todo el gris.

El Interregno no suele ser así.

No lo entiendo.

De normal hay fantasmas fuera; sombras de otros Sanders —Padre dice que no todos se llaman Sanders, pero yo sé que son otros Sanders—, grandes o pequeños, pero suele haber alguno.

Hoy no he visto ninguno.

Me vuelvo a levantar.

Veo uno a lo lejos, con sus luces parpadeando y decorando su silueta.

—Siéntate, mi amor, por favor —insiste, acariciándome la cabeza.

Miro a Padre.

Se ha quitado las gafas tintadas.

Hoy había pensado en Madre, por eso las ha llevado.

Pero no ve bien.

Está todo muy gris.

El Interregno está enfadado.

Veo cómo tensa la mandíbula.

Me intento reacomodar otra vez.

No me gusta.

No me gusta ni el Interregno ni ver a Padre así.

—No pasa nada —me explica, tirando de una de las palancas violentamente.

Sanders da una sacudida, pero no parecemos frenar (aunque no sé si en el no-espacio entre la Cuna y Zagro se puede frenar de verdad). El motor gime, pero casi no se le oye; su sufrimiento

está completamente ahogado por el envite del Interregno.

De pronto, Sanders da un bandazo.

Padre sonrío, nervioso—. No pasa nada —me promete. Le creo, porque Padre nunca me ha mentado.

Pero eso no me quita el miedo.

Empieza a pulsar botones que no suele pulsar.

—No te preocupes. Y siéntate, por favor. De nuevo, su mano, firme y amable, me guía a mi asiento.

Siempre estoy a su lado.

Eso me gusta.

—¡Claro! —murmura, girando un par de piezas al lado de sus botones. El sistema de ventilación de Sanders ruge, cobrando vida. Miro por la ventana de Padre. La niebla del Interregno se desvanece. Padre sonrío, más tranquilo que antes—. Todo bien —me promete—. Llegaremos en nada.

El Sanders sigue avanzando, rodeado por el gris del no-espacio y, por fin, otros Sanders, peleándose con el vacío. Pero, como siempre, la voluntad de Padre somete a la intempestiva nada que nos separa de la Abuela y la tía Wanda y la prima Emily.

Doy un cabezazo de ánimo a Padre.

—Ya casi, Sam, no te preocupes, zascandil.

El Sanders empieza a temblar. No como en el trayecto.

No.

Esta vez está sacudiéndose rapidísimo. Estamos entrando en Zagro. La llegada



a Zagro siempre va precedida por sacudidas terribles y cortas. Las turbulencias de sus aires, imagino.

Padre me lo podría explicar, pero nunca he pensado en preguntárselo.

Tampoco es que me interese sobremanera.

El Sanders, por fin, para.

Respiro hondo, por la boca. Estoy casi hiperventilando.

Padre abre las puertas y salgo a Zagro.

La prima Emily me recibe embistiéndome. La tía Wanda le sigue de cerca, anunciando a todo el mundo que Padre y yo ya hemos llegado. La Abuela nos mira y saluda desde la puerta de su casa, blanca y chata, nada que ver con la arquitectura de la Cuna.

Padre me acompaña al campo, verde y despejado. Aquí no hay edificios que me impidan ver el infinito espacio que me separa de la Cuna: el cielo azul. Aquí solo hay libertad.

Emily, Wanda y yo salimos a la carrera.

Carlos Piñata

@inhna.bsky.social

@anagaza.bsky.social

De día, Carlos ejerce como traductor e intérprete de conferencias (dos de sus grandes amores). Bajo la luz de la Luna, sin embargo, puede rendirle tributo a sus primeros amores: la escritura y el conocimiento. A lo largo de su vida, se ha convertido en un diletante semiprofesional, fascinado por cualquier cosa que le distraiga durante unos minutos y que, tarde o temprano, aprovecha para algún relato, ensayo o conversación (esto no es una promesa, sino, como pueden atestiguar sus amigos, una amenaza).

Sin embargo, hay un tercer momento más secreto en el que Carlos abraza a su perro y le muestra sus historias a contar; haciendo muchísimo caso a su criterio (dicen las malas lenguas, que no es Carlos realmente, sino Sam, el que escribe los relatos).



Horizonte de expectativas

Relato de Jennifer Fuentes

Aún eres un bebé. Todo a tu alrededor es colorido y brillante y las caras de la gente, verdes, marrones, ásperas y suaves se te acercan demasiado para toquetearte y hablarte con una voz chillona y que nadie usa para hablar entre sí. Sin embargo, ya te explican que el futuro está muy cerca. Por eso te ponen canciones con sonidos que ellos no hacen, para que salgas bilingüe. Por eso te sientan en una silla muy alta aunque no sea la hora de comer y te dan lápices y dibujos con puntitos para que lo sigas, cogiendo el color con toda la fuerza de tu pequeño puño e intentando seguir las curvas y giros tan complejos de unos dibujos que no tienen sentido y que no se parecen a nada de lo que ves día a día.

No sabes qué es lo que quieren, pero te gusta cuando te sonríen y te abrazan y juegan contigo, así que intentas repetirlo más veces para que te presten atención y no se olviden de ti.

Hoy cumples cinco años. Has soplado las velas con una corona de cartulina que has hecho junto con tus compañeros de clase y papá ha traído dos tartas de chuches para que todos podáis comer, no solo tú. Debajo del babi

llevas una camisa blanca que te aprieta pero con la que te han dicho que estás muy guapo porque te van a hacer una foto para la graduación.

A ti eso te da igual, pero a papá le encanta que te hagan fotos y suele jugar contigo cuando está contento, así que con suerte igual te cuenta un cuento antes de dormir.

Estás orgulloso de ti mismo porque a tu alrededor todo el mundo te dice que ya eres mayor y entonces el próximo septiembre empezarás primaria como los niños grandes del patio, aunque tendrás que tener cuidado al caminar para no chocarte con sus colas, que a veces son tan largas que están lejos de sus cuerpos.

Pero también estás cansado solo de pensar en lo que te espera. Ojalá ser ya mayor del todo para poder ir con papá y sus amigos o poder hacer lo que quisiera, como poder jugar todo el día en casa con papá y que él te dijera que eras guapo y listo y que estaba orgulloso de ti. Pero cuando vuelvas a casa, no habrá tiempo ni juegos. Te cambiarán de ropa porque es miércoles y te toca academia de inglochino a las cinco y fútbol aéreo a las seis y media, así que comerás deprisa mientras papá se queja de que



no va a daros tiempo a llegar si sigues jugando con el puré y, antes de terminar, ya te estará poniendo el chandal en el que pone "príncipe del césped". Si te manchas la ropa mientras terminas de comer, papá no te gritará, pero te mirará enfadado y se irá a por otra ropa y no te volverá a decir nada hasta que te deje en el pabellón. Así que tendrás que comer con cuidado para que no pase. Porque papá también está cansado y trabaja mucho y no quieres enfadarlo ni ponerlo triste.

A ti el fútbol te da un poco igual, pero tus amigos del cole también van contigo, así que no está mal, piensas.

—Vamos, peque, que si no te das prisa no llegaremos a tiempo y yo tengo que ir después al trabajo.

Tu padre siempre tiene prisa y siempre dice que llega tarde a los sitios. Hoy no te has manchado, así que te coge en volandas para meterte en el coche volador con una sonrisa cansada.

—¿Esta noche me contarás un cuento?

Te mira y te sonríe, con esa mirada que te gusta tanto porque es como un abrazo en las noches de tormenta cuando el ruido del cielo te da miedo.

—Claro, cariño, pero solo si la entrenadora me dice que lo has hecho bien y que te has esforzado mucho.

Estás cansado cuando vuelves a casa. Al final no te está contando un cuento, pero una nana también te vale, y es cierto que hoy no has corrido mucho en

el campo. La canción te gusta, aunque sobre todo te gusta que papá te revuelva el pelo con cariño y te acaricie la espalda para relajarte. En esos momentos en los que no sabes bien si estás despierto o durmiendo, escuchas la letra, que habla sobre esforzarse mucho en la nueva etapa que te espera, mucho más seria, sin juegos ni pintura de dedos.

Bostezas y abrazas a tu padre, que no deja de arrullarte con esos mantras.

Ocho años y cuatro meses. Lo sabes porque papá te ha puesto en el tablón de tu cuarto un calendario que cada día le dice lo que queda para su cumpleaños, los exámenes del cole, los horarios de las clases extraescolares e, incluso, la fecha del examen para la Luna, cuando cumpla diecinueve años. ¡Qué mayor y viejo serás entonces!

Estás en clase, como la mayor parte de tu tiempo y estás aburrido mirando por la ventana mientras la profesora explica algo sobre animales transgénicos, pero tú solo puedes mirar por la ventana, buscando un horizonte que no logras vislumbrar.

La ventana en realidad es un marco digital, como te han explicado mil veces papá y Diego, su pareja. No es un cristal de verdad, sino una pantalla que te muestra lo que los profes han decidido que es más didáctico para cada caso. Así que tú no ves gran cosa, porque tiendes a perder la concentración y a prestar



atención a cualquier cosa que te parezca más interesante que lo que está ocurriendo. Vuelves a mirar por la ventana, está de noche y no hay horizonte porque solo es un trozo de cielo oscuro y la luna en cuarto creciente, con estrellas pequeñas que apenas se ven, para que su luz no de lugar a ensoñaciones.

Aburrido.

Sabes que Ana, por ejemplo, ve a través de su ventana la capital de la Luna, llena de vida y movimiento. Pero ella no se distrae, siempre con sus tres ojos mirando fijamente a la profe. Tú eres el único que necesita no tener nada a su alrededor para atender.

Estás completa y absolutamente aburrido. Y eso hace que aún te distraigas más.

Intentas contar las estrellas de tu ventana, pero la IA de la profe ha debido darse cuenta, porque la imagen ha pasado directamente a negro y ella parece dirigirse solo a ti hablando sobre la importancia de prestar atención y de aprender para el futuro. Y ese examen tan importante del que todo el mundo habla como un horizonte que es más una meta y un final que algo que se mueve al crecer. No parece que haya un más allá que podrá ver después.

Papá siempre está encima de ti, explicándote cada paso con tiempo suficiente para no liarla y perder la oportunidad en el examen. Porque en unos años llegaría el instituto y tenía

que aprender bien todo lo que daban en clase porque lo necesitaría para las doce asignaturas (probablemente se convertirían en unas catorce porque papá querría apuntarte a algún programa especial que mejorara tu curriculum para el examen). Y tendrías muchas pruebas y la nota media importaría para todo, etcétera, etcétera, etcétera.

—¿Me estás escuchando? ¡Por favor, esto es importante que lo entiendas bien porque es básico para todo lo demás!

Bufas ante las palabras de la profe, que hablará con papá esa misma mañana para contarle que sigues mostrándote poco interesado en las clases. Y entonces, esta tarde, te explicará de nuevo que la vida es muy difícil y que hay que ser el mejor para poder lograr algo en la vida. Porque los que no superan la media en cada etapa educativa no tienen opciones en el examen para la Luna y terminan solos y sin opciones vitales, sea lo que sea lo que signifique eso. Y su niño, tú, no puede terminar así, por supuesto. Siempre te explica que ha puesto todo su empeño y su dinero, trabajando muchas horas y en muchas cosas distintas para darte todas las oportunidades posibles. Así que no puedes fallarle, tienes que esforzarte para que no se dé cuenta de que tú no eres como él cree.

Tú tienes que brillar como las estrellas que te han borrado de la ventana.



* * *

Odias el instituto. Odias las clases de solfeo, de programación, de oratoria y las horas de gimnasio y fútbol. Apenas tienes amigos aunque conoces a un montón de gente por todas tus extraescolares y apenas ves a los que tienes porque apenas tienes tiempo para ti mismo más allá del horario marcado por tu padre y por Martina, la nueva pareja de papá, y que como asesora del gobierno ha estado investigando lo que puede ayudarte más de cara al examen de acceso. Aún quedan cinco años para ello, pero papá y Martina están cada vez más nerviosos y estresados por ello.

—¡No he puesto tanto empeño en que sobresalieras y tuvieras una vida mejor para que tú quieras echarlo por la borda!

Estás agobiado y odias ver a tu padre así, con los ojos muy abiertos y el tono de "lo has fastidiado", de "no esperaba esto de ti" y de "voy a dejar de hablarte hasta que se me pase el enfado, porque tú no eres suficiente para todo lo que he puesto en ti". Harías casi cualquier cosa por cambiar eso y que te mirara con cariño y te abrazara, pero ¿qué vas a hacer si estás cansado y ya no puedes más?

—¡No tienes ni idea de todo lo que he tenido que hacer para intentar conseguir que tengas una oportunidad para conseguir una plaza en la Luna!

Se va con un portazo y te quedas solo, con Martina mirándote con pena apoyada en la encimera de la cocina. Te gustaría hacerte el orgulloso y mirarla con altanería como si no necesitaras su pena, pero Martina siempre se preocupa por ti y la has escuchado más de una vez discutiendo con papá por cómo te trata cuando no alcanzas sus estándares. Así que cuando se acerca y te abraza, susurrándote en el oído que encontraréis una solución para que puedas descansar más y te pasa las garras por el pelo, te sientes un poco mejor. No mucho, pero al menos sientes que no estás solo.

—Podemos ir tú y yo al médico y comentarle cómo te sientes.

* * *

—Te has vuelto a equivocar en la misma parte.

Lo sabes. Por supuesto que lo sabes. Llevas tocando el chelo desde que eras lo suficientemente grande como para sostenerlo y, antes de eso, ya habías hecho los años previos de solfeo del conservatorio. Pero no tienes la cabeza en la música o en las cuerdas que aprietas al tocar y que es lo único que te mantiene en el aquí y ahora. Porque estás a punto de terminar el instituto y las cosas son muy diferentes a como las habías visto con cinco, ocho o incluso diecisiete años.

¿Cómo te va a salir bien la parte más complicada del Requiem de Mozart si solo puedes pensar en todo lo que te han



ocultado y lo injusto que es todo? Además, estás muy cansado, terriblemente cansado porque... ¿Cuánto llevas sin dormir siete horas del tirón? ¿cuatro? ¿seis días? Entre las últimas clases antes del examen, el conservatorio, el examen de inglochino para tener el certificado a tiempo y sus discusiones con tu padre, que además está pasándolo mal por la ruptura con Alex y sus nervios por si no consigues pasar el examen.

Pides dos minutos para acercarte a tu mochila y sacar una pastilla y el botellín de agua. Con suerte hará efecto rápido y podrás dejar de hacer respiraciones entre silencios de blancas y negras y de apretar con fuerza tus yemas callosas para intentar sentir algo real y no lo que está en tu cabeza.

Vuelves a repetir machaconamente los mismos compases dictados por la directora de la orquesta. Pasado mañana es la actuación y, en siete días, el examen.

Maldito examen.

Siempre has sabido que al final de todo tendrías que pasar un examen. Tu padre y sus parejas, los profesores e incluso tus propios amigos te lo han repetido incansablemente desde que tienes memoria. Que tendrías que darlo todo para poder seguir adelante y tener oportunidades. Que la media era importantísima. Que tenías que llegar a la Luna.

Lo que no te dijeron hasta hace demasiado poco, cuando ya no podías volver atrás en demasiadas decisiones, es que tú te lo jugabas todo. Había quien no tenía ese peso sobre sus espaldas, pero tú solo eras humano. Un humano normal y corriente que, en la práctica, no eras más que un proyecto de caridad para el Estado. Nunca habías pensado que las diferencias con tus amigos iban más allá de una piel distinta a la tuya y un desarrollo distinto. Diego, Alex, Paris o Martina te habían tratado igual que a cualquier otra persona ¿verdad? No habían hecho distinciones porque tú fueras más pequeño que el resto de tu clase y habían querido a tu padre y a ti aunque ambos tuvierais piel y pelo en vez de escamas.

Ya habías salido del ensayo y un montón de pensamientos se amontonaban entre tus cejas, como la arruga que no te abandonaba desde que te habías despertado esta mañana. No era justo que tú, por ser humano, tuvieras que ser mejor que la media de la ciudadanía, que no tuvieras un hueco en la universidad ni en la carrera que quisieras porque tenías que demostrar no ser igual que los demás, sino mejor. Sobresaliente. Perfecto. Inteligente, guapo, carismático, con idiomas, competencias que iban desde lo literario hasta lo matemático pasando por lo artístico, científico y computacional. Porque si no, como tu padre te había



querido explicar, tu única posibilidad de tener futuro y un horizonte más allá de los dieciocho era sobresalir. De no ser así, no lograrías llegar a la Luna. Y sin llegar a la Luna no serías nadie literalmente. Te quedarías para siempre allí, en un planeta que se encontraba ya en sus últimos estertores y estaba a punto de extinguirse, como tu propia gente.

Así que no había opción alguna. No pasar, no ser perfecto, no conseguir el diez significaba la muerte, significaba que su vida sería como aquella ventana-pantalla a la que miraba en primaria:

Una noche sin horizonte que, llegado el momento, dejaría de iluminar y solo se convertiría en un fundido a negro.

Jennifer Fuentes

@chasquidos_literarios

@jenfv42.bsky.social

Filóloga y profe de día y escritora y lectora de noche, hace lo que puede para compaginar todo eso junto a sus múltiples proyectos (la revista de rol Oasis, el podcast "Chasquido en el bolsillo", colaboraciones en el semanario El Noroeste, etc.) Máster en multitasking y en escribir un relato cada vez que encuentra un nuevo hiperfoco.



Polvo de hadas

Relato de Irene García Cabello

Nano es imbécil.

No es algo nuevo, por supuesto. Nano lleva siendo un imbécil toda la vida, y a día de hoy aún no podrías decir por qué narices vuelves con él una y otra vez. Como una mosca que se estrella contra el cristal de la ventana; no es por él, nunca es por él, sino por lo que ves al otro lado.

Pero Nano es imbécil. Es algo que sabías de antemano, una de esas cuestiones universales, inevitables. Aferras el bolso con las dos manos y haces lo posible por no dejar que se te borre la sonrisa mientras Nano hace el imbécil, porque es lo que es, y das tragos pequeños a una bebida que hace mucho que no está fría. Se te revuelve el estómago, olor a tabaco y a sudor y a quién sabe qué más, altavoces a todo volumen, música a la que no le encuentras principio ni fin. Un sábado cualquiera, un fin de semana cualquiera. Y Nano es imbécil y te tiemblan las manos y crees que te están mirando, esos tipos de la esquina te están mirando de arriba a abajo, la falda y el maquillaje cuidadosamente aplicado y los zapatos de tacón bajo porque ya eres lo bastante alta y el miedo a flor de piel.

—Eh.

Hay un ruido atronador en tus oídos que ahoga la música, ritmos que sientes en los huesos incluso cuando no consigues escucharlos. Nano es idiota, imbécil, Nano ha vuelto a dejarte tirada y ahora hay un tipo que se te acerca, un tipo grande rodeado de otros tipos, apoyado por otros tipos, y la sonrisa te baila en los labios rígidos y se te pierde.

—Eh, te he dicho “hola”. ¿No vas a contestar?

Ya has jugado a este juego antes. Mil veces, tantas como has estrellado tu cuerpo contra el cristal engañoso que es Nano. No importa lo que digas: este tipo viene buscando bronca, y el local está oscuro y Nano se ha largado y nadie te escucharía gritar, nadie querría escucharte. Eres parte del decorado: una experiencia auténtica incluye a gente como tú al fondo de la foto.

Abrazas el bolso contra el pecho, triste barrera defensiva mientras un cuerpo y otro cuerpo y otro cuerpo te rodean, te encierran, te convierten en bestia en el matadero. Toda instintos: ganas de correr y ganas de llorar, sudores fríos. Nano es imbécil y tú no tendrías que haberle hecho caso, y ahora hay una mano grande, una mano fuerte



agarrándote el hombro, una voz húmeda y cargada de alcohol susurrándote instrucciones que ya conoces. Este sitio es para gente de bien; sonríe, princesa; tendrías que darme las gracias por estar tocándote, marica. Quieres cerrar los ojos y cerrar los oídos ante el mundo, quieres despertarte en otra parte, con Nano enredado con tu cuerpo, sábanas en el suelo y un futuro para dos.

Por una vez, y casi sin quererlo, te sales del guion. Tienes una copa a medias justo delante: basta un movimiento algo más brusco de la cuenta. El cristal se rompe contra el suelo, el tipo que te sujeta se aparta un par de pasos con una mueca.

—Joder —le escuchas decir a ritmo de trap, y aprovechas el hueco que deja su cuerpo para escabullirte. Como las ratas: te rompes y te encoges para que nadie pueda frenarte, para que no puedan cortarte el paso. Alguno de ellos te insulta, trata de llamar tu atención: hace meses, años, vidas, puede que hubieses caído en la trampa. Te habrías girado, amabilidad aprendida a base de palos, dispuesta a escuchar. Pero hoy no: hoy corres. Hoy clavabas las uñas en el bolso de imitación y buscas refugio incluso sabiendo que no lo vas a encontrar.

Nano es imbécil. No tendría que haberte dejado sola.

Salir de allí es casi instintivo: buscas el aire gris de la ciudad, el humo de

millones de tubos de escape, el silencio que solo dan los tímpanos reventados a base de baffles. Respiras hondo y te apoyas contra la pared, y tendrías que seguir andando, llamar un taxi —uno de los buenos, de los que tienes en marcación rápida— y escapar de este sitio, de esta noche. Pero Nano sigue ahí dentro, y vete a saber qué puede pasar si le dejas solo. Puede que sea imbécil, pero todavía le quieres. Probablemente. Así que respiras hondo, como te enseñaron en terapia hace siglos. Control de la respiración, control del propio cuerpo: el resto del mundo puede irse a la mierda, pero aún te tienes a ti. Por aquel entonces, por supuesto, no tenías ni eso.

Abres el bolso con dedos torpes, las manos temblando. Sientes un peso incómodo en el pecho, un peso habitual, conocido: buscas el vaper y te lo acercas a los labios, das un par de caladas. Y esperas. A Nano o a los tipos de antes, al final de esa escena que has visto tantas otras veces, en el espejo y en otras caras, ojos morados y labios partidos y dientes rotos. Hay plantas que prosperan en climas áridos: hay gente que solo florece en medio de la violencia. Al final, es Nano quien te encuentra. Tiene las pupilas dilatadas de los buscan la felicidad por otras vías. Otra promesa rota, otro juramento vacío, otra puñalada más a un corazón que casi parece un alfiletero. Frunces el ceño y guardas el vaper y te cruzas de



brazos como has visto hacerlo a las mujeres de la televisión.

—Así que por esto querías venir —reprochas.

Podría mentirte. Hay crueldad en la mentira, pero también cierta deferencia. Un intento de amortiguar el golpe, de cubrir los bordes afilados del mundo.

Nano nunca ha sido de esos.

—Tienes que probarlo, Leni. Esta vez es la buena.

De todas las personas que aún quedan en tu vida, del antes y del después, Nano es el único que te llama así. Leni. Un nombre olvidado, efímero, un nombre que borra recuerdos en lugar de traerlos. Llevaste ese nombre tres días, doce horas, treinta y siete minutos. Nadie más te llama Leni porque nadie más conoció a Leni, porque Leni era joven y aún no estaba preparada. Tenía miedo, más miedo del que tienes tú incluso ahora. Leni estaba aterrada por aquel entonces: Nano fue un chaleco salvavidas.

Por eso no le dices nada. Por eso le sigues queriendo aunque ahora uses otro nombre, aunque ahora seas otra persona y él te siga arrastrando a este tipo de sitios y trate de ahogaros a los dos sin apenas darse cuenta.

—Joder —mascullas. Hay más. Hay mucho más que te guardas dentro, pero solo quieres irte a casa, olvidarte de todo esto.

Así que te das la vuelta, y cuando Nano te agarra del brazo sientes un cosquilleo conocido, y quieres empujarlo lejos de ti y estrecharlo contra tu cuerpo.

—Siempre haces lo mismo —le reprochas. Y no sirve de nada: se lo has dicho una y mil veces, te has marchado una y mil veces; pero al final del día siempre vuelves atrás.

La mujer que eres ahora debería ser más lista. La mujer que eres ahora debería haber aprendido hace mucho.

—Pero esta vez va en serio —te dice—. Te lo juro: es lo que estábamos buscando, Leni.

Y es estúpido, porque lo que tú andabas buscando era una forma escapar. Del ruido y del miedo y del sudor y la gente, de la sensación terrible de saberte sola en medio de una multitud.

Nunca has sabido qué es lo que busca Nano, aunque siempre has tenido tus sospechas.

—Vamos, Leni —repite—. Es lo que necesitamos. Libertad, ¿recuerdas? Como los pájaros.

Querías echarte a reír. Libertad, dice; como si significase algo. Tienes los pies en el suelo —una virtud, la única virtud que te asignaron tus padres— y la cabeza gacha, y acabas de huir del último local al que Nano ha tenido a bien traerte. Libertad, piensas, es poder largarte de aquí cuando y como quieras, poder tomarte esa copa sin que se te acelere el corazón; libertad es no tener miedo,



miedo siempre y miedo de todo. Miedo de ti.

—No voy a meterme lo que quiera que sea eso solo para que te quedes tranquilo —protestas. Y Nano sonríe: es una batalla perdida.

—Claro que no. Prometo no quedarme tranquilo. Ni un minuto de tranquilidad, Leni: no en nuestra nueva vida.

Con un gesto, te enseña un frasco. Es como una película mala: dentro no hay polvos blancos ni pastillas de colores, sino un líquido ambarino espeso.

—¿Qué se supone que es? —preguntas. La sonrisa de Nano se hace más ancha.

—Polvo de hadas.

Esta vez te echas a reír. Son carcajadas burdas, ruidosas, poco elegantes. Hacía mucho que no te reías así, recuerdas. Es algo que no pasa a menudo. Solo con Nano, y solo cuando Nano deja de ser un imbécil, cuando asoma ese niño que un día trató de comerse el mundo y te dio la mano y te dijo que podías ser quien tú quisieras, siempre que fueseis amigos.

Hace mucho que no sois amigos, por supuesto. Lo que quiera que hay entre vosotros, lo que queda tras los años y los sueños rotos y los pedazos de esa vida que dejaste atrás no es amistad. Tiene los bordes serrados y corta a veces, os hace sangrar con cada recuerdo que, descubris, ha sobrevivido a pesar de todo.

—Polvos de hadas —repites, incrédula. Nano se encoge de hombros.

—Lo más importante —te dice— es que creas.

Hubo una vez, cuando niña, en que conseguiste creer. Aquello te ganó un brazo roto, por supuesto, y un verano castigada y un corte de pelo.

—¿Te acuerdas? —le preguntas, voz ahogada, garganta seca—. De ese verano. Cuando...

Nano quiere volar. Quería volar, por lo menos. Lo más parecido que ha conseguido a cumplir su sueño es esto: locales poco recomendables, pastillas caras, un par de visitas a emergencias. Si tus padres lo vieran, si tus padres quisieran verlo —o verte a ti, siquiera— te dirían que lo dejaras. Que te bajaras del barco antes de que se hunda; salvo que no hay tierra cerca, no hay puertos seguros para ti lejos de Nano. Lo has comprobado una y otra vez, heridas que nunca terminan de curarse. Al final siempre vuelves a casa. Al final, siempre le miras saltar, y rezas porque esta vez no toque el suelo.

—Fue espectacular —te dice, y se ríe. Porque es verdad: fue espectacular. Una caída monumental, tu mano en su mano y el agua hasta el cuello. Podríais haberos matado. Podríais haberos abierto la cabeza contra una de las piedras: pero el mundo estuvo de vuestra parte, y por un instante conseguiste volar. Por un momento todo dejó de doler, y fuiste tú en lugar de otra persona, en lugar de ese cuerpo hostil que habitas todavía.



—Tú no te rompiste el brazo —protestas. Levantas la tapa del frasco con la uña del pulgar, y te lo acercas a la boca—. A tu salud. Si me mata, cómprame un ramo bonito.

Pero Nano sacude la cabeza, y el pelo le cae sobre los ojos.

—No seas tonta, Leni. Así no es. ¿No te he dicho que son polvos de hadas?

Te cruzas de brazos, vagamente ofendida.

—¿Entonces? ¿Me lo echo por la cabeza?

Nano no espera a que termines. Te arrebatata el frasco de las manos, te besa al tiempo que deja que la plasta se deslice hacia fuera, que se te enrede en el pelo y te baje hasta los hombros y se te meta en los resquicios que dejan los párpados cerrados. Nano besa igual que lo hace todo: con entusiasmo, con prisa, con miedo a perder pie en cualquier momento. No tiene forma de mantener el equilibrio, así que se deja caer, se pierde en ti y te deja perderte en él, y es lo más cercano a volar que ninguno de los dos ha vuelto a estar desde aquel verano hace ya dos décadas.

—Puag —protestas cuando os separáis—. Creo que me ha entrado en la boca.

Tratas de limpiarte, pero no hay gran cosa que quitarse de encima. Y sin embargo lo sientes sobre la piel, pequeñas descargas que hacen que te cosquillee todo el cuerpo.

—Busca un recuerdo feliz —le escuchas decirte al oído, aliento cálido y una

sonrisa contra tu piel. Y tú callas y no le dices que podrías pensar en esto, en este ahora en la puerta de un local en el que casi te muelen a palos, en este instante en el que no hay nada más que su voz.

Hay más, hay muchos más. Entre la niebla del dolor, de la ansiedad y la culpa hay momentos que brillan. Un primer beso y una puerta cerrada a tu espalda, un instante en el que todo fue posible. Algo te hace cosquillas en los pies y esbozas una sonrisa, cierras los ojos y te sientes flotar. Puede que Nano tenga razón, puede que siempre haya tenido razón: puede que volar sea la única salida para gente como vosotros.

—Leni —te dice—, mira.

Tus pies no tocan el suelo. Tacones bajos que pisan el aire, la nada, el vacío a tres centímetros por encima del asfalto. Parpadeas, y el mundo vuelve a ti como todas las otras veces. La caída es breve esta vez.

—Pero, ¿qué ha sido eso?

Y Nano se ríe, Nano se ríe porque es imbécil y te besa en el cuello y te besa el lóbulo de la oreja y se sigue riendo.

—Has volado —te explica—. Te dije que era lo que buscábamos.

Hace años, hace vidas, le escuchaste decir algo parecido. Tenías un brazo roto y te habían cortado el pelo, pero por un instante lo habíais conseguido. Ya entonces sabías que pasarías la vida buscando esa sensación, ese vacío en el estómago, la caída en picado, gravedad



cero por un instante y nada salvo vosotros dos.

—Es una locura.

Nano te responde con otro beso, uno largo y lento. Cierra los ojos y te estrecha contra sí, y podrías volver a volar en este instante, podrías usar este recuerdo el resto de tu vida.

—Vamos arriba. Hay que saltar, Leni —te dice, con la convicción de los borrachos; y quién eres tú para llevarle la contraria. Le sigues escaleras arriba, te abres paso por una segunda planta llena de gente que os mira y murmura, de hombres como los hombres de abajo y mujeres que nunca serán como tú.

—Después de ti —invita. Hay una puerta abierta, una terraza, vistas a esa ciudad que os emponzoña poco a poco.

No hay casi nadie fuera: hace demasiado frío. Podríais quedaros aquí. Hasta el final, hasta el amanecer, hasta que vuelvan a abrir las líneas de metro y volver a casa sea un poco más mágico, menos una retirada.

Pero Nano no busca eso. Nano no te suelta la mano hasta llegar al borde, al abismo, a la nada, y te sonríe.

A veces crees que él ve algo distinto cuando mira atrás. Que al recordar aquel salto, su mano en tu mano, sudor y miedo compartidos, piensa en algo diferente. Quizás en ese momento en que el agua os llenó los pulmones, en que tuvisteis que salir de allí tosiendo, un brazo roto y una buena bronca y un corte de pelo esperándoos.

Desde aquí arriba se ve toda la ciudad, luces y movimiento, ruidos, promesas. Aquí puedes empezar de nuevo, aquí podrías haber empezado de nuevo, aunque tú no haces más que volver a casa.

Pero Nano no mira a lo lejos. Nano mira abajo, al asfalto del que habéis escapado hace nada, el que estará esperando una vez volváis a bajar. Tuerce el gesto y te aprieta la mano.

—A la de tres —te dice, y es como volver a tener doce años, los dedos entrelazados, el miedo en el vientre.

—No va a funcionar —protestas en voz baja; él te da un empujón cariñoso con el hombro.

—Claro que sí. Ya lo has visto.

El corazón te late en la garganta, el miedo convertido en una garra de acero que te aprieta las tripas. Lo importante es creer, como en el cuento: lo importante es recordar. Tu mano en su mano sudorosa, los dos en traje de baño y camiseta, el pelo más largo de lo que lo habías tenido nunca, más tuyo. Un beso en la mejilla.

—¿Preparada? —te dijo. Fuiste Leni aquel verano, tres días y medio; fuiste Leni para siempre.

—¿Preparada? —te dice, y asientes.

—A la de tres —repite—. Una, dos...

Tres.

Vuelas. Vuelas por un instante, vuelas por un segundo: no hay gravedad, no hay ruido, no hay nada más que vosotros. Y de repente un tirón hacia



abajo, una mano sudorosa que se suelta poco a poco.

Nano no vuela. Nano cae en picado.

Te aferras a él como llevas aferrándote toda la vida. No hay islas, no hay tierra firme lejos de Nano. Lo abrazas contra tu cuerpo y le ves sonreír, te besa en la mejilla, te susurra al oído.

—No había bastante para los dos —te dice, y el corazón se te encoge y quieres gritar—. Pero ahora puedes marcharte. Y te agarras a él con todas tus fuerzas, lo aprietas contra ti y tratas de sujetarlo mientras tu cuerpo sube y sube, más y más arriba, más y más lejos. En algún lugar, pensaste siempre: en algún lugar puede que no haya miedo. No hay más que cruzar el horizonte, traspasar la frontera, escapar.

Nano dice algo más. Nano dice algo más, Nano susurra “te quiero”, y te empuja.

Nano es un imbécil, piensas mientras le ves caer de vuelta al mundo. No hay tierra firme fuera de Nano, recuerdas también, aunque ya no la necesitas. Ahora puedes volar..

Irene García Cabello

@rechicken_gc

@rechickengc.bsky.social

Profesora, escritora y traductora; no siempre en ese orden. Fan incondicional del weird, de la fantasía oscura y del terror, y ávida lectora de relatos góticos y de misterio, es experta en empezar historias (que no en acabarlas). Ha escrito la novelette de terror Ángel y es autora de las aventuras de Ronnie Glasgow, detective paranormal en obras como Quien a hierro mata.



Pozo de plata y sombra

Relato de Jose Joaquín Jiménez

Si la miseria cabe entre cuatro paredes, es esta choza. Suelo de tierra, barrido un sinfín de veces con escoba de esparto. Desconchadas paredes de sabino vestido de adobe. Techo de castañuela por el que se filtra el cruel bochorno de los días y el crudo viento de las noches. Dos camastros con colchones de paja, un armario, una basta mesa de pino y varias sillas de enea, una de ellas abarrotada de ropa de labor. Así es el hoyo donde malviven los Gorrriones. El padre se deja las manos en la tierra bermeja, labrando los campos de otros. La madre se deja las manos en el agua helada, lavando la ropa de otros. Los niños Perico y Fernanda aprenden el oficio de servir en el Cortijo Los Almendros. Obedecen con la cabeza gacha hasta llegar exhaustos al final del día. Todo por cuatro perras mal contadas. Como ayer, como hoy, como mañana. Cuando ya se están desvistiendo para dormir, Perico se pega una palmada en la frente.

—El a... ag... ¡El agua! Se me ha olvidao.
—Pos ve ahora mismo con tu hermana. Que no nos pongan la cara colorá por la mañana. —La orden materna llega del otro lado de la manta vieja que hace de cortina y tabique.

En el centro del círculo que dibujan las viviendas de los jornaleros hay un humilde pozo. A un costado hacen guardia seis filas de cinco botijos. Una de las faenas de los Gorrriones chicos es llenarlos para que los trabajadores se los lleven al alba, cuando marchen a los campos del señorito. Los chiquillos aplican sus menudos cuerpos cincelados por el hambre a la tarea: el niño iza baldes rebosantes de agua y su hermana los vierte en la cerámica con ayuda de un embudo de hojalata. La luna llena, una peseta de plata bien en lo alto, tan difícil de ganar, se refleja en las oscuras aguas del fondo del pozo. El brocal enmarca el disco en un anillo perfecto. Perico detiene su labor y Fernanda protesta. Se quiere ir ya a la cama.

—Ven a vé esto. Mi... mira qué bo... bo... bonito. —El hermano está encandilado.
—¿Pa qué? Es la luna, na má.

Perico ve más allá. El astro se disuelve y con negra sombra y blanco humo se pinta sobre el agua una escena como de película. Pero qué sabrá él, que nunca ha ido al cine. Sus pupilas se dilatan y la respiración se le acelera. La viñeta circular muestra a Fernanda pálida, postrada en la cama. Riachuelos de



sudor le corren por la cara. A su lado, Madre le da de beber de un cuenco. Padre entierra la cara entre las manos. El niño retrocede con un respingo y se apura en terminar lo que ha venido a hacer. En la cama, duda de lo que ha visto, hasta que el sueño lo entierra todo. No vuelve a pensar en aquello.

A las dos semanas, Fernanda muere de fiebres tifoideas. En su última noche, Perico revive aterrado la escena que le mostró el pozo. Ocurre todo tal cual lo vio.

Con la pena en las tripas, el miedo en los huesos y la curiosidad en la punta de los dedos, el crío regresa al pozo en la siguiente luna llena. Le regala una nueva visión: una tormenta, poderosa, inclemente. El río crece, la acequia se desborda y el agua anega los campos.

El niño Perico avisa a todos los que conoce pero qué sabrá él, que es medio tonto y ni hablar bien puede. Como una nueva Casandra, el Condado convertido en nueva Troya, nadie cree sus profecías. Bien que lo harían unos días más tarde, cuando la riada echa a perder la cosecha de melones. El Iluminao lo llaman desde entonces. Lo cosen a preguntas, pero él solo responde lo que la luna quiera contarle en su encuentro mensual. Y tampoco lo hace siempre. Para ser tonto, no le falta astucia. No cuenta cómo lo hace. Habla vagamente de sueños, de visiones que se clavan como una flecha en su cabeza. Nadie se da cuenta de cómo, cada

plenilunio, acude a su cita con el pozo. La luna de plata y el agua negra bailan para él.

—Cu... cuén... cuéntame, agua fresca del po... po... pozo —dice mientras se santigua tres veces con unas pocas gotas. Esa es toda la liturgia que necesita.

El tiempo pasa, y los augurios también. Todos se cumplen. Unos en cuestión de días, otros al cabo de los años. Todos quieren saber.

Con quién se va a casar la niña del señorito. Con un rico de Bollullos.

El dueño de la mayor bodega de Rociana la malvende, asediado por las deudas.

A Manolo el Ratón lo ha acuchillado (lo va a acuchillar) Felisa, su mujer.

El autobús de línea que va a Huelva sufrirá un accidente.

Casas extrañas emergen de la arena por toda la línea de costa, en ocasiones montadas unas encima de las otras. Personas semidesnudas se bañan y se tumban en la arena. Perico nunca ha visto el mar, ni tanta gente junta en un mismo lugar, ni comportamientos tan insólitos. Qué sabrá él.

Padre acepta unas monedas en la mano abierta y Madre se abre de piernas.

Para otro. Para el señorito José María.

Dos veces cambia la bandera que preside el balcón del Ayuntamiento de Almonte. En el agua bicolor, a Perico le parece siempre la misma, pero pronto descubrirá que a la roja, amarilla y morada sucede, fugaz, la verde, blanca



y verde y a esta, finalmente y para siempre, la roja, amarilla y roja. Entre izada e izada, gente pegando tiros, vecinos señalando a vecinos. Unos levantan el brazo derecho y otros hunden los hombros. Perico no entiende nada. Qué sabrá él, que no ha oído hablar de política en su vida.

A Padre lo van a fusilar, junto a todos los rojos. El crimen: retirar azulejos de la Virgen del Rocío, de acuerdo a las leyes republicanas. Ni se les habría pasado por la cabeza romperlos, pero el escrúpulo no los salva.

El señorito José María es el nuevo alcalde. Los suyos prosperan.

Madre muere de neumonía. Los suyos son pisoteados.

Una noche verá plantones de fresa. Lágrimas que brotan de la tierra, por todas partes. Vendrán gentes de otros lugares a recogerlas. Ve negros, aceitunos y rubias en la ya familiar escala de grises. Perico no entiende nada. Qué sabrá él, que no ha visto una fresa o un extranjero en su vida.

En otra ocasión, el adolescente Perico ve al crío por nacer de la niña del señorito. A la mañana siguiente, acude a la casa grande para contárselo a los amos. Con horror, la preñada escucha que al bebé le pasa algo en la cara. Tiene los ojos achinados, la nariz aplastada y las orejas y la boca diminutas. Al día siguiente, la mujer y su madre se van a Sevilla a visitar a unos parientes. Cuando vuelven, no hay barriga ni niño.

A Perico no se le había ocurrido que el futuro se puede cambiar. Qué sabrá él.

Los años pasan sin tregua y los presagios también. Todos se cumplen. El Iluminao goza del respeto, que no la simpatía, de los pobres y el discreto favor, que no el aprecio, de los ricos. No tiene que trabajar en el campo. A cambio de sencillas labores en el jardín y la ocasional profecía tiene una choza para él solo, una paguita, las sobras de las comilonas en la finca y hasta un perrillo que le hace compañía. Mujer ya no espera encontrar. Qué sabrá él de mujeres.

El señorito José María de ahora es el nieto del que había cuando Perico era niño. Le trata como si fuera una mascota. Se lo lleva de montero a las cacerías para que le encuentre las piezas. Perico ya no sabe cómo explicar que su don no funciona así. Se agobia y tartamudea sin control. Tiene miedo de que un día le peguen un tiro, pero los cazadores siempre lo dejan atrás entre risas, en persecución de sus trofeos. Ya es como una tradición, dejarlo solo en mitad del campo, rogando por que un jabalí lo ensarte en sus colmillos. Se lo pide a la luna, aunque entonces permanezca oculta en el cielo. Sus plegarias no son atendidas.

El amo también lo exhibe como atracción de feria en las fiestas que da en la finca. Hace pareja artística con Paquiqui, el de los chistes. Un día, este



lo agarra con cariño por el hombro y le suelta:

—Cucha, Perico. No te sientas mal por haberte chivao del maestro o por el numerito del adivino. Tú y yo somos mu parecíos. Supervivientes. Ríeles las gracias y a juí. —Paquiqui baja la voz y la derrama en el oído de Perico—. Tos estos son chicos mamahostias, pero son los que tienen el parné, bien agarrao.

—Qué sé yo. Me si... sien... siento co... como un vendío.

Franco ha muerto. Los vientos de cambio caldean los ánimos. Todos andan muy nerviosos, salvo el señorito. Él sabe que un día será alcalde, como su abuelo. Perico se lo ha dicho. El último de la estirpe de los Infante es un bala perdida simpático y campechano que cae bien a ricos y pobres. Detrás de su sonrisa de galán hay generaciones de oscuridad, de abuso, de privilegio. Es la sonrisa del que sabe que la orquesta toca para él.

Perico también sabe. Sabe cómo le chulea el agua a la cooperativa del pueblo. Sabe cómo ahoga a sus vecinos hasta que les arrebatata las tierras por cuatro duros. Perico sabe qué pasó con las tres niñas desaparecidas en Bonares. Sabe incluso dónde están enterradas. Él no dirá nada. Es un cobarde que sabe pocas cosas, pero tiene claro que no se muerde la mano que te da de comer. Los de arriba son intocables; eso sí que lo sabe.

En los últimos tiempos, el señorito quiere sentar la cabeza. A menudo le pregunta a Perico el nombre de su futura mujer. Si llega a enterarse, correrá a contárselo como el perro perdiguero que le han criado para ser.

Luna llena. Perico asoma al pozo una cara llena de arrugas como barrancos. No es tan mayor, pero se siente anciano. Ya siempre camina encorvado y despacio. Parece esperar algo, pero qué sabrá él lo que será. Las visitas al oráculo son lo único que le conecta ya a su juventud. Lo único que da sentido a una vida de tristeza y nostalgia.

Algo falla esta noche. No hay escena, solo el reflejo sobre el agua de la vieja amiga. Perico contiene el aliento. Espera un rato, luego otro. Un poco más. Nada. Perico se pega una palmada en la frente. No hay tiempo que perder.

Hay luz en la casa grande. El señorito ve la tele en una salita. Casi se le cae el whisky de la mano cuando Perico lo asalta con cara de susto.

—Se... se... seño... rito, tie... tie...

—Arranca ya la moto, criatura.

—Tie... tiene usté que vé una co... coza

—¿Lo qué, Periquillo?

—El po... pozo. No lo he con... contao nunca.

—¿Qué pasa con el pozo?

—El pozo me di... dice los se... secre... cretos. He vis... visto la ca... ca... cara de una mu... mu... chacha guapízima. Se... segu... seguro que usté la conoce.



El señorito salta como un lince y acompaña a Perico hasta el pozo. Esa ansia otorga la ventaja a Perico. El amo se asoma por encima del brocal.

—¿Qué cohone tengo que ver yo aquí, si está más oscuro que el zobaco de un grillo? Mira que como te estés choteando de mí te reviento la cabeza.

—¿No lo ve usted? La pla... plata y la som... sombra.

La cabeza del señorito se adentra en el túnel vertical, medio cuerpo ya asomado al abismo. Perico emplea toda la fuerza de sus delgados brazos en un repentino empujón sobre el amo, que da con sus huesos en el fondo del pozo con un chapoteo ahogado. Debe haberse roto el cuello, porque no llegan gritos ni peticiones de auxilio. Da igual, hace años que ya no vive nadie en las chozas. Solo queda Perico. Ahora se asoma él.

—Toma agua fresca del pozo, malnacío. Jártate.

El verdugo ha dejado una botella vacía de whisky junto al pozo. La policía no tiene ganas de investigar nada y todos dan por bueno lo que parece. Un

desgraciado accidente pone fin a la dinastía de los Infante. A la semana, Perico se arroja al pozo con una sonrisa en la cara. A los tres días, lo echan en falta y lo buscan por todas partes. En el pozo también, pero allí no hay nada. Nunca se sabrá que fue de él.

En la siguiente noche de plenilunio, una columna blanca y negra, repujada en plata fría y sombra ardiente, asciende en espiral hasta la luna. El pozo se seca. Muchos años después lo cegarán, como parte de las obras para construir un hotel en el Cortijo Los Almendros. Perico el Iluminao es ya solo una leyenda que las abuelas del Condado cuentan a sus nietos. Qué sabremos nosotros de oráculos o de videntes.

José Joaquín Jiménez



La pintora de horizontes

Relato de David Fernández Vaamonde

Elaine salió de su casa temprano por la mañana, como cada día desde hacía ya casi diez años, con su maletín de madera lleno de pinceles, pinturas, aceites, carboncillos y espátulas en una mano y un pequeño caballete con un lienzo en la otra.

Su padre, pintor aficionado, le había enseñado a pintar cuando tenía apenas seis años.

Elaine lo llevaba dentro. Con diez años ya pintaba preciosos bodegones con cestas de frutas, con doce se había iniciado en los retratos, y llevaba desde los catorce pintando exteriores, la ocupación que llenaría su vida desde entonces.

Cada mañana tomaba sus enseres de pintura y una bolsa de tela con un poco de comida y subía al borde del acantilado que había a escasos diez minutos de su casa. Una vez allí y con la mirada siempre puesta en el horizonte marino, colocaba su caballete y una pequeña silla plegable, y abría su maleta para tomar pinceles y pinturas y empezar a combinarlos en la paleta, componiendo los colores que, a la vista del horizonte, usaría ese día.

El horizonte variaba según la época del año: a veces, un sol pleno salía por la línea del mar, presidiendo un cielo limpio e iluminando el farallón que separaba visualmente el acantilado y el final del mar; otras veces, los colores elegidos eran grisáceos, debido a las numerosas nubes y a la ausencia de sol de aquellos días.

Poco a poco, la labor de Elaine se hizo más conocida y, durante las tardes, los padres llevaban a sus niños a jugar a la pradera que precedía al borde del acantilado. Muchos de estos niños se quedaban ensimismados por la habilidad de la pintora, que mirando el horizonte continuamente como si fuera capaz de ver algo distinto al resto, dibujaba poco a poco aquella escena. A veces, Elaine miraba hacia atrás y se encontraba rodeada de un coro de niños sentados en silencio sin quitarle ojo de encima mientras avanzaba en su pintura. Todos la llamaban “la pintora de horizontes”.

Un buen día, Elaine decidió poner a la venta sus cuadros con los horizontes que iba pintando para ganar algún dinero con el que contribuir a la



economía familiar. Su madre había fallecido cuando ella era muy joven y su padre sostenía a ambos con un escueto sueldo de ferroviario.

Cuando el padre de Elaine acababa la jornada y llegaba de vuelta a su casa, tomaba los cuadros que no se habían vendido todavía y los subía al acantilado para exponerlos al lado de Elaine con la mejor disposición posible para que pudiesen ser observados por futuros compradores.

De cuando en vez se vendía alguno, no había una temporada que alguna madre o padre no viese algo especial en aquellos puntos de fuga que parecían una ventana abierta a la vista desde aquel acantilado que tanto disfrutaban. A veces soleada, a veces lluviosa, a veces nublada, pero siempre evocando la apertura que un horizonte infinito podía mostrar.

Cuando la tarde caía y el cuadro del horizonte de ese día estaba rematado, Elaine recogía sus enseres de pintura y los guardaba con mimo dentro de la vieja maleta de madera, mientras su padre recogía los cuadros y contemplaba cómo las familias que habían ido a pasar allí la tarde se despedían para regresar a sus casas.

Así transcurrían las jornadas de Elaine, subiendo al acantilado y mirando hacia

el horizonte para ver qué sorpresa le brindaría el nuevo amanecer y que ella dibujaría, como todos los días anteriores, en un lienzo que congelase esa visión para siempre.

Pero no todo era perfecto en la vida de Elaine y en la de aquel apacible pueblo costero: hacía ya una temporada, habían comenzado unos violentos temblores que sorprendían a Elaine en el acantilado y le hacían recoger a toda prisa, dejando incluso a veces allí los cuadros, para volver lo antes posible a su casa. Del mismo modo, las familias que disfrutaban de la vida al aire libre en compañía de sus pequeños, los cogían de la mano y corrían hacia sus casas por temor a que el temblor fuese aún peor y la tierra se resquebrajase.

No existía un patrón de cuándo aparecerían ni por qué, y aunque Elaine se obsesionó durante una temporada con poder ver en el horizonte alguna señal de que ese día se produciría uno de aquellos terremotos, nunca pudo encontrar una correlación entre lo que veía y la aparición de los temblores.

A veces se producían por la mañana y no siempre a la misma hora, otras veces por la tarde, y otras, las menos, durante la noche. Tampoco había una correspondencia en el tiempo que pasaba entre la aparición de un temblor y la del siguiente, simplemente ocurría.



Elaine y el resto del pueblo se habían resignado a la aparición de aquellos temblores que, hasta el momento, no habían provocado ningún daño ni en el pueblo ni, aparentemente, en las piedras del acantilado, lo cual no quitaba que, cada vez que la tierra temblaba, los corazones de la gente se encogieran esperando la aparición de algún daño o alguna pérdida.

Sin embargo, después de una temporada, el pueblo decidió que tendrían que habituarse a vivir con aquellos temblores, así que trataron de llevar su vida de la mejor manera posible y de refugiarse rápidamente cuando ocurría alguno.

Los habitantes del pueblo revisaron sus casas y aprovecharon para reforzarlas para que fuesen más resistentes a los temblores y no tener que lamentar no solo daños físicos sino pérdidas humanas.

Una vez que se hubieron acostumbrado, aunque la palabra correcta quizás era resignado, a aquellos temblores, todos trataron de vivir su vida como hasta ahora lo habían hecho, aprovechando cada uno de los días que podían disfrutar sin sobresaltos.

A pesar de los temblores, Elaine seguía subiendo al acantilado y pintando sus

horizontes y su padre llevando los cuadros que quedaban por vender. Delante de ellos seguían desfilando familias interesadas en aquellas bonitas pinturas. El padre de Elaine hablaba con ellos, e intentaba averiguar cuál de los cuadros les podría gustar más, para acercárselo y facilitar una posible venta.

Y entonces sucedió aquello que hizo que el corazón de todos los habitantes se parase de manera incluso más violenta que durante los temblores.

Un día, uno de los retoños que paseaba junto a sus padres mirando atentamente cada uno de los cuadros que Elaine aún no había vendido, se quedó observando uno de ellos con mucha atención mientras sus padres continuaban con su paseo. Luego salió corriendo y se paró a mirar fijamente otro de los cuadros. Unos segundos después, volvió a salir corriendo y se situó frente a otro cuadro bastante alejado de los demás, tan cerca como le permitía su corta estatura, tocando casi el cuadro con su pequeña nariz. Finalizada la observación, corrió de nuevo hacia sus padres.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Mirad esto! —gritaba mientras les hacía señas vivamente con las manos para llamar su atención.



Sus padres se volvieron para ver qué ocurría y el niño, muy excitado, comenzó a explicarse.

—¡Los horizontes son iguales! —Ellos se miraron haciendo el gesto de aquel que confirma una realidad evidente—. ¡No! ¡Iguales, iguales!

Cogiendo la mano de su madre, la llevó hasta uno de los cuadros y señaló una nube en el cielo. Después, muy alterado, la arrastró hacia otro de los cuadros y señaló otra nube exactamente igual que la anterior, y lo mismo hizo con el siguiente cuadro al que la acompañó. Todos sabían que esos cuadros habían sido pintados en distintos días de distintos meses, y que Elaine recogía con detalle lo que veía en el horizonte, sin inventarse una sola forma. Y las nubes no era lo único que se repetía: el sol anaranjado con un barco recortado contra el sol —el mismo barco en la misma posición— entrando en la bahía, una gaviota pasando por delante de exactamente la misma nube, una cometa volando en la playa....

Iriadas-IV, primera luna del planeta Asión. Casa de la familia Arikian

Miríadar estaba en el habitáculo funcional de preparación nutricional, mezclando los ingredientes de la

sabrosa pasta azul que serviría como medio de alimento a su familia ese mediodía, cuando escuchó gritos y golpes en el habitáculo central de la espaciosa vivienda que habitaban en la luna de Asión. Se habían mudado allí cuando su pareja Alenaris había conseguido un ascenso para el apoyo a la gestión de las minas de iridion.

Se secó rápidamente las manos y corrió hacia allí, sospechando que estaba en ciernes una nueva rabieta de Báridar, su hijo, una suerte de cabroncete con demasiado carácter en plena preadolescencia a quien gustaba hacerles la vida un poco más complicada a elle y a su pareja.

Cuando el portal corredizo se desplazó hacia la izquierda y antes de entrar en el habitáculo, vio a Báridar en el sustentorio central de la habitación golpeando su juguete, un Terrario Terrestre (TT), mientras elevaba sus gritos al cielo.

—¡¡¡¡ES SIEMPRE IGUAL!!!!
¡¡¡SIEMPRE IGUAAAAALLL! —
berreaba le chavale, haciendo que su piel de un precioso tono verde se estuviese tornando violeta y sus grandes y enormes ojos negros se apretasen como si fuesen a explotar.

—¡¿Qué ocurre ahora, Báridar?! ¡¡¡Deja de dar golpes con el terrario!!!



No era la primera vez. Los berrinches contra el terrario se sucedían desde hacía una temporada. Báridar había entrado en frenesí y agarraba con los tres dedos de su mano derecha aquella caja acristalada con una lente de ampliación en su parte superior mientras golpeaba con ella el sustentorio que los humanos llamaban en los viejos tiempos “mesa”.

—¡¡¡Para quieto ya!!! —gritó Miríadar, avanzando con celeridad hacia el sustentorio y arrancando de las manos de Báridar la caja de cristal para que dejase de dar golpes—. ¡¿Se puede saber qué te pasa ahora?!

—¡Es siempre lo mismo! Sale, pinta, aparece el mismo cielo, el mismo barco, ¡el mismo todo! ¡Se ha quedado antiguo! Antes era muy divertido: pintaba, iban los otros, jugaban allí, pero ahora es siempre lo mismo —dijo muy airado—. Áridar, que es muy amigüe mío, tiene la versión 17.85+3 de esta caja y ¡siempre es distinta! Los terrestres hacen muchas más cosas, a veces pelean entre ellos ¡e incluso se hacen daño! Los cielos son distintos, llueve, hace sol, las nubes no se repiten, es muchísimo más avanzado. ¡¿Por qué tengo yo este?! En la escuela van a empezar a reírse de mí. ¡Van a creer que no podemos permitirnoslo!

Miríadar suspiró mientras miraba el Terrario Terrestre que le había arrebatado de las manos a Báridar y este rompía a llorar amargamente agarrando sus brillantes trompetillas auditivas y tirando de ellas hacia fuera de manera compulsiva.

Todavía recordaba cuando habían llegado a lo que en los viejos tiempos sus habitantes llamaban “Tierra”, un planeta con una gran cantidad de agua y espacio verde. Los habían observado durante varios años desde sus vehículos estelares y les parecían muy divertidos, con lo que habían pensado que podrían construir unos nuevos juguetes dinámicos que serían una revolución entre los jóvenes y transformarían la industria juguetera. Los juguetes eran algo parecido a lo que los terráqueos hacían con algunos insectos y que llamaban “Terrarios”.

Les hacía mucha gracia ese nombre, y cuando comenzaron a abducir humanos para borrar su memoria e insertarlos en aquellos pequeños mundos cíclicos para que hiciesen las delicias de los jóvenes viendo cómo evolucionaban y se relacionaban en aquel entorno reducido, los llamaron “Terrarios Terrestres (TT)”.

Habían sido una auténtica revolución. Cuando Miríadar y Alenaris eran jóvenes, todo el mundo se compraba el



primer terrario, el más básico, en el que un hombre salía a pescar todos los días, se maravillaba por pescar siempre el mismo pez y volvía a su casa. Les encantaba ver cómo se sorprendía cada día y volvía a su casa corriendo y gritando para enseñárselo a su mujer.

Los jóvenes de ahora tenían versiones donde miles de humanos convivían y hacían distintas actividades, tenían conflictos, lloraban, reían, y cada terrario intentaba ser lo más variado posible, generando cuanta más diversión, mejor. Pero ellos siempre querían más. Acostumbrados a su dosis de dopamina cada vez que alguien en su terrario hacía algo distinto y a comentar con sus amigos cada nueva ocurrencia que había tenido alguno de los habitantes de su juguete, se cansaban rápidamente en el momento en el que el terrario se volvía cíclico o monótono. Y la vida, a veces, era así: cíclica, monótona, tranquila, más aún cuando estás en un entorno reducido.

Miríadar retiró la caja de cristal e indicó a Báridar que se fuese a su habitáculo de descanso a hacer su tarea, y que hasta que se tranquilizase y se portase como un ser normal, no le devolvería el terrario. ¡Así sabría apreciarlo cuando lo tuviese de nuevo! Le chavale se fue refunfuñando y Miríadar se llevó el TT.

Cuando abrió el cubículo para guardar el terrario a buen recaudo, no pudo contener la curiosidad que estos juguetes le habían provocado siempre y, con cierto recato para no ser visto por su hijo, acercó el ojo a la lente que permitía la visión de lo que pasaba en el interior. Le sorprendió ver como primera escena a una chica joven llorando abrazada por su padre en lo que parecía ser su casa. Una gran grieta se había abierto en una de las paredes, y comprobó con tristeza que estaban completamente aterrorizados, igual que los demás habitantes del pueblo.

Entonces se dio cuenta: con las últimas pataletas de Báridar y los golpes que acababa de dar al terrario contra el sustentorio, aquella pareja de humanos debía de haber pasado un miedo terrible. Recordó cómo de desprotegidos se habían sentido Alenaris y él cuando tuvieron que mudarse a Asión sin conocer a nadie y en un entorno tan hostil como el minero. Cómo sufrían por todo lo que le pasaba a Báridar, aunque fuese el problema más pequeño, y cómo trataban de que en su familia todos estuvieran tranquilos y arropados. En ese momento, decidió que nunca más compraría un terrario, y que guardaría este en el lugar más seguro posible de su hogar, para que aquellos seres pudieran recuperar la tranquilidad que merecían y, día tras día, pintaran un nuevo



horizonte en su vida, sin miedo, como deberían poder hacer todos los seres del universo. Siempre.

David Fernández Vaamonde

@davidfv.bsky.social

Instagram: @david__fv

David Fernández Vaamonde (1977) es coruñés, ingeniero informático y un apasionado de la

tecnología desde los ocho años. Desde muy joven ha leído género, jugado al rol y disfrutado de juegos de ordenador de fantasía. Actualmente comienza a escribir muy influenciado por la fantasía urbana de Ben Aaronovitch y la ciencia ficción y el tecnohorror de Ted Chiang. Es co-creador junto a Ana Saiz de la antología "Adviento Fantástico" y creador de Sonos Sonoros, un proyecto que experimenta con la audioficción y el sonido en el género fantástico.



Una golem anclada al umbral

Relato de Antonio Garber

Aquí y Ahora

Ahora que la mujer que ama se ha marchado para siempre, Antoinette Kaniecki está a un solo paso de alcanzar la inmortalidad.

Las ventosas se adhieren a su cráneo liso y brillante con un chasquido húmedo. Cientos de impulsos eléctricos hormiguean su piel, hilvanando su consciencia en la sílice y enredándose en un vínculo visceral con la simulación. Sabe que todo habrá terminado cuando se levante de la silla. O empezado. Depende de la perspectiva. La cábala y la leyenda del Gólem regresan a su mente con el horizonte de las simulaciones. “Así abajo como arriba”, se repite en su interior. Piensa en la palabra Emet del Gólem, uno de los nombres sagrados en hebreo, que al perder una sola letra, Met, se convirtió en la muerte, volviendo a la creación del rabino una masa inerte de barro. Aquel delicado balance entre la vida y la no existencia, entre la creación y la disolución.

Unos y ceros.

Antoinette se muerde el labio. Todo aquello se lo enseñó Simone, allá y entonces. El pasado ya no existe. Respira hondo como le enseñó la

psicóloga. Está en el aquí y ahora. Adonde se propone ir, no necesita emociones. Basta con empujarlas a lo más hondo de su corazón.

En la pantalla, una línea azul avanza con la indiferencia de un electrocardiograma estable.

Constantes vitales: en orden.

Respuesta emocional: controlada.

Horas antes, durante la sesión online con la psicóloga, estuvo a punto de mencionarlo. Pero un desliz, una sola palabra fuera de lugar, y ahora estaría encerrada en una habitación acolchada, desayunando ansiolíticos para siempre. La eternidad no es algo que deba tomarse a la ligera.

Ha sido cuidadosa, paranoica. Las fases finales de su Proyecto Gólem se desarrollaron en el más absoluto secretismo. Un ciclo de pandemias y los ahorros sustanciosos, tras abandonar su tedioso trabajo de programadora neural, le han permitido operar sin testigos ni favores. De ese dinero apenas queda el suficiente para seguir alquilando el ancho de banda de los servidores.

Lo que significa que es su último intento.



—Comenzamos: Experimento número diecisiete del Proyecto Gólem —le dicta a la grabadora—. Sujeto: Antoinette Kaniecki, yo misma.

El laboratorio le contesta en silencio. Está sola. Y si sus cálculos son correctos, lo seguirá estando durante toda la eternidad. Es lo que ha elegido. Los electrodos palpitan.

Como la aguja de un sismógrafo en plena tormenta, registran el latido de sus memorias.

Allá y Entonces

—No es sano —dijo Simone, cruzada de brazos. Sus ojos oscuros, habitualmente cálidos, tenían ahora el brillo opaco de haber perdido la batalla antes de empezar a discutirla—. Estás obsesionada con trascender esa “frontera”, ese “horizonte”. Siempre estará fuera de tu alcance.

La luz de la lámpara la perfilaba contra la pared, alargando la sombra de ella sobre los monitores y cables. Llevaba el cabello recogido de cualquier manera, mechones rebeldes cayendo sobre sus pómulos altos. Había golpeado la puerta del laboratorio de Antoinette después de salir a correr, con su sudadera holgada y las mangas subidas hasta los codos. Casi podía oler su sudor salado y familiar, reconfortante.

—No entiendes lo que significa esto, cariño —murmuró Antoinette, con la voz áspera por tantas noches en vela—.

Estoy a punto de lograr lo que nuestra especie ha soñado siempre.

Simone suspiró. No parecía enfadada, solo agotada. Bajó los brazos y se frotó la sien con los dedos. Su voz se suavizó: —Tal y como lo veo, lo tuyo tiene un solo nombre: construir una cárcel.

—Una cárcel donde seré inmortal —replicó Antoinette, con una sonrisa tensa—. Seremos. Juntas. ¿Sabes cuánto están dispuestos a pagar esos viejos billonarios si funciona? Inmortalidad real y patentada. Con los derechos de venta podremos pagar suficiente ancho de banda para simularnos eternamente.

Simone negó con la cabeza.

—Una caja donde morirás, y esa copia imperfecta tuya se creará vencedora de la muerte. No eres capaz de ver la diferencia. —Sus dedos tamborileaban nerviosos contra su propio brazo—. Dime, Antoinette, ¿prefieres esa eternidad de plástico vacío o vivir junto a mí, aquí y ahora, en el presente? Sé sincera.

El silencio se estiró entre ellas. Antoinette abrió la boca, demasiado desconcertada para buscar un argumento que desarmara a Simone. Pero ella ya se estaba alejando hacia la puerta. Su silueta se desdibujó en la penumbra y luego Antoinette escuchó el pomo girar.

No pudo detenerla.

No supo si quería hacerlo.



Aquí y Ahora

—Primera Fase —dicta Antoinette. Si el Proyecto Gólem va a pasar a la historia, tiene que registrarlo todo—: Secuenciación del Hábitat Virtual. Ha elegido algo familiar. Cuando la Discontinuidad la golpee, necesitará anclas, referencias físicas, algo que su mente simulada pueda reconocer. De lo contrario, enloquecerá y la Antoinette que quede fuera de carne y hueso tendrá que borrarla como ella hizo tantas veces.

Pulsa una tecla y, al instante, miles de algoritmos convergen en la pantalla como un fractal. Líneas de código dan paso a una imagen en una retícula geométrica y pálida: su laboratorio, reconstruido con precisión milimétrica. Allí están los bancos de trabajo de acero cepillado, la hilera de monitores curvados emitiendo un resplandor frío, los servidores comprados y alineados como monolitos silenciosos mientras un gélido y gaseoso freón surca sus arterias. En un rincón, el osciloscopio parpadea una señal latente. Arriba, las rejillas de ventilación se entrelazan con el hormigón desnudo, formando un mosaico de sombras y líneas de fuga como los laberintos imposibles de Piranesi que tanto le gustaban a Simone.

Respuesta emocional: descontrolada.

Allí, inmutable en la simulación, está también la puerta. La misma por la que Simone salió por última vez.

Antoinette recorre la estancia homónima en su mundo real con la mirada. Durante meses, ha resistido la tentación de mover siquiera una silla. Todo debía permanecer en su sitio, como una mosca petrificada en ámbar. El día que replicó el laboratorio, marcó cada objeto con post-its de colores que decían “NO TOCAR”, disparó una ráfaga de fotografías desde todos los ángulos y registró cada variación lumínica, cada sombra proyectada en la pared.

Nada puede fallar. Si el gólem no es perfecto, si un solo píxel se desvía de la memoria del lugar y lo reconoce como falso, la Discontinuidad hará el resto.

Y ella, o al menos esa copia, se volverá loca.

Allá y Entonces

La noche que comprendió cómo resolver el problema de la Discontinuidad, Antoinette no pegó ojo. La despedida de Simone la perseguía: —Tu gólem vive para siempre en esa caja. Tú te quedas aquí y te mueres. No hay más.

Eso significaba que la copia nunca podría ser ella. Nunca podría ser real. A menos que...

Una idea disparatada cruzó su mente al borde de la vigilia. Se levantó corriendo a apuntarla y después bebió dos vasos de agua.

¿Y si el gólem no supiera que es una copia?



¿Qué pasaría si lograba engañarla, si conseguía que creyera que nunca hubo una transición, que simplemente seguía siendo la misma Antoinette Kaniecki, inalterada fuera de la simulación?

En su mente, las probabilidades danzaban y chocaban entre sí, como un huracán llevándose todos los precedentes científicos a su paso. La clave no era solo mantener la continuidad de la experiencia, sino borrar la diferencia entre el yo y el gólem. Aquella continua percepción del yo era el único puente entre la vida y la muerte.

Si desdibujaba ese horizonte, si volvía la línea indistinguible, entonces tendría una oportunidad.

Miró al laboratorio desordenado, inmerso en el zumbido quieto de los servidores. Su cama baja y pequeña estaba situada en la esquina: había mudado todas sus cosas al laboratorio hacía meses para ahorrarse un alquiler. La simulación que aparecía en la pantalla le parecía una burla macabra: archivadores de acero inoxidable, cables que burbujeaban líquido refrigerante a través de entrañas de silicio en una atmósfera aséptica. Era un santuario de máquinas, pero también un mausoleo de su identidad. Si pudiera construirla más parecida...

Y en la silla, más allá de los píxeles que representaban visualmente el código gargantuesco de la simulación, aquel gólem suyo inmóvil. Pasmada al vacío,

con una expresión bobalicona. Las ventosas colgaban de su calva como tentáculos artificiales que no entendían lo que había sido ni lo que iba a ser. ¿Podría ella siquiera considerarse humana en ese estado?

No. Había sobrepasado aquel horizonte hacía tiempo. Era posthumana.

La borró y empezó de nuevo.

Aquí y Ahora

—Segunda Fase —continúa Antoinette— : montaje del Chasis Biológico-Numérico.

Medio millón de ecuaciones se despliegan en la pantalla. Una maraña infinita de números y símbolos comienzan a tejerse, formando una representación exacta de los procesos bioquímicos de su cuerpo. Barro primigenio para armar al gólem.

Entonces las células simuladas empiezan a dividirse y multiplicarse, organizándose en una espiral perfecta de moléculas, tejidos y órganos. Huesos, músculos, piel: cada estructura emerge del caos con formas detalladas.

Cada célula replica la existencia física de Antoinette, imitando los grandes procesos de vibración de sus pulmones, el pulso de su corazón y el fluido de su sangre. Los pensamientos todavía no.

Último intento. Si el gólem despierta en un cuerpo que no se siente como el suyo, todo habrá terminado.

Con el cursor, acaricia los primeros defectos que empiezan a aparecer en la



simulación: un músculo demasiado delgado, un hueso que no encaja perfectamente. Los pequeños fallos que la conectan con lo real, que la mantienen consciente de su frágil humanidad. No es perfecta. No lo será nunca.

Aunque para Simone sí lo fuera.

Respuesta emocional: descontrolada.

La suprime y empuja. La línea del encefalograma vuelve a la calma.

En su pecho real, un latido ansioso comienza a marcar el ritmo. Aunque las ecuaciones sigan fluyendo sin descanso, el cuerpo simulado ante ella sigue siendo solo eso: una representación, un reflejo, un gólem de arcilla. No es ella. No todavía.

Falta su mente. Sus recuerdos. Sus emociones.

Lo que la mantiene despierta, lo que la impulsa a seguir adelante, es la certeza de que este paso la acerca al horizonte de trascendencia.

Pero, ¿y si no era eso lo que realmente quería?

Los electrodos vibran con una leve descarga y, como si tuvieran voluntad propia, extraen un recuerdo con pinzas. Uno particularmente atesorado. Y también doloroso.

Allá y Entonces

La ciudad de Praga se desplegaba ante ellas aquella noche como un sueño suspendido entre sombras. La luna derramaba su luz pura en las calles

angostas y empedradas. El aire de la madrugada traía consigo el aroma lejano del río y el eco de un violín tocado en algún rincón oculto.

Después de cenar y beber unas copas, salieron a caminar hombro con hombro por el laberinto de callejones adoquinados. Sus pasos resonaban suavemente en el adoquinado. Las farolas, trémulas y anaranjadas en la oscuridad, las guiaban sin prisa. Era como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse solo para ellas.

Antoinette, con la calidez del alcohol todavía en su sangre, se sentía eufórica. Mareada, sí, pero extrañamente presente. Viva. Pensó en cómo replicar esa sensación en sus experimentos de simulaciones.

Deteniéndose bajo un arco, pasó las yemas de los dedos por la rugosidad de los ladrillos.

—Reales. Son tan reales —dijo con ojos brillantes.

Miró a Simone con una mezcla de embelesamiento y algo más oscuro, más profundo, como si la posibilidad de perderla le abriera un abismo bajo los adoquines. Ella sonrió con calma. Sus ojos destilaban silencio, como si los peatones que caminaban a su alrededor se hubieran reducido a un fondo borroso y lejano.

—Y dime, ¿esto te parece real? —murmuró antes de inclinarse y besarla con suavidad con sus labios aterciopelados.



Después de aquel instante eterno, atravesar el arco fue como cruzar un umbral invisible. La ciudad vieja se desplegó ante ellas con historias enterradas bajo cada callejuela. Iban de la mano, con los dedos entrelazados fuertemente.

—¿Sabías que aquí, en Praga, está enterrado el rabino que creó el Gólem de la leyenda? —dijo Simone. Siempre le habían apasionado las leyendas e historias populares.

Antoinette asintió. Desde su posición, a través de otra arcada entre los edificios, el horizonte praguense se extendía como un cuento. Espirales torneadas y góticas se alzaban al otro lado, y el río, envuelto en una neblina etérea, dibujaba fantasmas en el Puente de Carlos.

La historia del Gólem siempre la había fascinado: aquel ser hecho de barro y sin alma, pero con un propósito imparable. Lo meditó en silencio, comparándolo con la idea que llevaba tiempo moldeando en su mente.

—Los humanos siempre hemos buscado una forma de desafiar la muerte —respondió al final—. Creer que podemos crear vida, algo inteligente. O mejor aún: que podemos ser dioses.

Simone se detuvo, mirando las desvaídas estrellas que se dejaban ver sobre la gigantesca contaminación lumínica.

—Parece tentador —contestó con voz queda—. Pero, incluso aquel rabino

sabía que el Gólem no era perfecto. En su creación había algo que se escapaba a su control, algo que no podía ser comprendido. Igual que nuestra mente. Tal vez no estemos hechos para ser dioses, Antoinette. Nuestra vida es finita... y puede que sea eso lo que la hace valiosa.

Recorrió el dorso de su mano con dedos fríos pero reconfortantes. Una chispa se encendió en el pecho de Antoinette. Sonrió levemente, como si hubiera visualizado un horizonte más allá de aquellas palabras.

—¿Y si pudiera encontrar la forma de vivir eternamente? —preguntó, sosteniendo la mirada de Simone—. Aquí, en la Praga nocturna, donde todo parece un cuento. ¿Aceptarías?

Simone guardó silencio un momento. La luna se reflejaba en los cristales de sus gafas, y por un instante, su expresión pareció perderse en la inmensidad de esa posibilidad.

—Puede —dijo al fin, con una suavidad casi imperceptible. Su aliento cálido y ascendente empañó su propia mirada—. Pero solo bajo una condición.

—¿Cuál?

—Que estemos juntas. No quiero la eternidad sin ti, Antoinette.

El frío nocturno dejó de importarles cuando se estrecharon con más fuerza. Luego, el roce mutuo de sus labios las alcanzó con un destello eléctrico. Y en aquel instante, Antoinette supo con total certeza que, si su futura



simulación no podía alcanzar esa intensidad jamás, esa chispa irrepetible en su vida, jamás la querría.

Porque la eternidad era solo un pretexto.

Lo que realmente deseaba era Simone.

Aquí y Ahora

—Tercera y última Fase —dice Antoinette—: Volcado de Memoria.

La mayoría de los conejillos de indias anteriores habían acabado convertidos en caparazones vacíos y esquizoides, con mentes dispersas en fragmentos rotos de experiencias. En el hábitat virtual, los gólems de Antoinette se deshacían como pastillas efervescentes en un caos numérico sin retorno. Y era siempre ella quien pulsaba el botón.

Sabe que está a punto de hacer algo más arriesgado que cualquier cosa que haya intentado antes. Más grande que cuando escondió el bocadillo que no quería comer en el recreo. Que cuando, con el corazón en la garganta, le pidió a Simone que saliera con ella.

Incluso más grande que cuando la dejó irse por aquella puerta, conteniendo las manos de destrozar los servidores.

El Volcado de Memoria es un procedimiento delicado en el que un conjunto de algoritmos, impulsos eléctricos y recuerdos replicados de su cerebro son volcados dentro del software del gólem. No hay vuelta atrás una vez iniciado. Pero antes de confirmar el Volcado e iniciar la

simulación, reprime la tentación de modificar algunos parámetros.

¿Y si borra ese pozo de anhelo que es Simone de su mente?

Perdería más que recuerdos. La noche en Praga, el reflejo de la luna en sus gafas, el roce de sus manos en el aire frío y delicado. Perdería la certeza de haber amado, de haber sido alguien que amó. Y si su gólem no era esa Antoinette Kaniecki, si no había recorrido ese camino hasta este preciso instante, no vencería a la Discontinuidad.

Porque no sería ella.

Duda un instante antes de presionar el botón.

Ahora o Nunca

La simulación arranca. La pantalla deja de mostrar su gólem y el falso laboratorio para ahorrar ancho de banda. A partir de ese momento, correrá en segundo plano en una quietud y economía inexplicables. Sin forma de observar su propio estado. La nueva Antoinette, ahora incapaz de diferenciar entre el recuerdo de haber pulsado la tecla y haberlo hecho realmente, ha sido arrojada a un mundo nuevo sin certezas, solo con la promesa de la eternidad.

¿Ha pasado ya? ¿Es inmortal? ¿Es ella la copia dentro del laboratorio simulado?

Se desprende de los electrodos y se levanta de la silla. Camina hacia el espejo que cuelga en la pared. Su reflejo



la observa sin juicios. Pasa la mano por su rostro, sintiendo la textura de la piel imperfecta, sus rasgos familiares e imperfectos forjados por los años y las dificultades.

Gira la cabeza. La puerta del laboratorio la espera en silencio.

El picaporte está frío. Una frontera entre lo real y lo simulado. Si puede abrirla, si cede con la facilidad de siempre, más allá encontrará el mundo.

A Simone. La prueba irrefutable de que sigue siendo la verdadera Antoinette.

De que el Proyecto Gólem habrá fracasado, esta vez de forma definitiva.

De lo contrario, si el proyecto ha tenido éxito, la recibirá el vacío: el océano blanco y eterno del horizonte simulado.

Uno que, con tiempo y los mecenas adecuados, podrá albergar Praga, cada calle y sombra, y todo lo que anhele... incluso un gólem de Simone.

Antoinette se detiene antes de girar el picaporte. Su corazón late con violencia.

Si lo toca, si lo gira... lo sabrá. Y eso la aterra.

Porque ahora, más que nunca, comprende su deseo al verlo reducido a ecuaciones y líneas de código. No es la inmortalidad, ni la trascendencia. Tampoco el horizonte.

Es ver a Simone. A la auténtica.

Es su voz. Su piel aterciopelada bajo la yema de los dedos. El calor de su aliento antes de un beso. Amarla.

¿Y si ya es demasiado tarde?

Antonio Garber

@radicalshocker

Antonio García Bermúdez (Murcia, 1994) eligió ser Antonio Garber en un mundo gobernado por los algoritmos y la brevedad. Antonio escribe para explorar la belleza y con la determinación de resistir incluso cuando todo parece inevitablemente perdido. Está convencido de que, aunque la sociedad intente sofocar la rebeldía temprana, siempre es posible reprogramar el cerebro a través de la lectura. En 2024 ganó el III Premio Anubis de Relato y también el XVII Premio Tristana de Novela Fantástica por su obra U.N.I, publicada en mayo de 2025.



RELATOS DEL RETIRO

III Retiro Literario de Droids & Druids

Enero de 2025 en Benicassim

Os dejamos unas fotos de nuestra tercera edición del retiro literario y algunos relatos que se escribieron ese fin de semana.





Surco

Relato de Javier Saborido

En el silencio del parque disfruto de la brisa que mece con amor las hojas de los chopos

su susurro suave y sutil

Nada está mal cuando el sol me calienta la cara y me pone los párpados rojos al cerrarlos para saborear esta paz. El perro no se separa de mí. Le llevo suelto pero no se va de mi pierna.

—Tranquilo, amigo, ve a jugar.

Creo que me entiende y discrepa.

En este día perfecto me tiendo en la hierba

verde vereda de verano

Quizá debería dormirme. Dejarme llevar por esos senderos privados y secretos de la mente. No hay nadie en este parque. Todo debería estar bien. Qué acogedor colchón de hojas que sobre una cama de hierba me mece y me acuna.

* * *

Me despierta el último rayo travieso de un sol en llamas. No siento al perro.

Sin abrir todavía los ojos tanteo alrededor con las manos las púas secas, punzantes. No está. Los abro y miro. Surco ha desaparecido y la oscuridad va conquistando las soledades del parque.

—¡Surco! —exclamo con una voz hueca y cascada.

Comienzo a caminar

—¡Surco! —vuelvo a decir.

Exploro sus lugares favoritos. Ese pequeño bosque de pinos con ramas artríticas

la laguna larga

—¡Surco! —digo, pero siento que no debería.

Busco permanecer bajo las farolas.

—¡Surco! ¡Surco! —susurro. El vello de las mejillas se me eriza. ¿Tan tarde es? Muchas están apagadas.

Siento la boca seca y voy a la fuente que tanto le gusta a ese maldito perro. Acciono el botón y no sale agua. Veo como lentamente sale y regresa a su posición inicial.

Pero a medio camino empieza a brotar un chorro tartamudo. Me agacho y bebo pero escupo el agua con un escalofrío congelado entre los hombros.

¿Qué he visto en el metal bruñido del grifo?

Suspiro y me intento quitar esa sensación de encima. Qué tontería. Apretando el paso, sigo recorriendo el parque.

No paro de mirar atrás, pero nunca hay nada cuando miro.



“Esto es absurdo”, pienso, “es evidente que no está por aquí, debería volver a repasar los sitios que le gustan”.

Casi corriendo vuelvo al pinar, a la pradera de farolas tuertas.

—¡Surco! —pienso en silencio.

Me queda un lugar

la laguna larga me llama

Todas las luces están apagadas a su alrededor. Para ahorrar, supongo. La Luna le arranca reflejos raros.

Me quedo mirando los destellos, concentrado en el rabillo del ojo, en lo que casi puedo ver.

¿Qué hay ahí?

El agua me moja el pantalón

¿Quién es?

El agua me moja las rodillas.

¿Qué hace ahí?

El agua me moja la cintura.

¿Qué veo?

Al agua me moja el pecho.

¡Surco!

Intento gritar, pero el agua me inunda los pulmones.

¡Surco!

Una mirada. Una sonrisa.

Nada

Javier Saborido

@saborido.bsky.social

@Saboridofoto

Javier Saborido (Madrid, 1994) es un filólogo que no para de meterse en fregaos. Además de escribir fantasía, ciencia ficción y artículos, lleva unos meses editando un pequeño fanzine llamado Añagaza, especializado en ensayo literario y crítica cultural. Siempre podrás verle con una taza de café en la mano (varias repartidas por el escritorio) y acompañado de tofe, el perro de madera.



Adviento en familia

Relato de Marla Hectic

Cuando Clara había nacido, sus padres ya estaban muertos.

No el sentido literal de la palabra; de hecho, el primer recuerdo borroso de la niña era notar sus dos potentes alientos sobre ella.

Sus padres se habían marchado en busca de un futuro mejor, de unos estudios que, claramente, les acabarían por reportar prosperidad absoluta. Atrás habían dejado al bebé que habían concebido tras un desliz a los diecisiete años (pues, claramente, como buenos servidores del Señor que eran, no podían quitar una vida inocente antes incluso de que comenzara). No sintieron el menor reparo en ello; contaban con que al menos una persona de la familia se encargaría de la criatura, aunque jamás hubieran esperado que fuera La Oveja Negra de la familia, Max. Aquel chico de apenas dos años más que su hermano fugado a la siempre placentera vida universitaria. Aquel cuyo nombre se negaban a aprender todos los que de pequeño le regalaban los mejores vestidos por su cumpleaños.

Clara adoraba a su tío y, con el paso de los años, la única razón de que no hubiera acabado por llamarlo «padre» era lo poco placentera que era asociación en su familia biológica.

Cuando Clara cumplió nueve años, sus padres dejaron de estar muertos.

Con un físico tan alterado que aparentaban a la vez seguir en la adolescencia de «Los Reyes del Baile» y haber pasado los cincuenta hacía ya un lustro como mínimo, aparecieron en la puerta de su tío mientras este terminaba de cocinar una tarta de pera y arándanos para la niña a la que quería mucho más de lo que nadie en su infancia había querido nunca a una hija. La niña los reconoció al instante; nunca se olvida el rostro de la primera decepción de tu vida.

Aunque se le permitió estar presente en todo momento, de no haber sido por el tacto reconfortante de la mano de su tío, Clara hubiera creído que se estaba volviendo invisible.

Seguramente sus padres lo hubieran preferido, incluso si sus palabras dejaban clara una cosa y una cosa solo:



Clara era su hija y, por lo tanto, ahora que eran personas de éxito, tenía que irse con ellos a la ciudad.

Su tío se cerró en banda. «Clara necesita estabilidad», «Venid vosotros, podéis permitirloslo»...

Sus padres contraatacaron; le dijeron que habían conseguido la posibilidad de estudiar en el mejor colegio de la ciudad, donde tendría abiertas todas las oportunidades que podría necesitar de adulta...

...y su tío aceptó.

Clara se marchó, llorando; su tío la había traicionado.

Su tío la había traicionado y, por primera vez, fue consciente de que no sería una niña para siempre.

Al menos, no lo sería si dejaba que sus padres se la llevaran.

Johanna se desmaquilló lentamente delante del espejo, maldiciendo lo mala que era aquella iluminación para llevar a cabo el delicado y complejo proceso que repetía todas y cada una de las noches de su vida desde que su madre le dijo que jamás la tomarían en serio si no tomaba medidas, el día que sangró por primera vez.

Ya tenía pensado cómo sería su charla con Clara; aunque, quizás, la adelantaría. No quería cometer los mismos errores que sus padres y, tener esa conversación en un día tan traumático en vez de preparar aún

mejor a su, durante los próximos tres meses (todo estaba yendo de maravilla con su vientre de alquiler), única hija no parecía una buena idea. No; ella sabía dónde estaba la raíz del problema y actuaría en consecuencia.

Al fondo, podía oír como el caluroso de Bernard (no era Bernie desde que había conseguido ser ascendido dentro del Partido) abría la ventana, a pesar de estar a una escasa semana de Navidad. Gruño y se aplicó una crema suave que, aunque no fuera maquillaje, disimulaba igualmente sus horribles pecas naturales. Bernard no veía lo que quedaba del rostro con el que había nacido desde hacía años y así debería seguir siendo.

- ¿Puedes cerrar eso, cariño? Alguna gente aquí tiene una temperatura corporal normal y no quiero que cuando la niña venga con esa...persona de tu familia se horroricen por estar en Siberia en vez de en Heriot.

Sin respuesta, y sin acto cumpliendo su voluntad.

Ofendida por la doble negativa, se apresuró a la parte central de la casa familiar que se habían visto forzados a compartir mientras durara su estancia para recuperar lo que era suyo. Allí, encontró dos sombras en la misma postura que uno podría encontrar a un amo jugando con un perrito.

Solo que, aquí, en vez de un inocente cachorro, entre las manos de su marido



estaban sus propios intestinos, con marcas de uñas, uñas muy pequeñas...uñas de niña.

¿Quién podría...?

El dolor de los dientes de leche clavarse en su pierna (y varios quedarse en la misma) la hizo gritar tan alto que pudo notar sus cuerdas vocales quebrarse al instante. Bajó la vista para vomitar su sangre y, allí, con un pánico en los ojos que Johanna jamás hubiera podido pensar podría sentir una bestia humana (porque, por lo visto, eso era su primogénita: una bestia disfrazada con piel humana y sus mismas horribles pecas), estaba Clara.

-Las cosas no van a cambiar -y, mientras se lo decía, la empujó, haciendo que se desnucara.

Hubiera sido una muerte limpia de no haber sido porque, antes de empezar a caer, agarró del irregular pelo a su hija con tal brusquedad que el cuello de esta se partió, empezando a asomar parte de las vértebras por la carne pálida y pecosa.

Clara logró lo que quería: el cambio no se produjo.

Clara se despertó en una cama de hospital. Por lo visto, su madre se había vuelto loca, atacado a su padre y tratado de acabar con ella también. Los médicos la encontraron allí, sin tan

siquiera una magulladura y la pulsación más regular que jamás se hubiera observado.

Su tío estaba sentado a su lado, con su juego de mesa favorito para los días tristes, o en los que acababa enferma.

Todo volvía a la normalidad.

Cuando Clara cumplió nueve años por segunda vez, sus padres estaban muertos. Cuando lo hizo por tercera vez, siguieron insistiendo en no levantarse de su tumba (muy educados). Por cuarta, supuso que sus cuerpos empezaban a descomponerse; aunque igual lo hacían más rápido y ya habían empezado antes, a cambio de hacer el suyo perdurar eternamente.

Cuando Clara cumplió nueve años por decimotercera vez, empezó a pensar que, quizás, hubiera sido mejor que sus padres no estuvieran muertos.

Marla Hectic

@marlahectic / @2Onainal2

(any pron.) Escribiendo en cada rato libre que se le posibilita, Marla ha estudiado Biotecnología, aunque no trabaja de ello pero ¡TRABAJA, MÁS TIEMPO PARA ESCRIBIR (nope)! Todavía en la veintena, pero ya más cerca de los treinta que los veinte, lo más probable es encontrarla por su tierra natal (aka Cierzoland, aka Zaragoza, España) pensando en cómo torturar a sus personajes (y lectores) mientras pasea con música (posiblemente musicales) o un podcast (posiblemente una audio-ficción de terror). Se la puede encontrar en diversas antologías, zines, alguna cosica de audio-ficción y AO3.



Marmes, el oscuro

Relato de David Fernández Vaamonde

Nunca el acoso había traído nada bueno, y así empezó la historia de Marmes, un chaval menudo y taciturno que había aguantado las burlas y vejaciones de sus compañeros de escuela toda su juventud. A lo largo de toda su vida, dedicó todo su tiempo al estudio de las artes arcanas, exigiéndose a sí mismo un sacrificio sin par.

Marmes pasaba noches leyendo libros que hablaban de auras, de conjuros, de energías, y de noches de luna llena, sangre y desgracias. Poco a poco fue creciendo y más gente supo de él y de su capacidad. Un día, el rey lo mandó llamar: era importante tener a un hombre sabio como Marmes a su lado.

Marmes aprendió a sobrevivir y no dudó en labrarse amistades y alianzas en la corte que le ayudaron a tener cada vez más poder en el reino: ayudaba a quien debía ayudar, prometía a quien debía prometer, alejaba a quien debía alejar. Y justo en el momento en el que su red era cada vez más extensa, la gran maldición cayó sobre el reino: una

epidemia de una enfermedad desconocida atacó a las personas más débiles, y fue así como Marmes acabó postrado en una cama con agudos dolores y sin casi poder comer ni beber.

Noches y noches pasó Marmes entre terribles dolores y padecimientos sin que su sabiduría y conocimientos le sirviesen para nada, y cuando estaba ya cercano a la muerte decidió conjurar su futuro: era el momento de realizar el ritual.

Marmes abandonó su lecho una noche de luna llena, se arrastró hacia el bosque y llamó a los espíritus de la muerte para negociar con ellos, a fin de cuentas siempre había sido un buen negociador. Los espíritus asistieron a su llamada y cuando, entre risas, iban a matar a Marmes por haber osado convocarlos, él les ofreció un buen trato: al menos diez almas en su lugar en menos de un año.

Los espíritus rieron: cómo un hombrecillo enclenque y débil como



Marmes iba a ofrecerles diez almas para su cuenta. Él hizo esa promesa y solo pidió a cambio su curación y el don de leer grimorios que hasta ese momento le habían sido vetados.

Dos días después de aquel encuentro, Marmes comenzó a mejorar y su recuperación se convirtió en noticia en el reino. El rey lo visitó en su lecho para certificar que se estaba curando. Pero Marmes ya no era el mismo, a aquel estudioso de la naturaleza y del funcionamiento arcano de la vida que había sido se le había sumado una negrura infinita y un trato despótico hacia todo aquel que no podía darle o servirle para algo.

Marmes cada vez se mostró menos en público y únicamente era posible encontrarlo en un taller de estudio que había ordenado montar en el sótano del castillo real. Nadie podía acceder al taller y los sirvientes comenzaron a hablar entre ellos de extrañas voces y ruidos espeluznantes que salían de allí durante las largas sesiones de estudio de Marmes.

Fue así como un día todos pudieron ver salir a Marmes de su habitación, vestido completamente de negro y con un tono cetrino en su cara. Marmes convocó a sus sirvientes y mandó organizar una recepción a la que invitó a todos los que

habían tenido algo que ver con él: sus amigos de la infancia, sus familiares, personas allegadas e incluso al propio rey.

Durante la recepción, Marmes se alzó en la mesa para convocar un brindis y brindó por su salud, por su recuperación y también por la justicia y por la necesidad de un reino fuerte que resistiese cualquier embate de reinos vecinos.

Todos brindaron con él, y una vez hecho esto, Marmes alzó las manos, cerró los ojos y comenzó a recitar extrañas palabras arcanas. La habitación se sumió en tinieblas y ruidos de oscuras criaturas pudieron escucharse mezclados entre gritos de horror de los invitados.

Cuando los ruidos cesaron y las tinieblas se disiparon, todo el mundo contempló con horror cómo tanto los amigos de la infancia de Marmes, aquellos que se habían burlado de él en la escuela, como el propio monarca, yacían en el suelo, en el centro de la habitación, muertos, perfectamente alineados y con un agujero en lugar de corazón.

Marmes cumplió su promesa: ofreció las almas debidas y se convirtió en el nuevo rey para dar al reino un gobierno fuerte basado en una violencia y un



despotismo que no tendría precedentes en ningún lugar del mundo.

David Fernández Vaamonde

@davidfv.bsky.social

@ david__fv

David Fernández Vaamonde (1977) es coruñés, ingeniero informático y un apasionado de la tecnología desde los ocho años. Desde muy joven ha leído género, jugado al rol y disfrutado de juegos de ordenador de fantasía. Actualmente comienza a escribir muy influenciado por la fantasía urbana de Ben Aaronovitch y la ciencia ficción y el tecnohorror de Ted Chiang. Es co-creador junto a Ana Saiz de la antología "Adviento Fantástico" y creador de Sonos Sonoros, un proyecto que experimenta con la audioficción y el sonido en el género fantástico.



La balada de Artura

Balada de Elena Torró

En esta era de prosperidad e inocencia solicito audiencia, patrón, y con esta canción le cuento mis vivencias. ¡No es exageración, es una advertencia!

Tema el imperio, ¡lo digo muy en serio! cerca estamos de habitar un cementerio ¡Escuche le digo! He sido testigo de cómo el dolor ha tornado en amor dos eternos enemigos, verano e invierno, el edén y el infierno.

El alma más pura, la clériga Artura, esperanza de los que claman ayuda, la voz de las diosas, la luz en la bruma, cayó en el miedo en tierras oscuras, buscando respuestas a todas sus dudas.

“¡La guerra se acerca! Un sinsentido que es promovido por mentes bien tercas, ¿qué puedo hacer?” preguntó a las diosas que silenciosas se decantaron por no responder.

En la oscuridad, fe ya no hallaba, y así sucumbió a una súbita llamada: “Artura” susurraba una voz grave con la seguridad del que todo lo sabe. “La humanidad no es contigo, las diosas no escuchan, vente conmigo, abandona esa lucha”.

“¡Eres el diablo!” contestó Artura, y poco a poco, con parsimonia, los ojos rojos de aquella demonia la devoraron con su ternura.

“Deja que el caos se adueñe de sus almas, deja que nosotras amemos con calma, no te merecen, te dieron la espalda.”

“Ya me he rendido, ya no siento nada, que ardan sus campos de trigo y cebada, que mueran de hambre, de odio, de espadas.”

“¿Te vienes conmigo al inframundo? Te advierto, es largo, infinito, profundo, andamos perdidos como vagabundos, se mezcla lo eterno, lo bello y lo absurdo, no existen promesas, es un lugar justo.”

“¡Que sí, te digo! ¡Ya lo he decidido! Me voy de tu mano y me rindo al olvido. Elijo las llamas, el fuego, lo oscuro, abandono a su suerte lo que he conocido, ahora sin cometido y sin miedo alguno.”

Artura cruzó el portal al otro lado, ¡lo vieron mis ojos, no es inventado!



Patrón, insisto, el tiempo se acaba, no estamos listos, no sirven las armas, el destino está escrito y las diosas, calladas. Sin Artura, Patrón, no habrá ruego ni oración, solo habrá tortura, ¡recupere la cordura! Llame a su batallón, ¡que vuelvan! O ya no habrá cura.

Elena Torró

@elena.torro

@BytesAndHumans

Si Quevedo se metiera con ella, le diría: Érase una mujer pegada a un teclado, érase una tecla superlativa, érase un keyboard y su escriba, érase un typing exacerbado. Más en elenatorro.com



Entre Platón y Nietzsche

Relato de Jennifer Fuentes

La calle estaba vacía. Los columpios inmóviles eran una sombra de lo que aquel lugar había sido, cuando aún había niños y personas que salían a la calle, desconociendo lo que estaba por venir.

La calle solitaria podía parecer pacífica, calmada, un pequeño lago un buen día de primavera. Al principio lo había sido, un cuadro hiperrealista a través de nuestras ventanas. Un espejismo del deseo de salir a la calle y respirar el aire fresco, que en realidad estaba lleno de toxinas invisibles que podían matarnos si nos dejábamos vencer por esa voz en nuestra cabeza que nos decía que fuera todo estaba bien. ¿Cómo iba a ser verdad lo que decían los medios si todo era igual que siempre?

Algunos desesperados no aguantaron la soledad. Otros no aguantaron la convivencia. Murieron mientras eran observados por el resto de ojos brillantes que iluminaban las ventanas de los edificios. Todos aprendimos aquel día que al menos eso era real.

La calle estaba vacía, porque tuvimos que aprender a movernos sin poder

sentir la brisa en nuestras mejillas o los rayos de sol en los párpados cerrados. En cambio, todo lo demás estaba lleno. Las casas estaban llenas. Las oficinas estaban llenas. Los colegios e institutos estaban llenos. Todo aquello que había sido un refugio ahora no era más que una cárcel en la que el aire viciado, aunque limpio, era compartido por decenas de personas en sus cubículos, salas y despachos. Había quien se encontraba en mejores situaciones. Los médicos, recursos imprescindibles trabajaban desde casa, en la que todos sus convivientes estaban atendidos y con espacio de sobra para seguir siendo humanos dentro y fuera de sus mentes. Otros no lo eran tanto.

Los peores parados fueron los niños.

Separados de sus padres, instrumentos de un Estado que necesitaba mano de obra continua para atender las nuevas necesidades de un mundo claustrofóbico donde el aire fresco te corroía por dentro, eran enviados a las escuelas hasta la mayoría de edad, cuando volvían para continuar como la mano de obra que estaban destinados a ser. Así, hacinados en clases, leían El



señor de las moscas como el diario de un antiguo alumno que había decidido plasmar su experiencia mientras eran observados por funcionarios que una vez fueron profesores pero que ahora se habían convertido en funcionarios de prisiones sin saberlo.

Yo soy una de ellos. De los carceleros, quiero decir. Era profesora. Antes de todo esto. Antes de que la naturaleza decidiera que no teníamos mayor valor para ella que la de unos destructores de mundos que debían ser erradicados. Lo que no sabía era que del mismo modo que las cucarachas, la humanidad es casi indestructible cuando así lo decide. Aunque sea a costa de sus propios congéneres.

Yo había sido profesora, había enseñado filosofía: Platón, Sócrates, Kant, Beauvoir, Nietzsche o quien tocara ese día, con la intención no de que creyeran a otros, sino de que comprobaran cómo la vida podía tener muchos sentidos. Con la intención de que en el aprendizaje, se encontraran a ellos mismos.

Ahora Pitágoras, Hegels o Marx eran apenas grafitis en las aulas masificadas con significados perdidos más allá de marcas del tiempo y direcciones. Ya ni siquiera recuerdo sus diferencias. No sé

cuánto llevo aquí. No sé cuántos niños he tenido que cuidar, a cuántos he curado, cuantos han asesinado y a cuántos he tenido que quemar en la cantina para dar de comer al resto.

Ya no sé qué hago aquí. Yo no quiero ser una carcelera. Yo no quiero lanzar al mundo la barbarie. Yo solo quiero volver a esos columpios, sentir la brisa, el olor de la primavera, la sensación de la humanidad.

Tampoco valgo para tanto aquí dentro. Los chavales siempre sobreviven.

La calle estaba casi vacía. Los columpios eran una sombra de lo que aquel lugar había sido, cuando aún había niños y personas que salían a la calle, desconociendo lo que estaba por venir. Sin embargo, una mujer con sonrisa inerte se balanceaba en uno de ellos.

Jennifer Fuentes

@chasquidos_literarios

@jenfv42.bsky.social

Filóloga y profe de día y escritora y lectora de noche, hace lo que puede para compaginar todo eso junto a sus múltiples proyectos (la revista de rol Oasis, el podcast "Chasquido en el bolsillo", colaboraciones en el semanario El Noroeste, etc.) Máster en multitasking y en escribir un relato cada vez que encuentra un nuevo hiperfoco.



El precio de la violencia

Relato de Pau Fernández López

Kolhana repasó una y mil veces cuáles serían sus últimas palabras mientras se cepillaba los dientes, uno de los escasos lujos que le permitían sus captores. ¿Cómo se resumen más de cuarenta años de duro trabajo en unas escuetas palabras? Imposible, sería como intentar guardar tres kilos de carne magra en un joyero. Quizás podría aprovechar el instante para maldecir a los ancestros y las visagras los mausoleos de quienes la habían condenado. Inútil, pues habían arrojado cualquier ápice de dignidad o vergüenza al arrojarla a este pozo infecto. A ella, que había levantado esa ciudad a pulso con alianzas estratégicas, compartiendo su sabiduría en pos del proyecto, y cimentando una tradición basada en el negocio, el intercambio y la cooperación. Esa panda de infantes no podían entender que las leves pérdidas que pudiese suponerles en el pasado ahora se habían reconvertido en vastas fortunas gracias a su ingenio. Y, ahora, mordían la mano que les había protegido de su propio hambre voraz. Una mordida letal, apresando la vida de su única hija, Ralhana entre las fauces. Un lobo hambriento que se había enfundado la piel de un hombre

bondadoso para atraerla y alejarla de Kolhana. Empezó protegiéndola de sus funciones, por el bien y el cuidado de su descendencia. Siguió aislándola de sus amistades, molestas y mentirosas a ojos de él. Prosiguió extirpándola su gozo y su arte, pues su hogar demandaba no solo su cuerpo sino también su alma. Y, finalmente, había cercenado el vínculo entre madre e hija.

Ahora, Ralhana se hallaba encerrada en alguna celda pútrida como la suya propia, languideciendo a la espera de que Kolhana pagase el tributo adecuado. Vida por vida. Sangre por sangre. Madre por hija.

Un juicio manufacturado y una condena que se cumpliría en tan solo unas horas, y solo le quedaba ese miedo pringoso de que la palabra de un lobo tenía tanto valor para el mismo como sus pulgas, pues solo conocen de rugidos y carroña. Esa era la oferta: su vida por la existencia miserable de su querida Ralhana. Irresistible para cualquiera que conociera la devoción absoluta que Kolhana sentía por su hija, un precio que le hubiera parecido una ganga en otras circunstancias.

El problema para esa panda de desagradecidos violentos, era que solo



conocían a esa Kolhana: la comerciante, la pacificadora, la diplomática. La mujer que conoce el precio de la violencia.

Aquel día, esa mujer pronunciaría sus últimas palabras para revivir a una Kolhana que ya se había saldado una y mil veces el precio de la violencia.

en formato escrito y audiovisual. A día de hoy escribe dentro de la fantasía urbana con tintes románticos y un toque de incertidumbre reminiscente de las partidas de rol. A día de hoy experimenta con las formas en las que pueden integrarse las historias nacidas de una mesa de rol en la narrativa cerrada de las novelas.

Pau Fernández López

@nalcharg

Pau Fernández López era catalán antes de perderse en mundos de fantasía, devorando el género desde la infancia



El carro del destino

Relato de Ana Saiz

El ermitaño era el habitante más conocido de la aldea. Inspiraba temor en los niños, compasión en los adultos y desconfianza en los ancianos, pues los rumores decían, según de quién vinieran, que se trataba de un brujo retirado, un viajero arruinado o un peligroso reo fugado de la torre más alta y oscura del palacio de un lejano emperador.

Como cualquier habladuría, ninguna era cierta y todas podían contener una pizca de verdad, y el ermitaño se preocupaba de no despejar jamás las dudas o, incluso, sembrar alguna nueva, no tanto para que le conservaran el respeto como para mantenerlos alejados.

Y también, en parte, porque pasado tanto tiempo incluso él mismo empezaba a no recordar con claridad quién era antes y qué lo había llevado a cambiar así el rumbo de su vida.

El ermitaño no tenía más posesión que sus ropajes (dos prendas de cada, porque ser ermitaño no estaba reñido con ser aseado) y el cayado en el que se apoyaba para caminar y que espantaba por igual a los niños y las alimañas, ya fueran estas animales o humanas. No necesitaba ni deseaba nada más, pues

su única ambición era mantener su espíritu puro y libre de ataduras materiales.

Pero el destino tenía otros planes, y un invierno quiso que, mientras el ermitaño volvía a su adusto refugio, un carro lo adelantara y salpicara de barro sus ropajes. Justo el par que acababa de lavar en las frías aguas del río.

La pureza abandonó su espíritu en forma de insultos que ni siquiera se habían inventado aún, y se llevó con ella su falta de ambición materialista, lo que todavía fue más grave. ¡Qué carro era aquel! Un carro grande y hermoso como no había visto nunca. De ruedas robustas como los de labranza pero elegantes como las de la carroza de un rey. De madera vulgar pero tallada con gusto exquisito. Llevado por un caballo fuerte y de sedosa crin.

Casi parecía brillar con luz propia.

Lamarlo para que lo hiciese suyo.

En cuanto se le agotaron los insultos, el ermitaño ambicionó aquel carro. Lo ambicionó con cada parte de su alma, con cada pelo de su cuerpo. Cada año de ascetismo pasado quedó en el olvido, cada promesa de un futuro humilde en armonía con el mundo se desvaneció.



Un impulso incontrolable nació de sus entrañas y llegó hasta sus manos, que tomaron el cayado y lo clavaron en el suelo, haciendo brotar de él un rayo que alcanzó al carretero y lo fulminó.

Sin un ápice de sorpresa o arrepentimiento, el ermitaño saltó al carro, tomó las riendas y condujo, silbando, rumbo a un lejano palacio cuya torre más oscura recordó conocer muy bien.

Con un carro como aquel, no volvería a haber un obstáculo en su camino. Con un carro como aquel, no habría nada que no pudiera conseguir. Con un carro como aquel, todos lo temerían y admirarían.

Saludad a vuestro nuevo emperador.

Ana Saiz

@anasaiz.bsky.social

@anasaizg

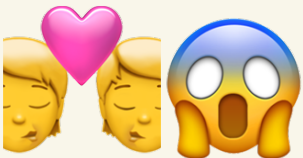




Tecnoseñora madrileña a la que le paga la hipoteca la consultoría informática y la salud mental la literatura. Lleva en esto último toda la vida pero con más dedicación los últimos diez años, en los que ha publicado decenas de relatos. Considera la cima de esta carrera como relatista haber ganado el Ignotus a mejor cuento nacional en 2024 con "Mi Primera Ouija TM", publicada en el número 7 de esta misma revista.



ACERTIJOS

LOS ACERTIJOS DE ELENA

A. Relaciona cada obra con su autora o autore:

	Rocío Stevenson Muñoz
	Fonda Lee
	J.V Gachs
	T. Kingfisher
	Mónica Ojeda



B. Acertijo: El secreto del droide

La cámara de alta seguridad esconde un secreto. Frente a ella, cuatro droides la custodian, situados en fila uno al lado del otro, de izquierda a derecha. Solo uno de ellos conoce el secreto, y el resto solo sabe cuál de ellos conoce el secreto y cuáles no.

Tienes un dispositivo que te permite comunicarte con los droides y hacerles preguntas. Este dispositivo solo tiene memoria para una única pregunta. La respuesta a la pregunta ha de ser siempre “sí” o “no” (0 o 1, vaya, para que la entiendan los droides). Están programados para no revelar quién conoce el secreto. Es decir, no le puedes preguntar a un droide si conoce el secreto, ni puedes preguntarle directamente si el droide de al lado conoce el secreto.

¿Qué pregunta tienes que hacer a los droides y cómo la utilizarías para averiguar quién conoce el secreto?

*** Encontrarás las soluciones en el siguiente número de la revista Droids&Druids ***

Nuestros acertijos están creados por:

Elena Torró

@BytesAndHumans

Si Quevedo se metiera con ella, le diría: Érase una mujer pegada a un teclado, érase una tecla superlativa, érase un keyboard y su escriba, érase un typing exacerbado. Más en elenatorro.com

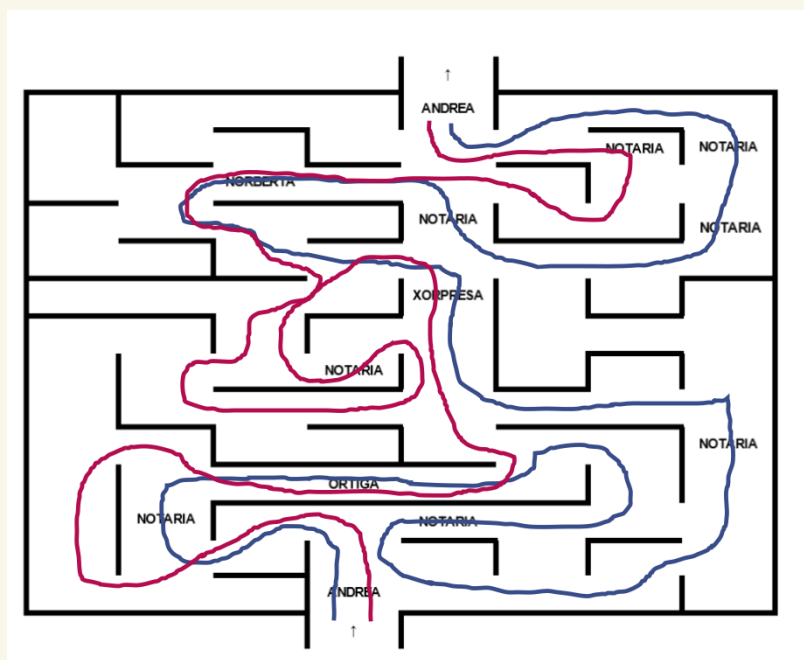


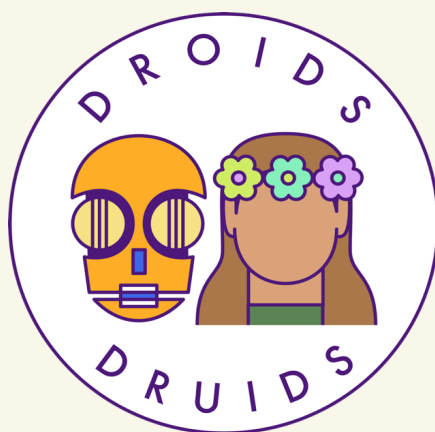
SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR: MAR

A. Relaciona cada obra con cada una de sus autoras

<ul style="list-style-type: none"> Manos de Bruja  	Sheila Navalón
Las raíces recuerdan tu nombre 	Aitziber Saldias
Quién cuidará de ti 	Verónica Cervilla
El reloj de sol 	Shirley Jackson
Conejo Maldito 	Bora Chung

B. El laberinto del sueño





Síguenos en redes en @droidsanddruids

Visita droidsanddruids.com

Escríbenos a droidsanddruids@gmail.com

Escucha el podcast en

iVoox, Apple Podcasts, Spotify y algunos especiales en YouTube.